

DR. RENE G. FAVALORO

MEDICO CIRUJANO

JACINTO ARAUZ

LA PAMPA

Rp.



René G. Favalaro

Recuerdos de un médico rural

RTRD. N° 11308

 **DEBOLSILLO**

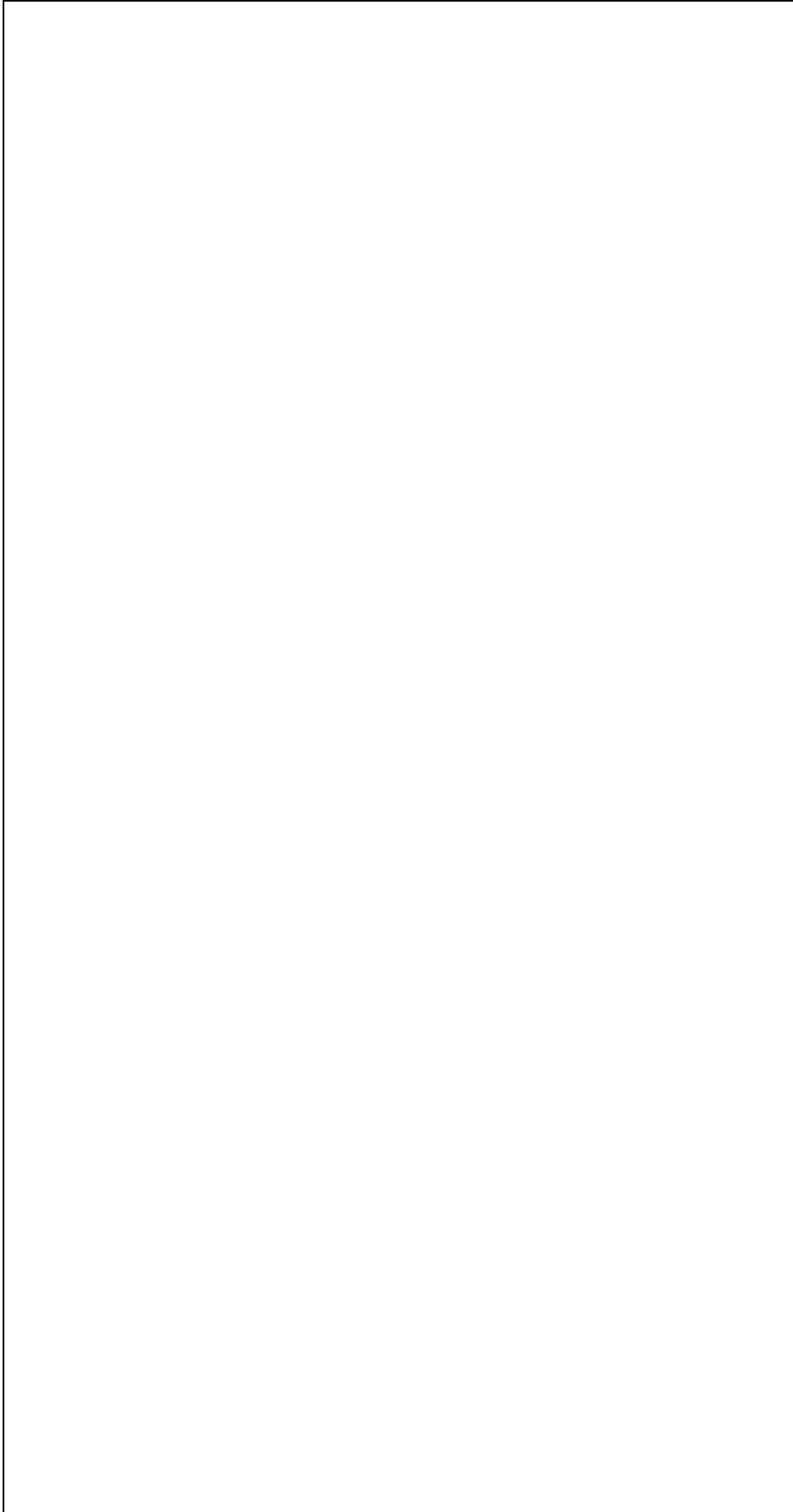
BESTSELLER



René G. Favaloro nació en La Plata el 12 de julio de 1923 y murió en Buenos Aires el 29 de julio de 2000 a los 77 años. En 1949 se recibió de médico en la Universidad Nacional de La Plata. Estuvo radicado en los Estados Unidos diez años y allí desarrolló el trabajo fundamental de su carrera: la cirugía directa de revascularización miocárdica (bypass). Recibió distinciones nacionales e internacionales, entre las que se destacan siete premios de la Academia Nacional de Medicina y el Premio John Scott 1979, otorgado por la ciudad de Filadelfia, EE.UU. En 1980 la Universidad de Tel Aviv, Israel, creó la Cátedra de Cirugía Cardiovascular que lleva su nombre. Fue distinguido por la Fundación Conchita Rábago de Jiménez Díaz, Madrid, 1982; obtuvo el Premio Maestro de la Medicina Argentina, 1986; el Premio de la Cleveland Clinic Foundation, 1987; The Gairdner Foundation International Award, otorgado por la Gairdner Foundation, 1987 (Toronto, Canadá); el Premio René Leriche, 1989, otorgado por la Sociedad Internacional de Cirugía; el Gifted Teacher Award, otorgado por el Colegio Americano de Cardiología, 1992; el Golden Plate Award de la American Academy of Achievement, 1993, y el Premio Príncipe Mahidol, otorgado por Su Majestad el Rey de Tailandia, 1999. Ha publicado: *Surgical Treatment on Coronary Arteriosclerosis* (1970), *Recuerdos de un médico rural* (1980), que ahora reeditamos en DeBolsillo, *¿Conoce usted a San Martín?* (1987), *La memoria de Guayaquil* (1991), *De La Pampa a los Estados Unidos* (1992), y *Don Pedro y la Educación* (1994), así como también más de trescientos trabajos de su especialidad.

RENÉ G. FAVALORO
Recuerdos de un médico rural

▣ DEBOLSILLO



Favaloro, René G.

Recuerdos de un médico rural. - 1a ed. - Buenos Aires :

Debolsillo, 2011.

EBook. (Best seller)

ISBN 978-987-566-655-9

1. Autobiografía. I. Título

CDD 920

Edición en formato digital: abril de 2011

© 2011, Editorial Sudamericana S.A.®

Humberto I 555, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-566-655-9

www.megustaleer.com.ar

Conversión a formato digital: eBook Factory

www.ebookfactory.org

Recuerdos de un médico rural
Portadilla
Biografía del autor
Portada
Legales
Aclaración
Dedicatoria
Prólogo de la segunda edición
I
II
III
IV
V
VI
VII

Todo lo relatado es fruto de mis recuerdos.

Son hechos reales, testimonio de una verdad que nos tocó vivir.

Debo expresar mi agradecimiento a Graciela Cordero Ramírez, mi secretaria, por las largas horas de encomiable tarea dedicadas a la preparación y corrección del manuscrito. A mis amigos, Guillermo Masnatta y Ricardo Pichel, por sus consejos en la preparación final.

*A la memoria de Juan José, mi hermano,
con quien todo lo compartimos.*

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Han transcurrido doce años desde que este libro llegó a manos del público. Durante todo ese tiempo, inclusive en estos últimos meses, he recibido innumerables cartas comentando algunos aspectos de él. Nunca pensé que estas simples memorias del momento más trascendente de mi actividad profesional tuvieran tanta repercusión. Las que más me emocionaron fueron las enviadas por los colegas y maestros de las áreas rurales. Todos coincidieron en que se vieron representados, quizá porque transitaron y transitan los mismos caminos que me tocó recorrer.

Ha sido para mí gratificante saber que ha servido de material de lectura en escuelas y colegios diseminados por nuestra patria.

Como consecuencia de esta nueva edición, he vuelto a leerlo como si fuera un libro nuevo, desde su aparición en 1980. Debo confesar que lo hice con avidez y emoción. En algunos pasajes mis lágrimas enturbiaron su lectura dándome tiempo de revivir las imágenes de un pasado que terminó de completar los sentimientos profundos de mi alma.

Una vez más quisiera que se entendiese lo que señalé en la primera edición: “Mi objetivo no es presentar la simple descripción de hechos anecdóticos sino, a través de ellos, mostrar las condiciones socioeconómicas del interior”. Por desgracia lo manifestado en las últimas páginas sigue teniendo la misma actualidad: “Sin embargo, estoy convencido de que en profundidad todo está igual. Ranchos miserables y villas miseria se ven por doquier, pobres escuelitas rurales más destartaladas que nunca están, si se las quiere ver, con maestros que, como los Guiñazú, siguen recibiendo salarios alejados de la realidad. A pesar de la abundancia de médicos carecemos de una medicina organizada”. “¿Tendremos capacidad de reaccionar? ¿Seremos capaces de realizar la verdadera reconstrucción? ¿Aceptaremos, sin ambages y sin justificaciones que esta sociedad que llamamos occidental y cristiana está llegando a su fin? ¿Seremos testigos complacientes de que nuestro país también alcance los niveles de libertad desenfundada de la sociedad de consumo donde la droga, la violencia, el abuso sexual, el crimen, el despilfarro, la destrucción de la naturaleza y la injusticia social son sus resultantes?”

Es necesario insistir una vez más que si no estamos dispuestos a comprometernos —principalmente los universitarios— a luchar por los cambios estructurales que nuestro país y toda Latinoamérica demanda —principalmente en educación y salud— seguiremos siendo testigos de esta sociedad injusta donde parece que el tener y el poder son las aspiraciones máximas.

¿Escucharemos alguna vez los mensajes que nos legaron con sus vidas y sus libros Sarmiento, Hernández, Hudson, Mallea, Martínez Estrada, Agustín Álvarez, Luis Franco, Julio Irazusta, Henríquez Ureña, (por no citar sino algunos pocos) o seguiremos siendo testigos de la decadencia de la sociedad de consumo?

Espero que esta segunda edición contribuya no solamente a conocer la actividad de los médicos rurales, sino también que sirva para despertarnos del letargo en que

transcurren nuestros días.

René G. Favaloro
Buenos Aires, julio de 1992

I

INTRODUCCIÓN

En este libro trato de analizar mi actividad como médico rural en un pueblo del oeste pampeano, entre mediados del '50 y principios del '62. A través de esta narración se podrá conocer cómo se ejerció y, estoy convencido, se sigue practicando la medicina en muchos lugares de nuestro país. Mi objetivo no es presentar la simple descripción de hechos anecdóticos sino, a través de los mismos, mostrar las condiciones socioeconómicas del interior. Es bien sabido —es historia repetida— que nosotros disponemos de un país dividido en dos sectores con características y lineamientos propios: lo que llamamos el Gran Buenos Aires y el interior que, a medida que se va distanciando, va tomando connotaciones y características que siguen teniendo primacía en la interpretación de lo que ha sido y será la Argentina. Por sobre todo, deseo mostrar cómo, mediante una planificación ordenada, con decisión y tremendo esfuerzo, pudieron realizarse cambios a nivel comunitario que hoy, luego de muchos años, siguen teniendo en mí una vivencia real y cercana quizá porque representan la parte más importante de mi vida, la que ha dejado a través de profunda convivencia huellas que son imborrables en el fondo de mi alma.

¿Quién iba a decir que el destino me transformaría en un médico rural? Debo confesar que la medicina fue vocación en mí desde siempre. Mi madre refiere que ya a los cuatro o cinco años manifestaba deseos de ser médico. La explicación debe encontrarse en la influencia del tío doctor, hermano menor de mi padre, entonces el único miembro de la familia con educación universitaria. Mi abuelo paterno, inmigrante siciliano que llegó a estos lugares a fines del siglo pasado, vivió con humildad, trabajando como zapatero, vendedor ambulante o simple puestero en el campo, sin dejar de preocuparse por la educación de sus hijos. Todos terminaron la escuela primaria y los varones tuvieron acceso a la secundaria. Si bien trabajaban como obreros, aprendiendo oficios diferentes, concurrían durante la noche a enriquecer sus conocimientos en la vieja Escuela Industrial, que mi padre recuerda siempre con cariño.

Arturo, por ser el menor, tuvo la suerte de seguir estudiando ayudado por los ingresos crecientes de la familia al contribuir sus hermanos al sustento de la misma. Quizá, por ser yo el primer sobrino varón, sentía por mí cierto afecto especial, que resaltaba cuando volvía a La Plata a visitar a sus familiares, en los pocos ratos libres de su profesión. Existía entre nosotros, sin duda, una relación más profunda. Durante mis vacaciones de la escuela primaria, pasaba algunas semanas en su casa de Avellaneda observando la intensa actividad de su consultorio y acompañándolo en las visitas a domicilio. Entonces sí tuve el convencimiento absoluto de que mi futuro estaba en la medicina.

Tiempo después, ya en la escuela secundaria, dedicaba mi mayor esfuerzo a las ciencias biológicas sin descuidar la formación humanística, aspecto fundamental de los

conocimientos impartidos en el viejo Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. En el tercer año de Medicina, cuando, por primera vez, tuve acceso al hospital a través de la cátedra de Semiología y tomé contacto con los enfermos mi vocación se acrecentó notablemente. Además de la obligación rutinaria de los trabajos prácticos concurría diariamente a la sala VI. Al mismo tiempo asistía a las clases que dictaba el profesor Rossi a las once en su cátedra de la sala I y los sábados por la tarde, en la sala III, me entremezclaba con los alumnos del profesor Mazzei, titular de la otra cátedra de Clínica Médica, ambos cursos de sexto año. En forma honoraria, concurría a la cátedra de Anatomía Topográfica donde profundizaba y enriquecía mis conocimientos de anatomía, realizando en cadáveres las disecciones que me permitían aumentar los conocimientos básicos para mi futura actividad quirúrgica porque, desde un principio, yo sentí ese llamado especial, que viene desde el quirófano y que es difícil de describir. De vez en cuando me escapaba a presenciar las operaciones del profesor Mainetti o del profesor Christmann, confundíendome con los alumnos de los cursos superiores, gozando con la precisión, la minuciosidad, la delicadeza y el arte del acto quirúrgico. Por la tarde trataba de reproducir en el cadáver los gestos y las maniobras quirúrgicas. Alguna vez, nuestro querido Agapito —así llamábamos nosotros al encargado de la cátedra— sonreía viéndome engarzar la tijera hacia atrás en el cuarto dedo de la mano derecha, imitando al profesor Mainetti. En cuarto año, al cursar las patologías, mi participación en la vida hospitalaria fue más intensa. Sin estar obligado, concurría por las tardes para ver la evolución de los pacientes operados. Como vivía con mis padres a unas pocas cuadras del hospital, era fácil volver, penetrar otra vez en las salas, entonces casi silenciosas y recorrer las camas revisando y conversando con los pacientes.

Después de cumplir durante un año con el servicio militar y aprobadas las dos patologías, previo concurso de oposición pasé a formar parte del internado, aspiración suprema de todo practicante. Viví en el hospital desde entonces. Teníamos nuestros propios dormitorios en el segundo piso del viejo edificio. El Hospital Policlínico era el eje asistencial de una amplia zona pues todavía no se habían desarrollado centros médicos de importancia en las poblaciones cercanas de Ensenada, Berisso, Magdalena, Gonnet, City Bell y Brandsen. Además, recibíamos los casos complicados de casi la totalidad de la provincia de Buenos Aires. La actividad era intensa. Al trabajo regular de las mañanas se agregaban las guardias donde pasábamos horas y horas trabajando sin descanso, saltando de una sala a otra acompañando a practicantes mayores y médicos internos. Era ésta una formación imposible de desperdiciar; por eso, además de cumplir con mis guardias, estaba siempre atento al pedido de alguno que, por circunstancias especiales, no podía cumplir con las suyas. Con bastante frecuencia permanecía en actividad continuada durante cuarenta y ocho o setenta y dos horas entregado a mis pacientes.

No por ello descuidaba mis estudios. Durante los años de enseñanza secundaria en el Colegio Nacional siempre había estado entre los estudiantes del tercio superior. Una vez en la Facultad, durante mis largas caminatas por el Bosque, a veces me decía que, quizá, con un poco de esfuerzo podría constituirme en el primero de mi clase. Es difícil de explicar. Sentía la necesidad de ser el primero, sin que ello implicara arrogancia o

soberbia; era una profunda necesidad espiritual que debía satisfacer a través de una entrega absoluta y en competencia leal. Escuchaba atentamente a mis maestros, estudiaba en los libros comunes de texto y además ahondaba los conocimientos a través de los tratados que hallaba en la biblioteca. Durante la ayudantía en la cátedra de Anatomía Topográfica y en mi posterior actividad en el hospital fui tomando conciencia del placer que sentía al compartir lo que sabía con mis compañeros, enseñando lo que en esa búsqueda sin límites encontraba en la lectura de los temas más diversos. Durante mi concurrencia a la sala V esos sentimientos se fueron profundizando al participar de las actividades de la cátedra de Clínica Quirúrgica. Al terminar mi internado y mis estudios en 1948 pensaba con absoluta seguridad que mi futuro estaba allí, en el Hospital Policlínico, donde podría desarrollar la actividad quirúrgica y docente siguiendo los pasos de mis maestros.

Pero es evidente que cada uno tiene un destino que cumplir. Una serie de factores decidieron la interrupción de la carrera hospitalaria y universitaria que había planeado. El primero, quizás el de más valor, fue el factor político. Pertenezco a lo que se ha dado en llamar la generación del '45. Como estudiante participé de los movimientos universitarios que lucharon por mantener en nuestro país una línea democrática, de libertad y justicia, contra todo extremismo. Por ello soporté la cárcel por algunos días en dos oportunidades. La mayoría de los estudiantes de esa época éramos profundamente idealistas. No podíamos entender que la dádiva, la demagogia y el acomodo se convirtieran en un estilo de vida. ¡Cómo nos dolían aquellos actos públicos donde estudiantes recibían bicicletas, motonetas y hasta automóviles como pago a su obsecuencia! Siempre recordaré la visita de Eva Perón a nuestro hospital para inaugurar un pabellón. Se realizó, como era costumbre en aquellos tiempos, un gran acto público. Desde el segundo piso observábamos con estupor el reparto de dinero, entiéndase bien, billetes de dinero, entre la gente que se agolpaba frente al palco. Cuando se terminaban, sus aláteres, desde atrás, le alcanzaban nuevos fajos que volvía a distribuir en medio de cánticos y vítores. Es posible que la mayoría no diera trascendencia a lo que estábamos observando, pero para mí era denigrante, se rebajaban tanto los de arriba como los de abajo. No era esa, ciertamente, la manera de solucionar los problemas sociales. A la muerte de Eva Perón, nos tocó vivir los días de luto obligatorio. En nuestras recorridas por el hospital nos encontrábamos con médicos y profesores que lo llevaban, en su inmensa mayoría, por obligación. El temor de perder lo obtenido a través de tantos años, era la explicación que escuchábamos con dolor. A algunos los comprendíamos, a otros no.

La terminación del internado y mi graduación coincidieron con una vacante de médico interno auxiliar, a la cual accedí con carácter interino. A los pocos meses, al decidirse mi confirmación, me llamaron desde la administración. Me explicaron, mostrándome una tarjeta, que de un lado debía llenar los espacios en blanco con mis datos personales y en el renglón final debía afirmar que aceptaba la doctrina del gobierno. Del otro lado, debía figurar el aval de algún miembro de trascendencia del partido peronista, quizás algún diputado o senador que corroborara mi declaración. Todos conocían mi manera de pensar, incluyendo el empleado que todo lo relató con voz queda

y entrecortada. Le contesté que lo pensaría, pero era indudable que todo estaba muy claro en mi mente. Si yo era el destinatario del puesto, por mis clasificaciones en la Facultad, por haber sido el primero en el concurso del internado, por haber trabajado con intensidad y dedicación ¿cómo era posible que para llegar al mismo tuviera que firmar algo que, a mi entender, sólo serviría para ampliar la lista de obsecuentes? Por ese entonces esperaba con ansiedad el llamado a concurso de ayudante diplomado de la cátedra I de Clínica Quirúrgica para proseguir la carrera docente, pero la fecha se fue prolongando y prolongando y el concurso nunca se realizó. En adelante los nombramientos serían realizados directamente por el profesor, sin concurso previo. Y la cátedra ya estaba en manos del profesor peronista de turno. Advertía que mi futuro entraba en una nebulosa, pues para ascender y progresar debía comulgar con una serie de ideas y conceptos que estaban muy lejos de mi formación previa y de mi espíritu.

El segundo hecho trascendente que contribuyó al cambio de mi destino fue el accidente sufrido por mi hermano al terminar el tercer año en la Facultad de Medicina, en ocasión de concurrir a dar el examen final de Anatomía Patológica. Olvidó una carpeta imprescindible para rendirlo y un compañero, dueño de una motocicleta, se ofreció para llevarlo a casa y volver rápidamente a la Facultad. En el viaje de regreso fueron embestidos por un microómnibus. Mi hermano llevó la peor parte: traumatismo de cráneo con conmoción cerebral que duró más de diez días y fractura de las dos piernas. La aparición de gangrena hizo que fuera necesaria la amputación de la izquierda. Durante tres meses permanecí a su lado, colaborando con los médicos que se ocuparon de su atención. Mi responsabilidad se había acrecentado.

Yo era el hijo mayor de una familia humilde. Mi padre, ebanista más que carpintero, tenía un pequeño taller con dos o tres operarios donde el arte era más importante que el dinero. Vivió siempre enamorado de su trabajo y su clientela tradicional iba a él, sabiendo que cada pieza que salía de sus manos llevaba por sobre la rutina, el cariño, el esmero, la dedicación, la honestidad con que realizaba su tarea. No tenía tiempo para pensar en el valor económico de lo que creaba por lo cual los ingresos siempre eran escasos. Mi madre, modista, contribuía al sostenimiento del hogar. Estarán siempre en mi mente las largas horas que pasaba sentada frente a la máquina de coser, que sólo dejaba para entregarse a las tareas comunes a toda ama de casa. Desde muy joven había comprendido el esfuerzo que ellos realizaban para darnos sustento y educación y a partir de los diez o doce años colaboraba en las tareas del taller, en especial durante las vacaciones, en que me transformaba en un obrero más. Así aprendí todos los secretos de la carpintería, de los cuales el que más me gustaba era el tallado de la madera que me enseñó un viejo italiano, don Davagnino, todo un artista en el manejo de las gubias. Años más tarde, cuando escuchaba al profesor Christmann decir que para ser un buen cirujano había que ser un buen carpintero yo pensaba que había realizado mi aprendizaje en aquel viejo taller. Y todavía me quedaba tiempo por las tardes para dedicárselo a la huerta y producir la mayoría de los vegetales que consumíamos, siguiendo las enseñanzas de mis abuelos.

Pero no vaya a creerse que no me quedaba tiempo para gozar de los placeres de la

juventud. Al anochecer, después de la tarea cumplida, salía a vagar por las calles de mi ciudad donde abundan los parques y las plazas. Siempre recordaré mis largas caminatas por el Bosque, el Parque Saavedra o mis escapadas, cruzando la 72, para perderme en los baldíos. Recordaré también las primaveras de mi adolescencia inundadas de azul por los jacarandaes y perfumadas por los tilos, aromos y paraísos. Tuve tiempo de corretear y robar los primeros besos furtivos entre las sombras nocheras de los amores chiquilines y conocer después a esa mujer que el hombre encuentra en su juventud, con la que transita los caminos del amor total y siente hasta el tuétano, por primera vez, la marca del sexo.

Frente al acrecentamiento de la responsabilidad, pensaba que todo lo que yo había soñado y planificado estaba muy lejos de la realidad. Por ese entonces, llegó una carta desde Jacinto Aráuz escrita por mi tío, antiguo poblador de esa zona. Me explicaba que el médico, el único médico que atendía a la población, estaba enfermo y necesitaba viajar a Buenos Aires para su tratamiento. Había buscado reemplazante infructuosamente y solicitaba que yo lo suplantara, aunque más no fuera, por dos o tres meses. Varias semanas tuve esa carta en mis bolsillos antes de decidirme. Por un lado sentía la tristeza de dejar mi viejo hospital, por el otro pensaba que quedándome en la ciudad muy pocas posibilidades tenía de poder subsistir y ayudar a mi familia. Pensé que tres meses pasarían muy pronto y que no perdería nada explorando las posibilidades del medio rural. El doctor D'Amelio, mi jefe en la sala XIII, donde concurría desde hacía más de un año, trataba de disuadirme y de hacerme entender que ese no era mi camino. Siempre recordaré la despedida, cuando muy seriamente y mirándome a los ojos me dijo:

—Todos aquí te han deseado buena suerte, yo por el contrario espero que tengas mucha mala suerte —agregando— vos no naciste para ser médico rural..

El 25 de mayo de 1950, por pura coincidencia no más, partí en un tren del Ferrocarril General Roca. ¡Quién iba a decir que el destino transformaría tres meses en casi doce años de tanta trascendencia para el resto de mi vida! Ojalá se interprete correctamente lo que sigue. Sólo pretendo desnudar las realidades que me tocaron vivir y que, a mi entender, siguen teniendo hoy la misma vigencia a lo largo y a lo ancho de mi patria.

II

EL ESCENARIO

En el atardecer del 25 de mayo de 1950, en la estación Constitución tomé el tren que me llevaría a Bahía Blanca, primera etapa de mi viaje hacia La Pampa. Viajaba sin camarote. Al subir busqué un asiento cercano a la ventanilla. Estaba algo fresco; llevaba puesto un saco de lanilla que hasta hacía muy poco había sido cruzado. Las manos habilidosas de mi madre lo habían renovado, transformándolo en derecho con dos botones. Una bufanda de lana, tejida como regalo de viaje por mi novia, recubría mi cuello y mi pecho. Me acurruqué en mi asiento y, apenas recorridos los primeros kilómetros, traté de descansar después de tantas tensiones vividas en los últimos días preparatorios del viaje. Seguía confundido y las ideas iban y venían en desorden.

Durante la noche el tren se detuvo en las diversas estaciones del centro de la provincia de Buenos Aires, todas iguales, con las mismas características, sólo diferenciables por sus nombres. La madrugada llegó cuando nos aproximábamos a Pringles y al levantarse el sol, en un día seminublado, apareció ante nosotros la pampa verde que un otoño lluvioso mostraba en todo su esplendor. Con bastante frecuencia la llanura se veía salpicada por los montes de las chacras y estancias. Las praderas donde pastaba el ganado se interrumpían por parcelas de tierra roturada para la siembra del invierno. El verdor no era nada más que el resultado de la fertilidad de los campos. Poco a poco al recorrer los kilómetros fue decreciendo. Podía observarse por las pasturas naturales que la riqueza del suelo se iba deteriorando para precipitarse finalmente, al llegar a Bahía Blanca, donde ya nos acercábamos a zonas semiáridas caracterizadas por el color de su suelo y la menor cantidad de cobertura, fácil de percibir en las ondulaciones donde la roca del subsuelo se asomaba.

En Bahía Blanca traspordamos de tren y ascendimos al que se dirige hacia el noroeste con destino a Santa Rosa. Su recorrido es casi paralelo a la ruta 35, haciendo una comba pronunciada al acercarse a General Acha. A los pocos kilómetros el cambio de escenario es abrupto. Estábamos entrando a la pampa seca. El suelo es amarillento, a veces hasta rojizo; ya no es compacto como el de la pampa húmeda, por el contrario es liviano y arenoso. A unos treinta kilómetros de Bahía Blanca se hace ondulado con lomadas extensas y algunos vallecitos donde, muy de vez en cuando, se puede ver algún arroyuelo de cauce escaso. La capa fértil es poco profunda, alcanza cierta importancia en los pequeños valles pero la tierra casi desaparece en las lomas dejando al desnudo la tosca blancoamarillenta. A través de los años aprendí a reconocer en profundidad la topografía del sudoeste de la provincia de Buenos Aires y La Pampa. Extensiones importantes del terreno tienen unos pocos centímetros de tierra sobre la roca. Sólo en los valles y hondonadas, por acción del viento y del agua, puede llegar a espesores de significación. La proximidad de la roca tiene algunas ventajas: el agua de lluvia se

acumula sobre esa superficie dura y permite su aprovechamiento por capilaridad en los períodos de sequía. En los campos naturales se puede observar el predominio de la paja brava y en los bajos la existencia de cortaderas. La paja brava es para la pampa como el cardo para la provincia de Buenos Aires.

La lluvia, esa vez, había alcanzado a regar los campos más allá de Bahía Blanca. El aire estaba limpio y el viento no levantaba nubes de polvo, como ocurría a menudo. El campo ondulado se acentuaba llegando a San Germán. Las toscas afloraban por todos lados y dificultaban sobremanera el tránsito por los caminos. Al llegar a Rondeau apareció la planicie, más notable al acercarnos a Villa Iris y que rodeando a Jacinto Aráuz se extiende con intermitencia hasta General San Martín, Bernasconi y Abramo para ser reemplazada hacia el oeste por el monte pampeano. Quizá lo que más me sorprendió llegando a Villa Iris y, especialmente entre Villa Iris y Aráuz, fue la gran cantidad de tierra arada y los innumerables chacareros ocupados en sus tareas desde temprano. Casi todos trabajaban la tierra con sus arados tirados por muchos caballos; un solo tractor rompía la monotonía. Las poblaciones están muy cerca. La separación entre una y otra, desde San Germán a Abramo pasando por Rondeau, Villa Iris, Jacinto Aráuz, General San Martín y Bernasconi, oscila entre dos y cuatro leguas. El más importante de todos estos pueblitos por su extensión, por su comercio y por poseer la única sucursal de banco en la zona, era Villa Iris. Entre todos no alcanzaban a seis mil habitantes y si agregábamos las zonas rurales de influencia quizá llegarán a veinte mil. Todos eran similares. A lo largo de las vías se encontraban los galpones donde se acumulaba el cereal; en los años buenos las estibas con las bolsas ordenadamente apiladas eran testigos del esfuerzo y orgullo de la comunidad. En San Martín y Jacinto Aráuz se podía ver, además, bolsas de sal provenientes de las lagunas cercanas y algunos montones de leña. Frente a la calle principal, paralela a la estación, se encontraban los almacenes de ramos generales, las tiendas y los clásicos boliches donde los paisanos se reunían a tomar la copa y jugar a los naipes. Los palenques diseminados al borde de las veredas demostraban que todavía en esas regiones el caballo, el sulky, el carro y las carretas eran medios comunes de transporte. Todas las poblaciones tenían una única plaza, el club social, la usina eléctrica, la iglesia, a veces un cine y los edificios propios para la intendencia y la comisaría. La mayoría de las casas eran viejas, con la clásica construcción de dos piezas al frente divididas por el zaguán, una larga galería de habitaciones y el patio delante de las mismas. La casi totalidad de los exteriores estaba sin revocar y se observaba gran cantidad de terrenos baldíos, sin cercos ni veredas.

Jacinto Aráuz tiene características propias, la vía del ferrocarril divide al pueblo por la mitad. Este hecho es de suma trascendencia pues hay dos sectores totalmente opuestos, uno hacia el noreste y el otro hacia el sudoeste. Por razones fundamentalmente económicas existía por aquellos años una rivalidad profunda habiendo llegado alguna vez a dirimir las rencillas por las armas. De vez en cuando, pude observar algún paisano con un plomo incrustado en alguna parte de su cuerpo, como reliquia que atestiguaba el haberse jugado en algunas de aquellas patriadas caseras. La rivalidad había sido fabricada en el pasado por los caudillos de las dos comunidades. Es lógico pensar que si la

municipalidad, la escuela, la plaza, la comisaría se construían de un lado, el valor económico de la tierra y el comercio resultaban superiores. Para tener una idea de los juegos de la política basta mencionar que la Iglesia Católica, respondiendo a la supremacía temporaria de cada uno de los sectores, tuvo alternadamente tres piedras fundamentales, construyéndose finalmente al sudoeste. Existían, como era lógico, dos clubes sociales: al noreste el de Villa Mengelle, de mayor antigüedad, representativo de las familias tradicionales de la comunidad y, en el sudoeste, el de Independiente, de más arraigo popular.

Jacinto Aráuz tenía solamente unas diez manzanas desparramadas a lo largo de las vías, con tres o cuatro cuadras a cada lado. El alcance de su desarrollo estaba representado por la usina eléctrica que solamente funcionaba hasta la medianoche; el consumo de energía era tan escaso que no justificaba el mantenimiento durante las veinticuatro horas. Solamente en circunstancias especiales —alguna fiesta familiar o reunión social o cuando algún vecino fallecía— teníamos luz durante la noche.

Conservaba mis propios recuerdos de Jacinto Aráuz porque había pasado algunas semanas de vacaciones, entre el segundo y tercer año de la escuela secundaria, con mis parientes. Tío Manolo era descendiente de un bravo español que a fines del siglo pasado se afincó, primero en las zonas cercanas a López Lecube y luego adquirió una modesta extensión de tierra en los umbrales de Aráuz. Por aquel entonces, yo lo acompañaba casi diariamente en sus tareas habituales recorriendo los campos, revisando haciendas y sembradíos. Como buen acopiador, adquiría cereales y ganado que luego enviaba a Buenos Aires. Después de tantos años no encontré muy cambiado el pueblo: alguna que otra casa nueva contrastaba con las construcciones antiguas, las calles estaban poceadas y difíciles de transitar por las últimas lluvias, escaseaban las veredas, construidas casi todas de ladrillo.

Jacinto Aráuz es la primera población en territorio pampeano yendo por la ruta 35 y se halla aproximadamente a ciento treinta kilómetros de Bahía Blanca. Goza de una posición geográfica especial. Su ubicación en la ruta la coloca a casi igual distancia de Bahía Blanca y General Acha. Desde Aráuz hacia el sudoeste se abren dos rutas principales. La primera se dirige a las Colonias de Traicó —Traicó Chico y Traicó Grande— y en su continuación la conecta con La Colorada Chica y La Colorada Grande, lagunas que proveen al país de la mayor parte de sal para el consumo y las actividades industriales. Apenas se salía del pueblo, pasando la primera curva, había un pequeño bajo pantanoso al llegar las lluvias. A unas cuatro leguas termina la planicie dividida en innumerables chacras. El camino se hacía sinuoso apareciendo los montes y la arena. Hacia la izquierda estaba el famoso arroyo de Pena, uno de los pocos que alcanzaba a mantener cierto caudal de agua durante todo el año. El monte adquiría en su derredor mayor tamaño. Con el tiempo se transformó en lugar preferido de Juan José, al que concurría con su familia a pasar algunas horas de solaz en medio de la naturaleza. Al llegar a La Colorada el camino ofrecía dos alternativas. En épocas de verano la laguna estaba casi seca y, atravesando la superficie salitrosa que era firme y permitía inclusive aumentar la velocidad del vehículo, era posible llegar hacia el otro lado donde estaban

asentadas la mayoría de las colonias de ruso-alemanes. Por el contrario, si el agua era abundante había que rodearla por la izquierda, siguiendo las huellas que iban escapándole a los médanos. En el verano, si algún llamado hacía necesaria la presencia del médico, era infernal transitar esos caminos con los vehículos de que disponíamos. Era difícil pasar los médanos de arena suelta y caliente; no había que perder velocidad en las subidas porque al mínimo detalle quedábamos varados. El que lo haya experimentado, sabrá muy bien que es más penoso salir de un médano de arena que de un pantano de agua y barro.

El otro camino hacia el sudoeste era conocido como el camino al boliche Festa; pasando por La Juanita entroncaba con el camino a Río Colorado. Su nombre se debía a que, aproximadamente a cuatro leguas, había un viejo almacén de campo instalado por don Ángel Festa. En el '50 estaba ya cerrado, aunque don Festa seguía viviendo allí. Solamente atendía, de vez en cuando, a parroquianos muy conocidos. Nos tocó asistirlo en sus últimos años. Cuando llegaba al consultorio llamaba la atención por el cuidado de su vestimenta: ropa oscura, camisa blanca, corbata negra, zapatos bien lustrados y un sombrero medianamente aludo que cubría parcialmente su rostro anguloso de pómulos salientes, nariz aguileña y ojos tristes. Hablaba muy poco, apenas lo suficiente para comunicarse; había que ir entresacándole con paciencia el motivo de su visita. Nadie supo explicarme por qué ese hombre vivía allí en medio de la soledad, sin familia, ayudado solamente por alguna que otra mujer a cargo de la limpieza y el cuidado de la casa. ¡Quién sabe qué secretos guardaría en el fondo de su alma! Sus padecimientos eran provocados por la arteriosclerosis que avanzaba con los años, complicada con algo de hipertensión arterial y diabetes. Me preocupaban los trastornos circulatorios en los miembros inferiores que, a pesar de la terapéutica con vasodilatadores, requerían internación y cuidado en algún centro especializado. Nunca pude convencerlo. Prefirió dejarse morir allí, en su viejo almacén, rodeado de sus recuerdos. Una vez traspuesta La Juanita y desviándose hacia el sur, el camino no era más que un sendero a través del monte tupido, cada vez más difícil de transitar a medida que se acercaba a Río Colorado. No obstante, a los afincados a lo largo de la ruta 35, nos permitía durante el verano saborear la fruta que allí se producía en cantidad. Unos pocos camioneros, en vehículos con varios años de antigüedad, se ocupaban de traerla en viajes que eran toda una odisea.

Hacia el noreste, y después de transitar unos pocos centenares de metros por el meridiano quinto que divide La Pampa de la provincia de Buenos Aires, está el camino hacia el Triángulo y su prolongación a Bordenave y Darregueira. Esa zona es un poco diferente a las demás. Las condiciones del suelo son superiores; el color más oscuro denota la presencia de mayor capa fértil. Además, con los años es fácil advertir que hacia el este de Jacinto Aráuz las precipitaciones son mayores. Si ha llovido, por ejemplo, cinco o diez milímetros en La Colorada Chica o en La Juanita con toda seguridad la cantidad se duplica o triplica en el Triángulo, aumentando progresivamente hacia Bordenave y Darregueira.

En el Triángulo está asentado un grupo de chacareros progresistas que viven al día

con los adelantos tecnológicos. En aquel entonces el más destacado era don Juan Gonnet. Apenas pasada la tranquera de su chacra, se podía observar el orden que reinaba con sólo mirar los alambrados. A través de los años había plantado innumerable cantidad de árboles. Su casa estaba rodeada de un paraíso verde. Mediante cuadros cercados y protegidos del viento con barreras de eucaliptos, había cuidado con esmero infinidad de variedades entre las que no faltaban los frutales. Así, podían encontrarse durazneros, ciruelos, damascos, perales, guindos, membrillos y cerezos. No había limoneros ni naranjos pues no se desarrollaban en esas zonas. Muchos intentos se habían hecho, pero el clima continental con falta de humedad y temperaturas muy frías durante el invierno no era propicio para ello. Don Juan seguía plantando y plantando. En los últimos años de nuestra actividad en Jacinto Aráuz pudimos ver nuevas plantaciones con algunas variedades de pino que se adaptaban mejor a las características de esos pagos. Para que los árboles crecieran no bastaba con regarlos. Había que cuidarlos uno por uno, impidiendo en especial el crecimiento de las hierbas a su alrededor para evitar el consumo de la escasa humedad. En sus plantaciones se podía ver el trabajo de las rastras que regularmente se pasaban tiradas por unos pocos caballos, entre los árboles. Sus conocimientos eran extensos. Combinaba la lectura con la experiencia adquirida durante tantos años y por eso sus cosechas eran siempre destacables. A veces, en el verano, era uno de los pocos que se atrevía a plantar alguna parcela con maíz, sembrándolo temprano para aprovechar así la humedad de fines de noviembre. Sus consejos eran siempre bien recibidos pues su liderazgo había sido beneficioso para toda la zona. De vez en cuando, al encontrarnos me solazaba conversando con él, aprendiendo algunos secretos de la tierra.

Una vez que el camino deja atrás el Triángulo, prosigue entre Monte Lauquén y los campos de Neyra. Ahí sí, las extensiones eran mayores; Monte Lauquén comprendía cuatro leguas de tierra, esperando la mano del hombre. Se podían observar enormes extensiones de campos naturales donde la planicie era interrumpida por ondulaciones suaves con valles fértiles salpicados por unos pocos caldenes que habían quedado como testigos del desmonte.

Algo más al norte, dirigiéndose hacia el este, nace en la ruta 35 el camino al lote 15 y al lote 6. Se iniciaba con la roca casi a nivel del suelo pero a menos de una legua caía en una gran hondonada que daba origen a uno de los pantanos más difíciles de pasar en época lluviosa. A dos leguas sobre la derecha aparecía la escuela de los Guiñazú, maestros puntanos que se habían radicado desde siempre educando a tres generaciones de pampeanos. Un poco más adelante se topaba con el lote 15, cuatro leguas de campo que a diferencia de Monte Lauquén estaban trabajadas con esmero. Sus innumerables divisiones, aguadas y molinos denotaban la explotación intensiva de la tierra. Sus alfalfares eran de los más extensos de la zona. Allí se producían carnes y cereales en abundancia. Su administrador, don Orlando Arrechea, fue una de las personas más destacadas en conocimientos rurales que me ha tocado conocer. Allí se palpaban los beneficios por él obtenidos y que servían de modelo para el resto de los chacareros. En el lote 6, por el contrario, la tierra estaba dividida. La mayoría de los chacareros eran ruso-

alemanes. Muy pocos eran dueños de la tierra. El suelo volvía a mostrar zonas fértiles con zonas medanosas de difícil manejo por su tendencia a la erosión.

Siempre continuando la ruta 35 hacia el norte, a unas cuatro leguas, frente al camino de entrada a San Martín se abre, hacia el norte, la ruta a Guatraché y Alpachiri de suelo arenoso y escenografía cambiante por los vientos. Guatraché es uno de los pueblos que me agradaba visitar cuando algún paciente me llamaba en consulta, Su trazado es similar al de La Plata, sus calles y diagonales arboladas y su plaza cuidada con esmero denotaban una comunidad progresista. Desde allí, un poco más hacia el noroeste, están Alpachiri y Macachín habitadas también por ruso-alemanes que, con el tiempo, conocimos en profundidad porque muchos de ellos concurrían a nuestra clínica.

Hacia el norte después de pasar San Martín, Bernasconi y Abramo, la ruta 35 se dirige a General Acha con poblaciones intermedias, siendo Hucal la que más resaltaba con sus valles poblados por el monte y donde se podían observar los más bellos caldenes de la zona.

En resumen, Jacinto Aráuz está rodeado por zonas de planicies que se extienden hacia el este y hacia el norte y que constituían el centro agrícola de la zona. Hacia el oeste, a pocas leguas, empieza la zona de monte que llega hasta Río Colorado, General Acha y el oeste pampeano. Los arenales eran la consecuencia de la erosión favorecida, fundamentalmente, por el hombre a través del desmonte descontrolado y el arado usado sin discriminación en forma reiterada.

Las extensiones que yo he ido describiendo parecerán cortas al lector y las poblaciones le resultarán cercanas. Sin embargo, dadas las condiciones de los caminos, se agigantaban y nos aislaban de los grandes centros urbanos. La ruta 35 —sin duda el camino principal— hacia el sur tenía sectores intransitables, como eran las tres o cuatro leguas cercanas a San Germán. En las lomas, la piedra estaba desnuda a flor del suelo con tantas irregularidades que el auto, el camión o la camioneta debía atravesarlas lentamente, a no más de cinco o diez kilómetros por hora en marcha interminable y fatigosa. Casi siempre había que abrirse hacia los costados, buscando pequeños caminos laterales para tener así un poco de arena sobre la tosca y poder avanzar. Cuando llovía se producía en los bajos tal acumulación de agua que la única manera de transitar era conocer los secretos de los caminos que pasaban a través de las chacras. Recordaré siempre, por ejemplo, mis peripecias después de una lluvia excepcionalmente abundante para concurrir al llamado de un colega enfermo que residía en Villa Iris. Padecía en la edad adulta de insuficiencia cardíaca grave por lesión de la válvula aórtica, con agrandamiento del corazón y crisis agudas difíciles de controlar. En aquella ocasión todo parecía recubierto por el agua. Para recorrer las escasas cuatro leguas guiado por un paisano conocedor de la zona, tardamos más de dos horas abriendo y cerrando tranqueas y volviendo sobre nuestros pasos muchas veces. ¡Mi pobre Chevrolet 34 “bellaqueando” a través del barro y los pantanos cumplió con su cometido como tantas otras veces! En un viaje regular, en condiciones medianamente normales, se necesitaban aproximadamente tres horas para recorrer los escasos ciento treinta kilómetros a Bahía Blanca.

Santa Rosa quedaba mucho más lejos y el camino era más difícil por la presencia de médanos. En épocas de sequía y soplando el Pampero la ruta desaparecía y lo único que se encontraba eran senderos cambiantes de un día para otro. Solamente se los podía encarar tempranito, aprovechando el fresco de las madrugadas. Dos o tres ómnibus antiguos y destartados conectaban Bahía Blanca con las poblaciones, llegando hasta Bernasconi en forma irregular. En muchos aspectos, la principal vía de comunicación con los centros urbanos estaba dada por el ferrocarril.

Hay que entender que por aquellos años los autos escaseaban. La importación directa a través de los concesionarios estaba prohibida. La única manera de tener acceso a un vehículo nuevo era a través de una orden oficial que, en general, era utilizada por los acomodados de turno. La mayoría de los automóviles en uso eran Ford A, Chevrolet Champion, algún Buick del año '30 y los viejos Ford T. La gente con algunos recursos más podía adquirir modelos que oscilaban entre los años '34 y '38; de ellos el de mejor resultado era el Chevrolet 38, de carrocería aguantadora y un motor que requería muy poco mantenimiento. Excepcionalmente se observaba algún vehículo del año '41. Todavía, gran cantidad de la población rural se desplazaba en sulkys, volantas, carros o simplemente a caballo. Se hace fácil entender que las distancias, a través de huellas o caminos tan penosos de recorrer, se agrandaban por el medio de transporte que las transitaba.

Pero esas tierras semiáridas, donde las precipitaciones pluviales de los años buenos oscilaban entre cuatrocientos y quinientos milímetros, eran capaces de producir suficiente pasto para el ganado o de dar cosechas de rendimiento aceptable. Se podía observar en los campos naturales entremezclados con la paja brava, variedades de alfilerillo, trébol de carretilla, flechilla o gramilla australiana que, especialmente en el otoño y en la primavera, producían abundante cantidad de alimento. En el verano la intensa temperatura, la escasez de agua y los vientos disminuían el verdor rápidamente; pero era dable ver como la sabia naturaleza inundaba los campos de cardo ruso y alfalfa de los pobres. Esas eran dos especies que crecían a pesar de las escasas precipitaciones estivales, llegando a alcanzar alturas de más de un metro si escapaban a la voracidad del ganado, ya que era el único verde que tenían a su alcance. Siempre he pensado —no sé si se ha realizado— que debería efectuarse una investigación del por qué estas variedades de pasto pueden desarrollarse con tan bajo índice de humedad en el suelo. A través de la tecnología se las podría mejorar, quizás híbridas con otras para que produzcan proteínas de más alto valor. Es evidente que cumplen su función allí en la pampa árida. Al llegar el otoño y el invierno se secan y sus esqueletos fibrosos son arrastrados por el viento. Se los puede ver acumulados en los alambrados. A veces es tal el volumen que ayudados por la fuerza del Pampero pueden quebrar los postes. En ciertas zonas medanosas predomina el olivillo, con sus hojas semejantes al olivo —de ahí su nombre— pero un poco más claras. Es de gran valor, pues fija la arena a través de sus múltiples raíces. Excepcionalmente la hacienda lo ingiere.

Los bajos salitrosos abundan en la pampa y pueden verse ahí no más, a pocos metros del pueblo, pasando por el bajo Bonjour en el camino al meridiano. Producían muy poca

cantidad de verde. Sus costados estaban invadidos por cortaderas que en verano les otorgaban cierta belleza con sus penachos blancos que las mujeres cortaban y teñían de varios colores para decorar sus casas.

Lo que mucha gente no conoce es que la pampa está cubierta, en una gran extensión, por el monte. El monte pampeano es espeso y en su mayor parte es difícil recorrerlo pues se hace impenetrable. Solamente a pie y con dificultad se puede explorar con alguna detención. Si bien en ocasiones se lo ve achaparrado como en Córdoba, San Luis, Catamarca o La Rioja, la mayoría de las veces alcanza mayor altura y densidad. Así, pueden verse caldenes, algarrobos, molles, piquillines y chañares. Es indudable que el caldén es el árbol de la pampa. Al llegar el verano se cubre de unas hojas pequeñas propias de la escasez en que se desarrolla; no obstante, la intensidad de su ramaje produce sombra y cobija al ganado. Yo no recuerdo su flor, creo que nunca la vi o si existía era tan diminuta que pasaba desapercibida. Quizás el árbol, con su sabiduría, utiliza la poca savia que corre entre sus ramas para dar hojas y sombra, olvidándose de la belleza de la flor. Si uno lo observa en el invierno, cuando sus pequeñas hojas han caído, tiene un aspecto retorcido, con ramas y ramitas que se van entremezclando y que representan el sufrimiento con que ha crecido, casi sin agua y sacudido por los vientos. Los montes de caldenes, en especial en la zona de Hucal, toman un aspecto dantesco que resalta sobre todo en el fondo rojizo del crepúsculo.

El algarrobo produce gran cantidad de vainas que son de valor alimenticio. Una vez que llegan a cierto grado de madurez caen al suelo y son ávidamente ingeridas, en especial por el ganado vacuno. El molle y el piquillín alcanzan un tamaño menor; el segundo, en especial, produce leña que a mi entender es superior a la del quebracho colorado. Los chañares le dan al monte cierta belleza por su tallo verde que resalta a primera vista. El molle y el piquillín producen un fruto pequeñito, amarillento el del molle, más rojizo el del piquillín, de un sabor dulzón apetecido por los animales. Los niños también los saborean y, en ocasiones, nos tocó atender algunos con gran constipación y dilatación abdominal por haber comido más de la cuenta.

El tamarindo o tamarisco es otro arbusto que se ha desarrollado en la pampa para beneficio de sus pobladores. Es el más utilizado para hacer cercas que protegen las huertas o las aves de corral. Se reproducen fácilmente por estacas, alcanzando alturas de dos o tres metros. Brindan una verdadera pared verde que en zona tan ventosa es de vital importancia. Por su desarrollo se hace necesario podarlos con lo cual se obtiene leña que, aunque de menor calidad, es útil entremezclándola con la que se logra del molle o del piquillín.

La mano del hombre ha introducido especies foráneas como el eucalipto, el aguaribay—que resalta por su verdor profundo y oscuro y la producción de una pequeña semilla rojiza que puede reemplazar a la pimienta— y las acacias, que en la primavera florecen en abundancia con racimos blanquecinos semejantes a las glicinas. Algunas variedades de pino se desarrollan si se cuidan adecuadamente, en especial durante los primeros años.

El agua subterránea varía en cantidad y calidad; en general es salitrosa con gran abundancia de flúor y fosfatos. En ocasiones hasta el ganado se niega a tomarla. De ahí

que el valor de los campos, especialmente hacia el oeste, depende no solamente de lo que está en la superficie sino de la calidad del agua subterránea que varía con la profundidad y las napas que se encuentran.

El verano es en general seco; en los años buenos llueve hasta noviembre; de ahí en adelante, hasta marzo o abril, las precipitaciones son raras. El calor es intenso y, a pesar del bajo porcentaje de humedad en el ambiente, se hace sentir. A ello hay que agregar los vientos, en especial el Pampero que llega del oeste. Cuando sopla con intensidad en años secos, levanta arena suelta del suelo formando verdaderos nubarrones que oscurecen el ambiente y, a veces, en horas tempranas del día, se hace necesario recurrir a la luz artificial. El viento norte suele soplar también por varios días aumentando aún más la temperatura y el poblador lo tolera mejor porque en general es esperanza de tormenta. Después de tres o cuatro días, mirando hacia el oeste pueden observarse los nubarrones, pero la mayoría de las veces la tormenta se levanta, deja caer algunas pocas gotas y pasa de largo descargando la lluvia beneficiosa en la provincia de Buenos Aires. El viento y la arenisca sumados al calor torturan al poblador durante el día; la arena y la tierra lo penetran todo. En la noche, después de la intensa tarea, el guardapolvo del médico adquiere un color ocre amarillento similar al del suelo. La ducha reparadora, en los primeros minutos, deja depositado en la bañera el porcentaje de arena y de tierra que se ha ido acumulando con la transpiración durante el día. Raramente refresca durante la noche; las paredes han absorbido demasiado calor y las casas siguen caldeadas. El aire acondicionado no existía en aquellos tiempos e inclusive los ventiladores dejaban de funcionar al interrumpirse la corriente eléctrica después de medianoche. Claro está que aunque bañado en transpiración, el médico dormía —cuando podía— abrumado por el cansancio de su intensa tarea.

Por el contrario, los inviernos son fríos, la temperatura puede alcanzar hasta diez o doce grados bajo cero, como lo atestiguan los eucaliptos que solamente se hielan a esos niveles. Tanto en el campo como en el pueblo, el agua provenía de perforaciones individuales y se obtenía a través de molinos o algún pequeño motor bombeador. Las cañerías debían ser recubiertas con paja y con bolsas para evitar la congelación y las consiguientes roturas durante la noche. El médico era el que quizá más sufría en el invierno porque rara era la noche en que sus servicios no se requerían. El calor de la cama era reemplazado por aquel frío profundo que llegaba hasta el tuétano. A veces, de regreso, apenas volvía a calentarse cuando otro llamado interrumpía su descanso y nuevamente al viento y al frío. Yo lo recuerdo sobre todo en mis espaldas. ¡Cuántas veces las refregaba en el colchón para templarlas!

La mejor estación es el otoño, más que la primavera, que en general es corta y ventosa. Si llovía en los meses, de marzo y abril la pampa mostraba todo su esplendor, el viento amainaba y el alfilerillo, la cebadilla y el trébol lo recubrían todo. Era agradable salir al campo y embriagarse con su belleza. Los años variaban, a veces abruptamente, a uno llovedor podía seguirle otro de intensa sequía. Parecía que de pronto el cielo se había olvidado de llover y pasaban los meses y los meses sin precipitación alguna. Si la sequía normal del verano se prolongaba al otoño y se llegaba a junio sin humedad, el

invierno era desolador, pues a la falta de agua se agregaban las heladas que terminaban con el poco pasto que había sobrevivido. Parecía existir una relación directa entre sequía y viento: a mayor sequedad, viento más intenso que arrasaba con todo. En las zonas medanosas movía el suelo con tanta rapidez que el escenario cambiaba de fisonomía de un día para otro. La falta de alimento para el ganado era lo más grave. Cuando se prolongaba, no había otra salida que emigrar con la hacienda buscando algunas zonas del monte cercano con campos descansados, donde siempre se encontraba algo de pasto entre los árboles o, si no, ir a lugares más lejanos en el partido de Puán para salvar el capital. La mayoría de las veces había que trasladar el ganado caminando lentamente, sacando provecho del pasto de los caminos y carreteras con la ayuda de las aguadas que todo chacarero tiene siempre abiertas para su hermano en desgracia.

Los que no contaban con medios económicos para pagar los arrendamientos, o los que quizá por ser más optimistas habían esperado y esperado hasta último momento veían entonces enflaquecer y languidecer a los pobres animales recorriendo lentamente la superficie del campo donde ya nada quedaba. Si alguno, más previsor había hecho algunas parvas podía entonces, en cierta manera, protegerlos. Los que tenían grandes montes de eucaliptos cortaban las ramas bajas que el ganado comía con avidez. El hambre les había hecho perder su característico poder selectivo. Es bien conocido que en años de abundancia el vacuno, en especial, elige del suelo lo más tierno y sabroso.

El hambre hacía que comiera todo lo que encontraba en su camino. Don Juan Viña, por ejemplo, había hecho una doble cerca de tunas que iba bordeando el camino desde la tranquera hasta su casa distante unos quinientos o seiscientos metros. A través de los años la tuna se había desarrollado, formando una espesa pared de unos dos metros de alto. Yo visitaba su chacra, distante unas dos leguas del pueblo, con bastante asiduidad porque su esposa padecía de enfermedad de Parkinson que se complicaba con trastornos respiratorios frecuentes que requerían mi presencia. Y así en uno de los años de intensa sequía pude ver a las vacas comer despaciosamente las tunas, a pesar de la enorme cantidad de espinas que poseen; con paciencia y sufrimiento lamiéndolas primero y triturándolas lentamente después. En poco tiempo acabaron con ellas dejando solamente las más fibrosas cercanas al suelo.

La sequía, a veces, terminaba abruptamente con lluvias torrenciales. Los temporales del invierno en general llegaban del sur. Así por ejemplo, la del año '53 terminó a fines de agosto con lluvia y viento frío que duró más de tres días. Cuando el temporal viene acompañado de fuerte viento el ganado camina en dirección opuesta, como huyendo, hasta que llega al alambrado divisional. Allí empieza a amontonarse quizá pretendiendo ampararse mutuamente con el poco calor que produce su carne flaca por la miseria. Y así van muriendo apretujados unos contra otros. Cuando el número es grande se puede ver algunos muertos del otro lado del alambrado al que llegan después de haber caminado por encima de la pila de cadáveres. En ese año la mayor mortandad se vio en Monte Lauquén. Quizá la gran extensión y sus valles fértiles hicieron pensar a los chacareros que podían apechugar la prolongada sequía. Si uno recorría su perímetro podía ver en las rinconadas cientos de vacunos muertos y enorme cantidad de cuervos, caranchos y

aguiluchos en medio de un festín pantagruélico.

En esos años de tanta desolación, recordaba frecuentemente a los valdenses de 1901, que perseveraron en medio de la miseria y a través del esfuerzo y del sufrimiento se transformaron en la columna vertebral del posterior desarrollo de esas regiones. ¡Cuán justificado fue el homenaje que toda la comunidad les rindió en 1951 al conmemorarse los cincuenta años de la Colonia! Todos ellos merecen nuestro reconocimiento. La fe, la profunda fe cristiana que llenaba sus almas y el sentirse libres en medio de aquella pampa sin límites los hizo sobrevivir y dar nacimiento a esas poblaciones.

Pero no siempre era así. Y sí llovía regularmente, de esa tierra mustia, reseca, calcinada por el sol, en pocos días se producía el milagro de ver nacer por doquier nuevas plantas que todo lo recubrían y en poco tiempo volvíamos a gozar de la naturaleza. Los domingos, de ser posible, era agradable salir a descansar un poco del trajín diario en algunos lugares como el pequeño arroyo que originándose en un ojo de agua cruzaba a menos de media legua la ruta 35, pasando por el campo de don Rodríguez del Teso, para desembocar en una laguna salitrosa. Entonces a la sombra de algún árbol por unas pocas horas gozábamos de una paz infinita. Quizá lo más hermoso eran los atardeceres y la puesta del sol. Debo confesar que habiendo recorrido casi todo el mundo pocas veces he visto puestas de sol tan bellas como en la pampa. Presumo que tal vez la causa sea la escasa humedad del aire y el viento que, acariciando las nubes, les da formas disímiles que inducen a la imaginación a encontrar infinitos parecidos. Algunas veces cuando en el atardecer regresaba de asistir a algún paciente, en especial volviendo de Traicó, detenía el auto y mirando hacia el oeste en minutos interminables mi alma se embriagaba con tanto colorido. Las nubes, de acuerdo con su densidad y ubicación, se coloreaban con diversos matices —yo esperaba con ansiedad el anaranjado rojizo que era mi preferido— resaltando entre las distintas tonalidades de azul en un cielo profundo y transparente.

La pampa también tiene sus pájaros. Faltan la mayoría de las especies que se pueden ver en la pampa húmeda; no obstante, abundan los cardenales de plumaje verde amarillento, un poco más grandes que el clásico de cabeza roja, las palomas —torcazas y monteras—, los tordos con sus patitas largas, su cuello esbelto y el movimiento peculiar de su cabeza como saludando continuamente y, por sobre todo, la calandria que a su canto agrega la imitación del de los demás. Es, sin duda, el ave más querida por los pampeanos. Si se cuelga de los árboles algún trozo de grasa de pella que tanto le agrada, su natural mansedumbre se acrecienta. Revolotea cerca de la casa y en ocasiones, incluso, acude a comer de la propia mano, quizás en señal de agradecimiento. En nuestra casa anidaba en las acacias del fondo. En el invierno, en especial recorriendo mi huerto al mediodía, muchas veces era acompañado por la sinfonía que producía el contrapunto de las calandrias con mis canarios cantores. En la primavera llegaban los flamencos. Preferían la laguna del campo de Rodríguez del Teso, a mi entender porque allí se entremezclaba el agua dulce del arroyo cercano con la salobridad característica de la mayoría de las lagunas pampeanas. Permanecían allí por varios meses y su hermosura y su colorido resaltaban sobre el suelo blanquecino. Al verlos recordaba las hermosas

narraciones de Hudson en sus inigualables descripciones de nuestras pampas.

Perdices y martinetas se encontraban por doquier, especialmente estas últimas; en el invierno formaban bandadas de centenares que transitaban al atardecer por los caminos, picoteando piedritas y arenillas. Es bien sabido que la martineta se apareja en el verano — un macho con dos hembras— para la procreación. El macho incuba los huevos como el avestruz. Luego de haber criado sus polluelos vuelven a reunirse para vivir otra vez en comunidad durante el invierno. La avutarda es otra de las aves características de la pampa. Emigra durante el invierno desde el sur pues su hábitat se halla habitualmente en los lagos, ríos y arroyos que existen a lo largo de la cordillera. Por necesidad se dirige hacia el norte en busca de alimento. Es algo menor pero muy parecida al ganso doméstico. Su color varía entremezclándose tonalidades blancas, grises y marrones. Llegan en bandadas buscando los campos cercanos a las lagunas. El que no conoce el daño que producen, viéndolas allí diseminadas y confundidas con el verdor de los campos, no puede menos que admirar su belleza y si es cazador no puede desaprovechar la oportunidad de practicar su deporte ignorando que el gusto de su carne no es nada apetecible. Ni guisándola utilizando diversos condimentos puede quitársele su sabor amargo. En ocasiones tuvimos alguna en el gallinero por semanas o meses alimentándola con trigo o maíz. A pesar del cambio siguen manteniendo ese gusto salvaje tan especial que impide transformarlas en alimento. Su presencia es altamente inquietante para los chacareros, pues los cereales recién germinados con algunas pocas hojas son su manjar favorito. El daño está dado no solamente por lo que comen, sino porque arrancan las plantas con sus pocas raíces ocasionando su muerte. La cantidad de avutardas es tal, que en pocos días destruyen decenas y decenas de hectáreas. Es muy difícil combatirlas, excepto con el avión cuya sola presencia hace que levanten vuelo y se agrupen en enormes bandadas. Quizá por el temor que les produce ese pájaro gigante, empiezan a volar. Así se las va arreando, sin dejarlas descansar. Agotadas, van cayendo en las lagunas donde mueren ahogadas. Esto quizá parezca inhumano pero hay que entender el deterioro que producen a los pobres chacareros, en especial si el año ha sido escaso en precipitaciones y el verde no abunda en los campos naturales.

Las liebres comunes también se hallan en abundancia. Hay muy pocas liebres patagónicas pues se han ido extinguiendo por la acción depredadora del hombre. Se las distingue por ser de tamaño mucho mayor y saltar durante la carrera como el canguro. Hacia el oeste pampeano, en los montes, existe innumerable cantidad de jabalíes y ciervos. Proviene de lo que hoy se conoce como Parque Luro, ubicado a lo largo de la ruta 35 entre General Acha y Santa Rosa. Sus primitivos dueños los llevaron de otras regiones para sus cotos privados de caza cercados con alambre de tipo gallinero. Fue difícil mantener la estructura. El deterioro de los cercos y el instinto de libertad de esos animales hicieron que se extendieran a casi todo el territorio pampeano. Los jabalíes, en especial, son depredadores para los agricultores que tienen sus tierras cercanas al monte. Durante la época de la cosecha, diariamente, había que transportar las bolsas de cereal —no existían todavía las modernas cosechadoras a granel— a las estibas y a los galpones, pues si no durante la noche decenas y decenas eran rotas por los jabalíes en

busca de alimento.

El jabalí macho, atraído por alguna cerda alzada se arrimaba en ocasiones a las poblaciones. Con frecuencia, y como resultado del amor furtivo, el colono se encontraba con lechones característicos, de trompa un poco más alargada y el cuerpo cubierto por bandas color grisáceo amarronado. La carne de jabalí, en especial la del animal joven, se asemeja a la del cerdo aunque con menor cantidad de grasa. El jabalí no ataca al hombre excepto cuando está herido, por lo cual hay que ser certero al disparar el arma cuando se sale a cazarlo. En la zona era famoso don Prudencio, pues lo hacía a caballo y a cuchillo. Lo corría con su oscuro y apareados en velocidad se abalanzaba sobre el jabalí al que mataba con certeras puñaladas en el cuello o en la parte alta del tórax. Pero en general los paisanos que se dedican a estas tareas lo hacen acompañados con un grupo de perros entrenados que, siguiendo el rastro, terminan acorralándolo. El jabalí, como el puma, se recuesta sobre un árbol como defendiendo sus espaldas. En esa posición los perros forman un semicírculo y lo torea en forma intermitente, atacando y retrocediendo, sin acercarse mucho. El jabalí gira su cabeza y su cuerpo en todas direcciones y al final, en medio de la confusión, uno de los perros con decisión se abalanza sobre el cuello seguido por todos los demás. La muerte sobreviene en contados minutos. No siempre se daba así. A veces el jabalí, con sus poderosos colmillos despanzurraba alguno de esos pobres animales. En ocasiones, el paisano debía intervenir en la disputa para salvar a alguno de sus perros tan queridos.

Angelini, el único italiano que vivía en la Colorada Chica, se había ingeniado, utilizando viejos durmientes del ferrocarril, para fabricar un pequeño corral semicircular conectado a otro más grande. Cuando alguna chancha de su propiedad se alzaba, la ataba a un palenque colocado en medio del corral más chico. El jabalí atraído por el celo quedaba atrapado. A los gritos y con la ayuda de unos palos largos lo hacía pasar al corral más grande donde lo mantenía por algunas semanas, alimentándolo con abundante grano para mejorar la calidad de su carne. De vez en cuando nos obsequiaba con chorizos, salames y jamones que, como buen italiano, transformaba en manjares utilizando diversas especias. El jamón, en especial, tiene escasa cantidad de grasa y bien sazonado es de los más exquisitos que puedan saborearse.

El puma o león americano es otro animal del oeste pampeano temido por los chacareros, en especial por aquellos que poseen ovejas. La hembra, cuando los cachorros han alcanzado cierto desarrollo, sale con ellos en partidas de caza con el solo objeto de enseñarles a matar para conseguir alimento: en una sola noche pueden hacer estragos en la manada. Nos hemos olvidado del piche, hermano menor del peludo. Tiene el mismo caparazón característico que sirve de defensa a estos animalitos, pero se diferencia por su tamaño menor y por ser herbívoro. Su carne es exquisita, en especial en el verano cuando come con preferencia las frutas del monte natural. Se lo puede ver generalmente al pie de los piquillines. Cocido al horno o al rescoldo de las brasas en su propio caparazón y bien condimentado, puede compararse al mejor de los lechones.

Las chacras añadían belleza al panorama natural. Innumerables plantaciones se veían por doquier y en algunas hasta almendros se podían encontrar. Era el primero en

anunciarnos la proximidad de la primavera cubriéndose todo su ramaje con gran cantidad de flores blancoazuladas. Desde muy lejos se los podía adivinar resaltando del resto de los árboles. Pocas veces llegaban a fructificar, pues al abrirse tan tempranamente quedaban expuestos a las heladas tardías de octubre o noviembre. De todos los árboles el que mejor se adapta es sin ninguna duda el eucalipto y el ejemplo estaba allí no más, al borde de Jacinto Aráuz en la chacra de don Daniel Bonjour Dalmas, donde a la sombra del monte se cobijaban miles de personas en la reunión anual de la cooperativa.

Una sola quinta había en el pueblo dedicada a la producción de verduras. Hacia el sudeste, el viejo Marchetti poseía un pequeño predio donde con amor y esmero producía toda clase de vegetales. Muchas veces al pasar hacía un alto en mi tarea y recorríamos juntos los canteros, intercambiando pareceres y conocimientos. La tierra arenosa era propicia para la producción de ajo y cebolla y en el verano para sandías y melones de excelente calidad y sabor. Quizá fuera la escasez de agua el secreto de tanta dulzura acumulada.

El laboreo de los campos dedicados fundamentalmente a la producción de trigo, cebada y, en menor escala, avena y centeno les daba cierta belleza que se iniciaba con el nacimiento. La tierra prolijamente trabajada dejaba ver a las pocas semanas las plantitas emergiendo en hileras cuidadosamente sembradas. Desde ese momento las observaba casi a diario en mi recorrida a ver los pacientes. Las veía macollar durante el invierno, encañar en octubre, parir la espiga a principios de noviembre y terminar dorándose con los calores del verano. Cada una de esas etapas tenía su propio encanto. ¡Qué agradable era ver, en los años buenos, las innumerables espigas acariciadas por el viento, mecerse en todas direcciones como danzando de felicidad por el fruto protegido en sus entrañas!

Algunos predios se sembraban muy temprano con trigo, avena o centeno para poder pastorearlos primero y luego dejarlos crecer nuevamente para la cosecha. Esos cereales de doble propósito cumplían su misión en una zona donde el verde siempre faltaba para la hacienda. Si había llovido bien, ya para fines de marzo o primeros días de abril se podía sembrar y el desarrollo precoz hacía que llegando el invierno —momento en que por acción de las heladas disminuía siempre la capa verde de los campos— el chacarero pudiera pastorear con su ganado esos sembrados hasta fines de agosto o primeros días de septiembre. Una vez retirada la hacienda, las plantas volvían a macollar y con lluvias oportunas llegaban a la cosecha. Si bien el rendimiento no era igual al de los sembrados puros, dedicados solamente a la producción del cereal, su valor final era el mismo pues en su etapa temprana habían sido transformados en proteína animal.

La zona vecina a Jacinto Aráuz se dedicaba casi exclusivamente a la producción de trigo y cebada cervecera. En los campos un poco más distantes, con extensiones mayores y comprometidos en la cría y el engorde de ganado, el centeno era imprescindible y de alto rendimiento para ese propósito. La avena podía producir rindes excepcionales. Alguna vez se llegó a cosechar sesenta bolsas por hectárea, muestra de la fertilidad de la tierra, solamente comprometida por la crónica escasez de lluvias.

En la zona se daban muy bien las plantaciones de alfalfa. Esta había sido introducida por mister Baken, norteamericano que en su estancia La Minnesota —apelativo que

rememoraba su origen— aplicando sus conocimientos del suelo y del agua la sembraba cuidadosamente en los bajos donde había mayor extensión de capa fértil y mayor profundidad para la raíz que, en busca de humedad, puede llegar a los diez o quince metros. La calidad de sus cultivos era sobresaliente y durante años exportaba semilla directamente a los Estados Unidos de América. Ya en su vejez fue nuestro paciente. Solíamos conversar sobre aspectos importantes relacionados al clima y al suelo de esa región de nuestro país. Su palabra autorizada era requerida por vecinos de la zona, especialmente cuando había que hacer perforaciones en busca de agua subterránea. Así, por ejemplo, uno de los chacareros que residía cerca del pueblo compró una extensión importante de tierra en pleno monte, en el camino a Río Colorado. El precio fue muy bajo pues la calidad del agua era tan mala que hasta el ganado se negaba a beberla. Inteligentemente llevaron a mister Baken en consulta. Después de recorrer durante varios días el nuevo predio, indicó los lugares exactos a perforar y ¡oh sorpresa! una vez más el agua surgió abundante y de buena calidad. Pero fundamentalmente la pampa debe agradecerle la introducción de la alfalfa que no solamente produce verdes de alta calidad alimenticia sino que perdura durante mucho tiempo. No es infrecuente ver alfalfares de ocho y diez años de antigüedad todavía produciendo si se los ha cuidado con esmero. En realidad, lo que se requiere de vez en cuando es pasar muy por encima una rastra de discos para remover un poco las capas superficiales. Para señalar su importancia hay que saber que además fijan proteínas en el suelo, enriqueciéndolo. Si después de varios años el chacarero decide ararlo en profundidad y sembrar alguna sementera podrá ver cómo se desarrolla con más vigor y en el momento de la cosecha el rinde será superior al de las parcelas cercanas.

Quiero subrayar que, en realidad, la inmensa mayoría de los chacareros son agricultores por naturaleza y por tradición. Aman la tierra y la trabajan con celo. Eso explica que al desarrollarse en nuestro país las estaciones regionales del INTA tuvieran tanta aceptación y en colaboración mutua introdujeran adelantos importantes en esa zona. Las estaciones de Anguil y Bordenave, de las cuales dependíamos en cierta medida, contribuyeron enormemente al adelanto tecnológico.

Siempre recordaré la llegada de los primeros trigos petizos —variedades nuevas conseguidas a través de numerosos trabajos de hibridación—, productores de abundantes granos con menor propensión al arrebatado producido por el calor y a la pérdida de granos por acción del viento, factor fundamental en la pampa. Pocos saben que la raíz es lo primero que se seca en la mayoría de las sementeras y que la terminación del grano se hace con la savia que aún queda en la planta; de ahí la importancia de la poca altura de estas variedades. El recorrido desde la caña a la espiga explica sus innumerables ventajas. Los trigos híbridos han producido una verdadera revolución verde en el mundo, fundamentalmente por los trabajos de Borlaug, Premio Nobel de la Paz, que desarrolló sus experiencias en México y en la India contribuyendo a paliar el problema del hambre en el mundo. A través del INTA se introdujeron nuevas variedades de pastos de trascendencia para la pampa. Así por ejemplo el agropiro, que se desarrolla en abundancia en los bajos salitrosos, ha permitido recuperar extensiones importantes de

campo para la ganadería y el pasto llorón que en muchos establecimientos ha reemplazado a la alfalfa. La introducción de los sorgos no sólo permite obtener verdes en el verano, a veces con poca cantidad de agua, sino forraje para el invierno, una vez ensilado. Los granjeros, semejantes al maíz, producen cantidades de granos de importancia como alimento para el ganado. Es tiempo de reconocer la acción pionera del INTA a lo largo y a lo ancho de nuestra patria.

El ganado se adapta, también, en Jacinto Aráuz y su zona. El vacuno, en especial el Aberdeen Angus y el Hereford, tolera muy bien los rigores del clima. El pampa es aguantador y es difícil comprender su capacidad vital para tolerar durante meses la falta de alimentos suficientes. Algunos productores intercalan la crianza de ovejas. La producción de lana y carne es abundante con la ventaja de que en los años malos la oveja siempre se defiende más que el vacuno. En algunos campos, en especial en aquellos cercanos al monte, se puede observar la presencia de cabras y chivitos. Si bien requieren un cuidado mayor que el de la oveja, producen leche de gran calidad y carne sabrosa. ¡No tengo la menor duda que el chivito de La Pampa es superior al tan mentado de Córdoba o San Luis! Esto se explica pues los campos de nuestra zona tienen mejor calidad de pasto que los de las serranías. En La Pampa al chivito no se lo sacrifica a los pocos días o semanas de nacer, como se acostumbra en esas provincias; el pampeano lo deja crecer un poco más, entre cuarenta días y dos meses. Por el tamaño que alcanza, clavado en el asador y si se le ha cortado la cola —detalle revelador— ni el paisano más pintado sabrá individualizarlo hasta hincarle el diente.

Para el desarrollo de la zona y para tener cierta estabilidad económica, era importante que los predios tuvieran producción mixta, es decir que una parte de su extensión debía dedicarse a la agricultura y el resto a la ganadería. Esto tiene ventajas significativas. Si la chacra está totalmente dedicada a la agricultura y sobreviene la sequía, el productor se ve totalmente desamparado. Ha invertido su dinero en la roturación de la tierra, en combustible, máquinas y semilla y al final ve cómo, por falta de agua, los cereales no llegan a desarrollarse y a espigar como corresponde. Si su producción es mixta y dispone de ganado, por lo menos podrá aprovechar las sementeras para pastoreo y en medio de la escasez no sólo proteger los animales sino hasta engordarlos para mandarlos a la feria. Además, la explotación alternada de la tierra, dedicada a la siembra y al ganado, mejora su calidad. La parcela que ha sido sembrada un año descansa al siguiente, recibiendo innumerable cantidad de abono orgánico con la bosta de los vacunos y ovinos que pastoreen en su superficie. Este ciclo biológico es necesario para la conservación de los suelos. En Jacinto Aráuz era de vital importancia. Los chacareros lo fueron comprendiendo y así, de agricultores se transformaron en productores mixtos, excepto algunos pocos que siguieron atados al camino de sus ancestros.

Esta región produce cantidades importantes de sal. Aproximadamente el cuarenta por ciento de la producción del país proviene de las salinas de La Pampa. Alrededor de La Colorada se había instalado una colonia que en su inmensa mayoría estaba formada por familias de ruso-alemanes. La colonización fue realizada por el padre Kraemer que, con buen criterio, pudo dividir las parcelas de tal manera que a cada uno le correspondió un

pedazo de la laguna. Los predios, como es lógico, son largos y angostos. La extracción de la sal se hacía en forma comunitaria y permitía que todos tuvieran un ingreso anual permanente. En años de intensa sequía —sin cosecha y a veces obligados a llevar sus ganados a otras regiones para poder salvar lo poco que tenían— el único ingreso estaba dado por la venta de sal que les permitía subsistir hasta el año siguiente. En La Colorada Chica los métodos de extracción eran primitivos. En el verano el viento paseaba la poca agua que quedaba de un lado a otro de la laguna. La evaporación producía después la cristalización de la sal que los chacareros recogían en general a pura pala. Así se acumulaba en parvas donde terminaba su proceso natural. Un agua rojiza se iba desprendiendo lentamente dejando en el interior sal pura y cristalina. Durante el invierno había que abrir las parvas a pico pues una corteza dura las protegía. En camiones era transportada a la estación y de ahí por ferrocarril a los centros de consumo.

Aunque en menor escala, la producción de leña también contribuía al desarrollo económico de la zona. En el pasado, había sido importante cuando las máquinas del ferrocarril eran alimentadas por caldenes, molles y piquillines. De esa manera grandes extensiones de la pampa fueron desmontadas sin limitación dando lugar al deterioro del suelo y a la erosión. La producción es ahora infinitamente menor y el desmonte se practica con criterio en los establecimientos que se dedican a ello.

Es necesario remarcar que, en especial, en la zona circunvecina a Jacinto Aráuz, la tierra se halla dividida en innumerables parcelas de trescientas a cuatrocientas hectáreas. En su mayoría los chacareros son sus propios dueños aunque en algunas colonias como el lote 6, predominaban en aquellos años los arrendatarios. El que no crea en la división de la tierra como índice de progreso debería visitar las chacras de Jacinto Aráuz que, no obstante estar localizadas en una región semiárida, son altamente productivas para la comunidad y el país. Servirían como ejemplo, o bien La Castellana, situada al sudoeste, apenas pasando el meridiano quinto —parcelación efectuada por el Banco de la Nación que, con criterio realista, dividió la tierra en establecimientos adecuados a los rendimientos de la zona, con obligación de realizar producción mixta agrícola-ganadera —, o bien, las divisiones realizadas en Felipe Solá, pequeña estación ferroviaria del sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Si se comparan las producciones por hectárea, antes y después de la colonización, se verá cómo tierras vírgenes libradas a la mano de Dios se transformaron en vergeles por la acción del hombre. Tomaré como ejemplo a don Juan Schlenker, a quien conocimos con su numerosa familia como pobre arrendatario de ciento cincuenta hectáreas cercanas a Jacinto Aráuz. A pesar del trabajo a destajo de toda la familia, apenas se producía para subsistir. Uno de sus hijos padeció una larga infección en los huesos de su pierna derecha requiriendo innumerables intervenciones quirúrgicas. No hablemos de pagar las consultas e internaciones ¡ni para comprar los remedios alcanzaba lo poco de que disponía! Don Juan fue uno de los chacareros beneficiados por la parcelación de Felipe Solá y así se convirtió en propietario de una de las chacras de quinientas hectáreas y sintió el gozo de trabajar su propia tierra. De la casi miseria pasó a tener una situación económica estable. A pesar de la distancia seguía concurriendo a nuestra clínica y entonces sí podía pagar nuestro trabajo. Siempre

recordaré la expresión de su rostro, mezcla de alegría y orgullo, cuando al final de la consulta decía:

—¿Cuánto es, che doctor? Yo ahora quiere saber porque ahora yo te puede pagar.

En nuestro país cada vez que se discute el tema de la división de la tierra si se habla de reforma agraria inmediatamente se lo conecta con ideas marxistas. A mi entender es totalmente erróneo. Nadie piensa en dividir y dar lugar al minifundio, nadie habla de fraccionar predios que a través del esfuerzo y la tecnología son totalmente redituables y útiles a la comunidad, como podía ser el ejemplo del lote 15 en nuestra zona. Pero existe en el país enorme cantidad de tierra improductiva —mucho de ella fiscal— a la que hay que agregar en estos últimos años centenares de miles de hectáreas que están allí, al lado de los diques construidos desde Cabra Corral hasta El Chocón, esperando la mano del hombre para derramar el agua y traer progreso al país. Sabemos, por ejemplo, que medio millón de hectáreas bajo riego en California produce la inmensa mayoría de vegetales que consumen los 220.400.000 habitantes de los Estados Unidos de América. Es fácil predecir lo que se podría hacer transformando más de dos millones de hectáreas dormidas al pie de nuestros lagos con el esfuerzo mancomunado del hombre y del Estado.

Estoy convencido de que en todos estos años se ha dilapidado mano de obra rural por falta de oportunidades. En Jacinto Aráuz y en las zonas circunvecinas en general las familias son numerosas. A menudo, el hijo mayor puede tener cabida en la chacra del padre, pero, los demás tienen que buscar trabajo en predios vecinos o alejados, lo que se hace difícil pues la mayoría de los chacareros tiene problemas similares. Durante aquellos años fui testigo de la migración hacia las ciudades de jóvenes altamente capacitados para la tarea rural que obligatoriamente debían hacerlo para labrar su futuro. La mayoría iba a despedirse del médico. Los veía tratar de explicar su decisión con lágrimas en los ojos, llenos de incertidumbre por tener que enfrentar un mundo desconocido en las grandes ciudades. No toda la emigración interna producida en la Argentina en estos últimos años ha sido consecuencia de la atracción que ofrecen los grandes centros urbanos. Muchos de esos muchachos emigraron por obligación y por necesidad.

Para dividir la tierra no hace falta volcarse al comunismo, hace falta el valor de realizarlo dentro de la democracia para que la tierra improductiva, la tierra fiscal y las enormes extensiones pasibles de riego se desarrollen y atraigan inclusive la buena inmigración extranjera. Los años de inestabilidad política, social y económica que ha vivido el país han hecho que los emigrantes europeos buscaran otros horizontes. Así, países estables como Canadá y Australia han recibido inmigrantes latinos que en años anteriores se establecían casi exclusivamente en la Argentina. En el año 1970, en un viaje a Australia, pude palpar la inmigración italiana en Sydney. El doctor Windsor, distinguido cirujano cardiovascular, me decía que en los últimos años más de medio millón de italianos había llevado alegría a su país, además de contribuir a su desarrollo. Yo pensaba lo difícil que habría sido su adaptación en una comunidad sajona, tan distinta de su manera de ser y pensar. Recordando a mis ancestros, que formaron parte de los inmigrantes venidos a la Argentina a principios de este siglo, también pensaba que ese

medio millón debería haberse afincado en mi país si las condiciones socioeconómicas hubieran sido diferentes.

Ese era el escenario donde se desarrollaría nuestra acción. Una zona difícil, agreste, donde todo había sido conseguido con esfuerzo. Una zona donde había mucho para sufrir y poco para gozar, pero que servía para demostrar cómo el hombre, viviendo en comunidad y con esfuerzo y dedicación, puede desarrollarse y contribuir al engrandecimiento de nuestra patria.

III

LOS HABITANTES

Jacinto Aráuz y su zona de influencia constituyen, sin ninguna duda, un lugar muy particular pues sus colonias tienen orígenes definidos con características propias que trataré de describir. Comenzaré con los valdenses, por ser el grupo más importante. Pertenecen a un sector de las religiones protestantes, originario del norte de Italia. Siguieron las enseñanzas de Pedro Valdo, de ahí su nombre. A pesar de ese origen tienen apellidos franceses, como ser Artus, Bertin, Bonjou, Dalmas, Gonnet, Grand, Long, Negrin, Rostan, Tourn, etc. A fines del siglo pasado, debido a persecuciones religiosas emigraron al Uruguay y en el año 1901 parte de ellos se estableció en La Pampa. Durante los primeros años debieron soportar las sequías propias de esas zonas marginales y las lluvias fueron escasas hasta 1904. Recibieron así su bautismo. Fue imposible roturar la tierra y obtener granos aunque más no fuera para el sustento. La abundancia de liebres y perdices, en especial martinetas, les permitió sobrevivir. Algunos retornaron al Uruguay pero la mayoría, con estoicismo, aguantó y de a poco fue dando forma a sus chacras. Enamorados de la libertad y la justicia comprendieron que allí, lejos de la civilización, en la inmensidad de la pampa había terreno propicio para practicarlas.

Son primariamente agricultores por naturaleza y por tradición; prendados de la tierra viven con un gran sentido comunitario. La humildad es uno de sus atributos principales. Se evidenciaba al observar su sencilla vestimenta, tanto en los hombres como en las mujeres o en la casa que habitaban construida en general por ellos mismos: una gran cocina y las habitaciones necesarias para los dormitorios, protegidos por una galería. En algunas solamente la cocina tenía piso, generalmente de ladrillo. Unos pocos muebles, estrictamente lo indispensable, se observaban en su interior; raramente se podía ver algún objeto decorativo. A pesar de que a través de los años habían progresado y mejorado su nivel económico seguían viviendo con la misma austeridad. Iban al pueblo en sus viejos autos o en sulkys, con sus vestimentas grises y calzando alpargatas. La iglesia valdense, emplazada hacia el noreste del pueblo, constituía la representación viva del espíritu que los animaba. Era, por sobre todas las cosas, centro de cultura donde se realizaban innumerables reuniones no sólo para revivir el Evangelio sino también para intercambiar opiniones sobre temas trascendentes relacionados con la comunidad. Comulgan por primera vez a los dieciocho años, después de estudiar con detención el catecismo y rendir pruebas anuales de capacitación y convicción. Los conocimientos que recibían de alguna manera complementaban los adquiridos durante la enseñanza primaria en las escuelas del Estado. Adquirían gran afición a la lectura y así era dable ver, en la mayoría de sus casas rurales, gran cantidad de libros que les permitía, en cierto modo, el acceso a la cultura. Predominan en los valdenses principios definidos de solidaridad, de sentido comunitario, de respeto mutuo, de rígidos cánones éticos y morales y de gran amor a la libertad, como

consecuencia de la acción desplegada por los pastores, con la ayuda de laicos que colaboran directamente con la iglesia y que, a través del tiempo, se transforman en verdaderos líderes de la comunidad. Es necesario resaltar que la iglesia se sostiene por contribución de todos los feligreses que aportan de acuerdo con su capacidad económica.

El segundo grupo en importancia era el constituido por los ruso-alemanes. Yo nunca pude entender con precisión su origen. Parece ser que esta denominación —la más común, pues algunos también los llaman rusos blancos— proviene de que siendo de origen alemán, durante muchos años han permanecido en áreas territoriales de jurisdicción rusa. En realidad de rusos tienen muy poco, de alemanes lo tienen casi todo. Son altos, rubios, de piel muy blanca y ojos claros. Constituyen una raza fuerte que goza de los placeres de la buena mesa y, como consecuencia, la mayoría son obesos. Como buenos alemanes les agrada la cerveza y algunos con exageración, a la llegada del verano, ¡aseguraban su provisión en vagones del ferrocarril desde Bahía Blanca! Las mujeres agregan a su esplendor físico la belleza natural enmarcada en su piel blanco-rosada, sus cabellos rubios y sus ojos celestes o verdosos. La mayoría vivía en las zonas más inhóspitas de las colonias diseminadas en La Colorada, La Juanita o el lote 6. En general, producían casi todo lo que consumían. Eran grandes amantes de la carne de cerdo que criaban y engordaban con celo. En vez de una, efectuaban dos carneadas, la primera con la llegada de los fríos tempraneros a fines de marzo o abril y la segunda en la mitad del invierno allá por julio o agosto. Sabían preparar con esmero toda clase de facturas que ingerían, después, desde la mañana, pues era muy común que el desayuno incluyera buena cantidad de salames o chorizos secos. Conservaban en la propia grasa, que derretían, los huesos y los costillares que luego iban consumiendo despaciosamente durante el año. De la leche obtenían manteca y quesos exquisitos. Criaban además, gran cantidad de aves de corral, en especial patos y gansos.

Sus casas, la mayoría construidas de adobe, eran limpias y blancas; una vez al año preparaban la cal con la que toda la familia contribuía a pintarlas. La mayoría de los pisos eran de barro y adobe; habían aprendido a entremezclar la tierra con algo de paja y estiércol que luego esparcían con cuidado. Al endurecerse se asemejaba, en cierto modo, a un piso de cemento. Una o dos veces por semana con una bolsa húmeda volvían a repararlo alisándolo y manteniendo su consistencia. La organización de la familia es eminentemente patriarcal, el padre es el jefe indiscutido y todos le tributan respeto. Las mujeres son sumisas y están dedicadas a tareas diversas. Sin ninguna duda su trabajo era rudo, pues desde la mañana a la noche debían mantener la casa limpia, lavar y planchar, cocinar, cuidar los niños, atender los animales domésticos, ocuparse de la huerta y, todavía, en algún rato libre, hilar la lana en la rueca para luego tejer los abrigos y calcetines para el invierno. El mundo físico de estas mujeres en aquellos años era limitado. Salvo algunas salidas a las chacras vecinas vivían en forma permanente en su reducido hábitat. Excepcionalmente iban al pueblo ya que las demás tareas estaban reservadas a los hombres. Así, de vez en cuando, llegaban al consultorio matronas con hijos y nietos que nunca habían salido de la colonia. La enfermedad les hacía conocer el pueblo de Jacinto Aráuz y sus habitantes. Hablaban entre ellos el alemán; tenían poco

acceso al castellano que aprendían en forma distorsionada, en especial cuando peones de diversos lugares del país acudían a colaborar, en épocas de cosecha, en los meses de noviembre y diciembre. Así era común que algunas de estas matronas durante la consulta expresaran sin sonrojarse:

—Estoy jodida, che doctor.

—No caga bien.

—No mea bien.

Al principio me producía cierta hilaridad pero luego me fui acostumbrando e inclusive debí aprender ciertas expresiones de su dialecto alemán para poder comunicarnos.

Al verlas llevar esa vida sencilla y sacrificada yo recordaba a mi abuela materna que realizaba el mismo tipo de tareas y vivía dedicada a sus hijos y a su hombre, a quien con profundo amor recibía todas las tardes en su casa limpia y ordenada, con la comida lista y una sonrisa en los labios. También ella tejía los calcetines que mi abuelo usaba durante el año. Entre las viejas matronas de las colonias alemanas, recuerdo a una en especial, que en su vejez conservaba toda su belleza enriquecida por la madurez. Su rostro ovalado daba una sensación de serenidad infinita, sus ojos celestes se destacaban por su mirada lánguida y profunda, su piel se mantenía tersa y rosada con muy pocas arrugas. El pañuelo gris, anudado suavemente al cuello por debajo del mentón, le servía de marco. Había tenido veintiún hijos e innumerables nietos y todavía se la podía ver en las tardes sentada frente a la rueca hilando para el invierno.

¡Qué dirían las mujeres de hoy, especialmente aquellas conectadas con los movimientos feministas, de esas ruso-alemanas! Evidentemente alzarían sus voces de crítica y seguirían hablando de la independencia de la mujer, de la igualdad de derechos y condenarían a los hombres responsables de semejante degradación. Cuando yo escucho a alguna ama de casa moderna —madre de uno o dos hijos, que tiene la ayuda de todo el confort, con su cocina sofisticada que permite, por ejemplo, con un solo movimiento de llave limpiar el horno sin necesidad de trabajo, con su lavarropa, secadora, triturador de residuos, licuadora, aspiradora, enceradora y demás utensilios que la tecnología moderna le ha brindado— hablar de la tremenda tarea que desarrolla, de la esclavitud y el cansancio que experimenta, en el fondo de mi alma recuerdo a mi abuela y a todas las abuelas y madres que conocí en ese lugar de mi patria que, sin quejas y en forma primitiva quizá, sin darse cuenta, fueron intensamente felices. Vivían esa felicidad que da una vida sana y el trabajo producía lo que podríamos llamar las alegrías comunes y sencillas de una mesa bien puesta, de un mantel limpio, de una comida apetitosa, de unas sábanas immaculadas donde durante la noche harían el amor, de la crianza de los niños que vivían aferrados a sus madres en un mundo de cariño y ternura, difícil de comprender para esta sociedad moderna donde al primer problema se los envía al psicoanalista para que resuelva lo que el hogar tan comprometido de nuestro tiempo ha creado y no puede resolver. Los niños se criaban sanos y fuertes al aire y al sol en contacto con la naturaleza y si habían cometido algún tropezón o irreverencia no dejaban de recibir un buen chirlo en la zona justa o un coscorrón para llamarlos a la realidad. Sus juguetes eran de fabricación casera y su belleza estaba más en la imaginación que en la

realidad. Una muñeca podía ser, por ejemplo, un trozo de palo recubierto por género de diversos colores.

La mayoría de esos ruso-alemanes, pobres pero honrados, eran simples arrendatarios. En los años difíciles escaseaba el dinero que apenas alcanzaba para subsistir. ¡Ni pensar en pagarle al médico! Si al año siguiente las condiciones climáticas cambiaban y la cosecha había sido abundante, el consultorio médico era el primer lugar al que se iba para saldar las deudas. Ellos, como tantos otros chacareros, eran generosos en su agradecimiento y así los mejores regalos de la chacra llegaban a nuestra casa: pollos, gallinas, patos, pavos, chivitos, corderos, huevos, manteca y queso eran testimonio de su gratitud. Ni que decir que en épocas de carneadas la avalancha de chorizos era interminable. En el garaje habíamos colocado cañas suspendidas con alambres desde el techo donde íbamos colgando los presentes que, con el frío del invierno, en pocas semanas se transformaban en fiambres exquisitos. Así mostraban su agradecimiento al médico que estaba a toda hora pronto para atenderlos y ayudarlos en los momentos críticos de la enfermedad. Siempre recordaré la víspera de la Navidad del año '51. Salí de casa muy temprano y regresé ya entrada la noche, pues la intensa tarea no me había dado tiempo para almorzar. Mi mujer me llevó hacia el garaje diciéndome:

—Ni te imaginas lo que vas a encontrar. Me he pasado casi todo el día atendiendo la puerta.

Al llegar, en una larga mesa estaban apilados —válgame la expresión— infinidad de aves, lechones, chivitos y corderos que alcanzaban para alimentar a medio pueblo. Nos quedamos mirando, casi sin hablar. Yo sólo pensaba, mientras algunas lágrimas escapaban de mis ojos, que por sobre lo material esa mesa representaba el agradecimiento de la comunidad a la que había dedicado mis esfuerzos. La vida simple y pura en que vivían los ruso-alemanes los llenaba de bondad y para ellos casi no existía el mal. Fervorosos creyentes —se dividían entre católicos y protestantes— a través de la fe habían sobrellevado momentos difíciles. La religión era parte importante de su formación espiritual.

Los judíos constituían el tercer grupo importante asentado en las colonias distribuidas en las cercanías de San Martín, Bernasconi y Abramo. Originariamente instalados en el noreste de nuestro país, se habían diseminado y muchos de ellos eligieron el sudoeste de la provincia de Buenos Aires y el sudeste de la provincia de La Pampa. Esos judíos muy poco tenían que ver con los que nosotros vemos en las grandes ciudades dedicados fundamentalmente al comercio. En Jacinto Aráuz solamente un almacén de ramos generales, una tienda y un acopiador de sal mantenían la tradición; los demás vivían afincados a la tierra como auténticos chacareros. Muchos de ellos eran morochos, de ojos y pelo negro. Sentados en un redomón se confundían con nuestros gauchos. Sus chacras, establecidas fundamentalmente al oeste de San Martín y Bernasconi, en nada se diferenciaban del resto. Respetaban y eran respetados por todos. Es indudable que el contacto con la naturaleza los había transfigurado, el sufrimiento en común los entremezclaba con el resto de la comunidad y ¡tanto, que por ahí, alguna hija querendona rompía la tradición y se acollaraba con algún paisano de mi flor!

Finalmente se encontraban los católicos que eran minoría, en especial, en el área rural. No obstante, en el pueblo ocupaban los puestos importantes. Con el esfuerzo común se había construido una enorme iglesia. A mí siempre me pareció desmesuradamente grande en relación a la pequeñez de Jacinto Aráuz y al número de católicos que concurrían. En cierta manera era inmodesta. No tenía cura permanente y cada quince o treinta días alguno, prestado generalmente desde General Acha, oficiaba misa, atendía la confesión y visitaba los hogares donde era requerida su presencia, en especial por razones de enfermedad. Varios curas católicos pasaron por la iglesia en aquellos años. El que más recuerdo es el padre Olivares, lleno de vida y energía que con su moto, único medio de transporte que disponía, recorría el pueblo y la campaña realizando su tarea evangelizadora. Durante días o semanas penetraba en el monte hacia el oeste y recorría los poblados más distantes. Lo que más le preocupaba era regularizar las parejas que vivían en común sin haber cumplido con el casamiento civil y religioso. A veces, la respuesta que obtenía era rápida, pero en ocasiones era difícil convencer a gente que había convivido durante muchos años —algunos con hijos y nietos— de la importancia de ordenar su situación ante Dios y la ley. Siempre recordaré aquella mañana en que Martínez, un viejo changarín, fue a buscar con un poco de vergüenza su certificado prenupcial. Andaba redondeando los sesenta. Me explicó que nunca había habido grandes problemas entre él y su mujer. Habían pasado tristezas, sufrimientos y por qué no alegrías, siempre juntos, gozando de la familia que Dios les había dado. Pisando la vejez y sintiéndose un poco achacoso era el momento de arreglarlo todo. ¡Y así fue a parar al Registro Civil y después a la iglesia acompañado de sus hijos y nietos a legalizar lo que a mi entender estaba bastante legalizado por el tiempo!

La comunidad se completaba con algunos pocos rusos, que llamábamos rusos de Rusia para diferenciarlos de los ruso-alemanes, y algunos turcos dedicados al comercio, excepto don Jalil, chacarero como el que más en sus tierras de Traicó, a quien perteneció uno de los primeros tractores modernos llegados a la zona. Al principio lo manejaba él solamente y así se lo podía ver desde la mañana temprano al anochecer arando, disqueando, rastreando o sembrando su chacra.

Lo más trascendente de esta región, a mi entender, es que todos vivían mancomunados. Diferentes razas y religiones estaban unidas quizá por el tremendo esfuerzo que significaba vivir y desarrollarse en aquellos páramos. Jacinto Aráuz era y es un ejemplo. Protestantes, judíos, católicos vivían en común en perpetua tolerancia. Jamás —y esto es bien cierto— pude comprobar algún conflicto que tuviera su origen en problemas relacionados con la religión o la procedencia. Descendiente de sicilianos, recordaba los tiempos de Federico II, allá por el 1200. Palermo era la capital de la tolerancia y cristianos, latinos, grecortodoxos, germanos, normandos, sarracenos y judíos vivían en armonía, haciéndose difícil reconocerlos pues los hábitos se habían entremezclado. Frente a los desastres producidos por la intolerancia religiosa —no habría más que citar los ejemplos de Irán, Irlanda, Israel o El Líbano— se hace incomprensible que en nuestros días todavía el hombre viva dividido por la raza, la religión, la procedencia o el color de su piel, sin entender lo que todos deberíamos haber entendido:

sin tolerancia es imposible vivir en comunidad. Esta tolerancia debe iniciarse en la familia y trascender a la sociedad y al país. Según mi punto de vista, es base en la educación y debe comenzar en la niñez. Sin respeto por el individuo como tal, como simple ser humano, sin importar cuál sea su extracción, es difícil alcanzar la convivencia. Todo sigue igual en Jacinto Aráuz, que así muestra al mundo que la hermandad es posible.

IV

LOS PRIMEROS AÑOS

El tren partió de Bahía Blanca a hora temprana y la llegada a Jacinto Aráuz se produjo antes del mediodía. En la estación estaban mis tíos esperándome y más gente que de costumbre, por la curiosidad de ver al nuevo doctor. Después de recoger mi modesto equipaje y saludar al jefe de la estación subimos al viejo Ford 37, dimos la vuelta por uno de los pasos a nivel y nos dirigimos a la casa de mis parientes. Me refresqué un poco y mientras saboreaba una taza de té intercambiamos las noticias comunes a toda familia. Antes de almorzar, mi tío me condujo al consultorio del doctor Dardo Rachou Vega, distante unas pocas cuadras. Al llegar a su casa, a indicación de la muchacha que respondió a nuestro llamado, atravesé un largo zaguán que comunicaba a un patio abierto y me dirigí a la primera habitación. Allí me encontré con un hombre de mediana estatura, algo flaco, un poco encorvado y de rostro afilado donde se destacaban sus ojos negros, de mirada profunda. Nos saludamos estrechando nuestras manos. Su esposa, maestra en la escuela del pueblo, se retiró después de breves instantes. Nos encaminamos al consultorio compuesto por un viejo escritorio, un par de sillas, una camilla, alguna vitrina con muestras gratis, la balancita para pesar a los lactantes, el escaso instrumental quirúrgico y el modesto instrumental de ginecología y partos, donde resaltaba la presencia de los fórceps.

—Aquí, hay que hacer de todo. Desde la clínica general hasta la pediatría, la obstetricia, la traumatología de urgencia y la pequeña cirugía.

Recalcó la precariedad de los medios y la necesidad de derivar, a la menor duda, los pacientes a los centros de Bahía Blanca o Santa Rosa. La tarea del consultorio se completaba con las visitas a los pocos enfermos que había en el pueblo y las innumerables salidas al campo. Éstas, expresó, eran algo fatigosas, pero representaban la mayor entrada económica, pues a la consulta se agregaba un honorario adicional por cada legua de distancia. Con énfasis remarcó que era un sacrificio necesario para compensar las escasas entradas del consultorio. Por otra parte, la gente estaba muy acostumbrada a ello. Los partos se atendían siempre a domicilio. Si el paciente tenía algo de temperatura, en especial los niños, no se los trasladaba. El médico debía ingeniarse para distribuir su tiempo en recorrer distancias que se alargaban por la precariedad de los caminos. Me expresó que durante unos días atenderíamos juntos para que me fuera introduciendo en la comunidad. Me explicó que la capacidad económica de la zona realmente daba para un solo médico. Durante algunos años había convivido y participado de la actividad el doctor Bianchi, ahora radicado en Bahía Blanca, pero su experiencia era definitiva: un solo médico era lo aconsejable. Prosiguió diciendo que la gente era buena, comprensiva y colaboraba con el médico quien, si realmente cumplía con su tarea, era respetado y estimado por todos. Por las características climáticas de la zona, en los años de sequía, el

pobre médico lo único que hacía era anotar en algún cuadernillo las visitas y consultas que efectuaba, con la esperanza de poder cobrarlas al año siguiente si la cosecha era buena. En general, se podía subsistir y hasta ahorrar algún pesito. Después comprendí que ésta no había sido su preocupación porque lo único que poseía era la casa y el auto. Espíritu generoso, se había entregado a la comunidad, atendiendo a todos por igual y olvidándose de cobrar la mayoría de las veces. Me aclaró que durante su ausencia o cuando asistiéramos en común las entradas se repartirían en forma equitativa entre los dos. Así lo había establecido la costumbre de la zona. Cuando alguno de los médicos que ejercía en esos pueblos, se tomaba unas cortas vacaciones o se enfermaba, el médico de la población vecina atendía diariamente durante unas horas el consultorio, teniendo derecho solamente a la mitad de los ingresos, regla que se cumplía estrictamente como acuerdo de caballeros. Agregó que podíamos empezar al día siguiente y que en esa época del año las consultas comenzaban después de las nueve.

Regresé a pie a casa de mis tíos. En la vieja casona ubicada frente a la estación me habían preparado una de las tantas habitaciones. A la mañana siguiente me levanté temprano y después de un desayuno frugal escribí dos cartas, una a mis padres y otra a mi novia informándoles del viaje y de mis primeras impresiones. A eso de las nueve volví al consultorio, recorriendo las pocas cuadras entre la curiosidad de los vecinos. Rachou estaba mateando y se sorprendió de que yo no lo hiciera. Tomé dos o tres un poco por compromiso y le expliqué que, a pesar de ser mi padre materno de ley, la costumbre no había prendido en mí. Comenzó a hablarme de su enfermedad. Los primeros síntomas aparecieron jugando a la pelota a paleta, deporte muy popular en Aráuz. Empezó a notar que se fatigaba con intensidad y muy precozmente, no obstante practicarlo con asiduidad, hasta que una mañana afeitándose se palpó un ganglio en la región del cuello, por encima de la clavícula derecha. Concurrió a Bahía Blanca donde su análisis había detectado enfermedad de Hodgkin. Se trata de un padecimiento ganglionar que, si bien es maligno semejándose mucho a la leucemia, tiene una evolución solapada y pronósticos diversos: desde el paciente, que después de un tratamiento queda curado, a formas evolutivas rápidas que terminan en forma abrupta con la vida de los enfermos. Tenía esperanzas de que el tratamiento que le iban a practicar en Buenos Aires, basado fundamentalmente en la radioterapia, fuera efectivo. No sabía que, en realidad, estaba afectado de cáncer de pulmón con diseminación al mediastino y al cuello, lógicamente de peor pronóstico que la enfermedad de Hodgkin, a la cual él se aferraba.

Esa mañana, en el consultorio vimos unos pocos pacientes y llegando el mediodía decidió que nuestra primera visita debía ser a don Juan Munuce, el farmacéutico. Don Juan, además de boticario, era uno de los primeros bioquímicos recibidos en nuestro país. Al obtener su título decidió radicarse en su pueblo natal. Su padre había sido dueño del único hotel. La farmacia estaba ubicada en una vieja casa a sólo dos cuadras del consultorio de Rachou, sobre la calle principal, frente mismo a los galpones de la estación. Tenía las clásicas vitrinas de madera al estilo inglés e infinidad de frascos blancos con diversas drogas madres, que facilitaban la preparación de recetas magistrales, todavía frecuentes en aquellos años. Se percibía cierto desorden y el polvo lo recubría

todo. Al lado de la farmacia, estaba el garaje siempre abierto y desde allí se tenía acceso al patio. En la primera pieza estaba instalado el pequeño laboratorio donde se preparaban las recetas y se efectuaban los análisis requeridos. Un mostrador lo dividía por la mitad y sobre el mismo estaba siempre listo el calentador Primus a querosén, la pava y el mate. Unas pocas sillas completaban el escenario. Munuce era un hombre alto, delgado, casi siempre andaba en pantalón y camisa; raramente se lo veía con su saco blanco abotonado al frente. Tenía un rostro alargado y chato, de frente amplia y ojos pequeños detrás de los anteojos. Hablaba poco, solamente lo necesario, pero trasuntaba enorme bondad. El laboratorio realizaba unos pocos análisis de orina y excepcionalmente determinaciones de urea y glucosa en sangre. En la época de las carneadas se veía más atareado porque efectuaba análisis a los cerdos para prevenir la triquinosis. Años atrás una familia del pueblo había sido víctima de esta enfermedad, al ingerir chorizos recién faenados, algo bastante común en nuestros predios rurales dada la convivencia de cerdos y ratas. La comunidad alertada sobre el problema le llevaba algunos trozos de carne, en especial de las entrañas, que permitía descartar la presencia del parásito. En pago recibía unos pocos pesos, casi siempre acompañados de chorizos y morcillas. Su farmacia estaba siempre abierta. La gente sabía que durante la noche podía dirigirse directamente a la puerta de su dormitorio para requerir sus servicios. Creo que ni llave había en las cerraduras y, sin embargo, nunca le habían robado.

Jacinto Aráuz era, sin ninguna duda, una población honesta. En los años que viví allí una sola vez faltó algo de la leña que teníamos acumulada en el fondo de la clínica. Era un año de escasez y de pobreza. Cuando doña María insinuó denunciarlo a la policía, me negué, contestando que el que lo había hecho seguramente lo necesitaba más que nosotros. Creo que el robo más trascendente que ocurrió en la comunidad fue el protagonizado por Panceta, hijo de uno de los changarines más pobres y abandonados de nuestro pueblo, que tendría por aquel entonces unos diez años. Un atardecer, esperando la ocasión propicia, robó una gallina clueca de los fondos de la casa de una de las maestras del pueblo. La vendió por unos pocos centavos a uno de los acopiadores de aves. ¡Se quedó por ahí observando y, al menor descuido, la volvió a robar de la jaula donde el comprador la había colocado para ir a revenderla a otro acopiador, primo hermano del primero, al otro extremo del pueblo! Lo pusieron preso. Conversando con el comisario yo le decía:

—En realidad merece la libertad por su picardía.

Munuce vivía modestamente. Eran innumerables las cuentas atrasadas de su clientela. Más que atrasadas, eran cuentas del olvido. Nunca se había tomado vacaciones; quizás algún viajecito de fin de semana a Bahía Blanca, más por necesidad que por placer. Era respetado por la comunidad por su carácter, honestidad, rectitud e independencia. Su principal diversión era la caza de vizcachas y así, de vez en cuando, salía de noche con algún amigo hacia Monte Lauquén donde abundaban. Las cocinaba él mismo, ya sea en escabeche o al horno. Debo confesar que, olvidándonos del aspecto nada agradable de esos animalitos, su carne blanca se transformaba en un manjar en sus manos. Algunas veces por la noche jugaba una partidita de naipes en el hotel. De vez en

cuando, los martes, se juntaba a comer en lo de Hugo con unos pocos amigos gozando de la amistad bien entendida. Así completaba su mundo. Munque sería, con el tiempo, uno de nuestros colaboradores más importantes.

Por la tarde, la asistencia de pacientes al consultorio era mucho mayor. Ya desde el primer día pude observar su devoción y admiración por Rachou. Con cada paciente que llegaba a la consulta tenía lugar la presentación de estilo:

—Este es el nuevo médico que me ayudará y reemplazará mientras vaya a Buenos Aires para atenderme correctamente.

Y siempre ocurría lo mismo: había un dejo de sorpresa en los pacientes ante mi juventud, más notoria por el rostro añorado que entonces me acompañaba. Se percibía cierta reticencia en conversar y presentar los problemas al recién llegado. En los días sucesivos cuando ya atendía solo, sabiendo que Rachou se encontraba en la habitación vecina o en su dormitorio era mi obligación, después del interrogatorio y el examen físico y antes de decidir la prescripción médica, consultar con él la conducta a seguir para que, entonces sí, se aceptara el camino sin retaceos.

Al atardecer visitamos a algunos pacientes entre los que recuerdo a dos viejitos en muy malas condiciones: uno con arteriosclerosis diseminada y el otro con un derrame cerebral. Habíamos convenido que las salidas al campo correrían por mi cuenta.

La primera tuvo lugar el segundo o tercer día de mi llegada. Por la mañana temprano, el hijo de uno de los chacareros que vivía en el camino al boliche Festa fue a buscarme en un viejo Chevrolet Champion del año '30, bastante conservado el pobre. Su padre se había descompuesto. Salimos inmediatamente y apenas recorrimos algo más de una legua nos topamos con un pantano de huellas profundas y bastante agua, producto de las últimas lluvias. Allí comprobé la utilidad de esos viejos vehículos que, si bien desarrollaban poca velocidad, con sus grandes ruedas y la carrocería lejos del suelo podían apechugar la pasada. Despaciosamente fuimos encontrando la huella justa y llegamos a la casa sin mayores problemas. Me impresionó la quinta bastante bien cuidada donde todavía, a esa altura del año, por la ausencia de heladas y la humedad del suelo, se podían ver escarolas, acelgas y zanahorias; un enorme peral se destacaba del resto de los árboles. Por lo que el hijo me había contado durante el viaje y por lo que pude observar apenas entré a la pieza, me hallaba en presencia de un anciano que durante la noche había tenido un ataque cerebral. Estaba en coma casi profundo. Al examinarlo comprobé que el lado derecho del cuerpo estaba paralizado. Su piel caliente y sudorosa denotaba aumento de temperatura, la respiración era estertorosa y solamente esbozaba algún movimiento del lado sano si lo pellizcaba con intensidad. Sugerí trasladarlo al pueblo para su mejor tratamiento pero con sorpresa encontré resistencia a mi insinuación. Se me dijo que lo común, lo corriente, era que el paciente quedara en su propia casa. Pensé que quizás esa gente tenía razón porque, habiendo observado los pocos elementos con que contábamos y la imposibilidad de internarlo en algún medio apropiado, casi daba lo mismo que permaneciera allí o en alguna casa del pueblo. La tensión arterial se mantenía elevada, por lo que le indiqué medicación antihipertensiva y antibióticos, aconsejando mantener la cabeza y el tórax medianamente elevados y cambiarlo de posición, de vez en

cuando, para permitir la eliminación de las secreciones que se acumulaban en los pulmones. Convinimos en visitarlo por lo menos una vez por día.

La segunda salida fue a una chacra cercana donde me encontré con un ruso-alemán de alrededor de sesenta años en quien, de acuerdo al interrogatorio y a la clínica, era fácil diagnosticar un infarto de miocardio importante. Tenía un pulso muy acelerado, la presión arterial sistólica apenas alcanzaba a diez. Transpiraba y el color de las extremidades era algo azulado. Me relató que bastante seguido percibía el corazón muy rápido, coincidiendo con una sensación de mareo que casi le hacía perder el conocimiento. Sin ninguna duda estaba frente a una arritmia, una de las complicaciones graves del infarto agudo del miocardio. Permanecí largo rato al lado del enfermo y pude comprobar uno de esos episodios. No tenía cómo obtener un electrocardiograma pero estaba casi convencido, por mi experiencia hospitalaria previa, de que estaba en presencia de crisis de taquicardia ventricular, que acentuaban la caída de la presión arterial. Esa vez sí, conseguí que lo trasladaran al pueblo y como no tenía familiares que le ofrecieran una habitación, decidieron llevarlo a lo de Renda. Así, me enteré que doña Aurelia tenía siempre listas en su casa un par de habitaciones para atender parturientas y enfermos. Se le atribuían algunos conocimientos médicos a lo que había que agregar ciertas dotes de curandera; la cura del empacho y el mal de ojo eran corrientes en su casa. Era una mujer de unos sesenta años, largos cabellos canosos, bastante obesa y muy afable. Al llegar y saludarnos no dejó de expresar la satisfacción que le producía conocer al nuevo médico, a quien ofrecía desde entonces toda su colaboración, como lo había hecho siempre con Rachou. Y así fue a través de los años. Atendía a los pacientes con cariño y dedicación, cumpliendo estrictamente con lo que le indicara. Ya veremos más adelante la función que cumplieron las comadronas en el organigrama planeado para mejorar la medicina preventiva y asistencial de Jacinto Aráuz y su zona.

De regreso al consultorio describí minuciosamente a Rachou el cuadro clínico y lo que el examen semiológico me había brindado. Estuvo de acuerdo con el diagnóstico. Entonces, cuando discutíamos las posibilidades del tratamiento a realizar, ante mi sorpresa se paró y de los estantes de su biblioteca sacó a relucir un viejo cuaderno, donde figuraban temas médicos importantes por orden alfabético. Buscó “taquicardia paroxística” y me dijo:

—Podemos revisar este artículo en *La Prensa Médica* y este otro publicado en *El Día Médico*.

Así comprobé que ese maduro médico de campo recibía las revistas médicas más importantes del país y cuando encontraba algo nuevo y trascendente para el tratamiento de sus pacientes, lo fichaba minuciosamente en aquel viejo cuaderno. Refrescamos nuestros conocimientos y llegamos a la conclusión de que el paciente, por su gravedad, debía ser trasladado a Bahía Blanca. Entre tanto, instituímos un tratamiento sintomático en el que incluimos unas inyecciones basadas en una mezcla de calcio y quinidina que habíamos encontrado en algunos de esos artículos. Lamentablemente, mientras se encontraba un vehículo adecuado y se realizaban los preparativos para trasladarlo a la ciudad, el paciente tuvo otra crisis y falleció.

Al cuarto día me tocó vivir mi primer experiencia como partero rural. Uno de los Rautenberg fue a solicitar mis servicios, pues su esposa estaba ya con dolores de parto. Rachou, a quien le había manifestado en nuestras charlas previas que —en mi actividad como estudiante en el internado del viejo Hospital Policlínico— obstetricia era lo que menos había practicado, viendo mi rostro preocupado, me tranquilizó:

—No se inquiete, conozco bien a la señora. Este es su tercer parto y los anteriores fueron rápidos y sin ningún problema.

Me dijo entonces que lo común era atender el parto en la cama. Había que llevar una caja con guantes, catgut para atar el cordón, ampollas de hipofisina y ergotamina; la primera para aumentar las contracciones del útero y la segunda para disminuir la hemorragia después del alumbramiento. Un bisturí, una tijera, algunas pinzas, agujas e hilo de lino por si se producía algún desgarro vaginal. Lo aconsejado era colocar una chata por debajo de la parturienta para facilitar la higiene del periné y genitales con abundante agua y jabón antes de efectuar el tacto vaginal.

—Siempre encontrará una bañerita o una palangana grande. Una vez ligado el cordón, debe bañar al niño y entregarlo al familiar o a la vecina de turno que, en general, solícitamente viene a ayudar.

Después de recorrer unas tres leguas llegamos a la chacra de Rautenberg. Al examinar a la parturienta, comprobé que ya había roto la bolsa y que la cabeza había pasado el estrecho pelviano, sin mayores problemas, lo que terminó tranquilizándome. Antes de la media hora, parto y alumbramiento habían transcurrido con absoluta normalidad y un hermoso varoncito pasó a completar la familia. Los pronósticos de Rachou se habían cumplido al pie de la letra. Con el correr de los días y la colaboración de ese médico tan bondadoso fui familiarizándome con esa medicina, tan distante de la que había practicado hasta hacía muy poco tiempo.

A las pocas semanas, Rachou partió con su familia, lleno de esperanzas. A pesar del corto tiempo, habíamos cimentado una gran amistad. Se había despertado en mí un sentimiento de admiración hacia ese hombre a quien sus pacientes adoraban, con justificada razón, pues su capacidad y dedicación profesional estaban enmarcadas por condiciones morales y éticas, mantenidas a través de los años con rectitud y honestidad. Una anécdota lo pintaba de cuerpo entero. Cuando llegó a Jacinto Aráuz se encontró con algunos caudillos diseminados en su zona de influencia; uno, en especial, manejaba los hilos de la política local. Apenas se instaló Rachou, buscó la manera de invitarlo a su casa. Aprovechó entonces para explicarle con algo de detalle cómo se manejaban las cosas en esa zona de nuestro país, insinuándole que todo debía pasar por sus manos. El médico, por ser parte importante de la comunidad, debía estar en cierta manera a su servicio. Se decía que Rachou escuchó atentamente las palabras del viejo caudillo y al final se paró, contestando que en su vida había conocido solamente dos hombres ante quienes se hubiera rendido incondicionalmente: Hipólito Irigoyen y Lisandro de la Torre. No existía, a su entender, ninguno más. Ciertamente aclaraba así su posición.

Con la ida del doctor Rachou, asumía la totalidad de la responsabilidad, lo cual no dejaba de preocuparme. En las primeras dos semanas murieron tres pacientes, los dos

viejitos del pueblo que ya he mencionado y Pílon, el del camino al boliche Festa. Había vuelto a llover, no en gran cantidad, pero lo suficiente para que el pantano que cruzábamos diariamente empeorara. No obstante, el viejo Chevrolet Champion cumplía su misión y hábilmente conducido por uno de sus hijos siempre encontraba algún lugar por donde cruzar. Pílon fue entrando en coma profundo, agravado por la infección respiratoria. Con los medios que contábamos sólo pude ayudarlo a morir cristianamente. Mi tío iba al consultorio ya entrada la noche pues, con la ayuda de su Ford 37, yo visitaba a los pacientes. Como es lógico suponer, no disponía de auto, ¡ni pensar en adquirirlo con los medios económicos a mi alcance! En una de las tantas salidas me confesó que estaba un poco preocupado por las tres muertes. Si bien eran comprensibles porque los pacientes tenían edad muy avanzada, en cierta manera la gente podía dudar de la capacidad del nuevo médico. Era lógico pensar que, mientras Rachou había permanecido a mi lado, todo había transcurrido sin mayores problemas pero, a los pocos días de su partida, se podían atribuir los fallecimientos a mi inexperiencia. Yo no participaba de esas ideas pues había dado lo mejor de mis conocimientos, lógicamente adecuados a las circunstancias en que debía desarrollar mi actividad. Los familiares de los fallecidos habían agradecido mi trabajo resaltando la dedicación y el esmero con que lo había realizado.

Por otra parte, del otro lado de la balanza, había algunos hechos positivos. Por ejemplo, una noche, uno de los mecánicos del pueblo fue a buscarme pues su mujer estaba en apuros. Mientras me transportaba en su auto, adelantó que su esposa estaba embarazada de tres meses; la tarde anterior había empezado a perder un poco de sangre y ahora, en la noche, había aumentado significativamente. Al entrar al dormitorio encontré a la paciente, pálida y sudorosa que sangraba copiosamente por su vagina: estaba frente a un aborto complicado con retención de restos placentarios, causa fundamental de la hemorragia. Con premura, en el mismo auto, fuimos al consultorio donde recogí los instrumentos de ginecología que Rachou había dejado. Volvimos a la casa y al mismo tiempo que le aplicaba una inyección de ergotamina, dejé los instrumentos, por unos pocos minutos, en agua hirviendo para obtener cierto grado de esterilización que completé con alcohol. Acostando a la paciente en forma transversal, ahí no más, en su propia cama, mediante un raspado extraje rápidamente los restos placentarios y los coágulos que se encontraban dentro de la matriz. Unos pocos quejidos de la paciente denunciaban la falta de anestesia. La contracción uterina se hizo cargo del resto, las fibras comprimían los vasos sanguíneos deteniendo la hemorragia. Permanecí un rato más para estar bien seguro de que todo estaba en orden y después de prescribirle antibióticos me retiré a descansar nuevamente. La señora evolucionó normalmente y en menos de cuarenta y ocho horas estaba otra vez ocupándose de las tareas comunes a toda ama de casa.

Una mañana extraje un cuerpo extraño de la córnea. Esto parecerá, a primera vista, sin importancia. No era así para el joven trabajador al que se le había incrustado un trocito de limadura de hierro en uno de los cuadrantes de la córnea, capa brillante y transparente que recubre la parte externa del ojo. Después de examinarlo y explicarle lo

que le había ocurrido, manifesté la necesidad de extraerlo inmediatamente. Me preguntó si no sería mejor ir a Bahía Blanca para ver un oculista; en casos semejantes ésa había sido la norma en la zona. Le expresé que en realidad no era necesario, que si colaboraba, en pocos minutos terminaríamos con su problema. No obstante, pensaba en la responsabilidad adquirida y si, por alguna circunstancia la pequeña intervención se complicaba —perforación de la córnea o infección—, sería yo el único culpable, por no haberlo enviado a un oculista. Le apliqué unas gotas de anestésico y, después de pedirle que mantuviera su mirada fija tomando como referencia el lóbulo de mi oreja izquierda —de esa manera el cuadrante en el que el cuerpo extraño estaba incrustado se hacía más accesible—, con una aguja corriente para inyecciones intramusculares, pude extraer la limadura en el segundo intento. Le apliqué pomada antiséptica y cubrí el ojo con un montoncito de gasa sostenida con tela adhesiva. Le pedí que concurriera esa misma tarde para otra curación y observar la evolución. En pocos días, la córnea con su gran capacidad de regeneración había hecho desaparecer la pequeña herida sin dejar cicatriz. No sabía cómo expresar su agradecimiento al habersele ahorrado el largo viaje a Bahía Blanca y los gastos consiguientes.

Pocos días después, uno de los changarines que trabajaba en la playa de la estación tuvo un accidente con herida desgarrada del dorso de la mano y sección de los tendones extensores, correspondientes a los dedos meñique y anular. Después de lavar la herida profusamente con agua y jabón y desinfectarla con agua oxigenada, con sumo cuidado reconstruí los tendones, extirpé los tejidos esfacelados y cerré la herida aproximando la piel. Entablillé la mano para inmovilizar los dedos y asegurar así una adecuada recuperación. Le administré suero antitetánico pues no sabía con precisión si había sido vacunado y le indiqué penicilina cada cuatro horas. La herida cicatrizó sin problemas recuperando el total funcionamiento de la mano.

En pueblo tan chico, las pequeñas hazañas del médico recién llegado se comentaban por doquier y servían para balancear las derrotas que tanto preocupaban a mi tío. Con absoluta dedicación a mi tarea percibía que poco a poco iba entremezclándome con la población, la iba conociendo en profundidad a medida que me enteraba y participaba de sus problemas. Podía ver cada mañana, cuando recorría a pie la distancia —la poca distancia— entre la casa de mi tío y el consultorio, cómo al saludo los vecinos le agregaban una sonrisa y con frecuencia debía detenerme para conversar con ellos. Había dejado de ser un extraño.

Jacinto Aráuz estaba constituido ciertamente por unas pocas familias adineradas, que tenían absoluta seguridad económica. Podían contarse con los dedos de la mano. La mayoría de la población, pertenecía a lo que podríamos denominar clase media baja y había llegado a ese nivel a través del esfuerzo. Casi todos estaban ligados a la actividad agraria. Poseían algunos pocos ahorros pero, si la sequía afectaba la localidad y su zona no habiendo ni cosecha ni ganado en buen estado para arrimar a la feria, su aparente estabilidad económica quedaba trastocada y la mayoría debía recurrir a créditos bancarios para sobreponerse. En el pueblo existía una carpintería mecánica, una fábrica de soda, dos o tres herrerías —que en realidad más que herrerías eran talleres mecánicos

— y una fábrica de mosaicos; un plomero y un electricista representaban actividades independientes de alto valor dentro de la comunidad. Un grupo de empleados tenía una entrada fija y estable: maestros, municipales, policías, usina eléctrica, casas de ramos generales, molino harinero y, por sobre todo, los relacionados con la cooperativa agraria.

Pero la inmensa mayoría de los asalariados pertenecía al grupo de los changarines — denominación proveniente de no tener actividad fija— que realizaban tareas diversas conocidas en el lenguaje popular con el nombre de “changas”. Durante la cosecha eran muy solicitados y no alcanzaban a dar abasto con todos los pedidos, por lo que changarines de otras zonas del país y de Chile aparecían en el pueblo en forma temporaria. En el campo levantaban las bolsas de los rastrojos, transportándolas a los galpones o a las estibas y colaboraban en cargar los carros, chatas o camiones que acarreaban el cereal al pueblo. La tarea mejor remunerada era la del cosedor. En aquellos años la cosecha se realizaba con maquinarias que iban depositando sus granos en las bolsas que debían ser cosidas con rapidez, esmero y precisión para evitar la pérdida del cereal, dejándolas caer luego en el campo. Si la cosecha era abundante, la máquina desgranaba con rapidez y el cosedor debía ser hábil y experto para poder realizar su tarea con eficiencia.

En el pueblo la tarea estaba fundamentalmente relacionada con el acopio del cereal. Las bolsas, después de pesadas, debían ser minuciosamente acomodadas en los galpones y en las estibas en forma correcta. Se podía ver a los hombres trabajando de sol a sol, acarreando sobre sus hombros interminable número de bolsas, revoleándolas con destreza, en especial, cuando la pila iba subiendo y había que ascender a través de tablones colocados en ángulo inclinado para alcanzar la altura correspondiente. Si alguien con poca experiencia se sumaba al resto de la cuadrilla pasaba por un aprendizaje doloroso. A los pocos días lo recibíamos en el consultorio con la piel de sus hombros machucada y lacerada como testigo de su inexperiencia.

En el otro extremo se podía ver changarines que, habiendo pasado hacía rato los cincuenta, con habilidad más que con esfuerzo realizaban la tarea sin problemas. Como el trabajo se pagaba por tanto, durante la cosecha se podía obtener un salario por demás remunerativo. Fuera de ésta, que en Jacinto Aráuz empezaba a fines de noviembre o a principios de diciembre, aunque el trabajo disminuía durante el resto del año, siempre existían algunas changas. Por ejemplo, una vez terminada la cosecha, casi de inmediato comenzaba la recolección de la sal, que continuaba durante enero, febrero y marzo y a veces hasta abril, si no se producían lluvias intensas. Además, en forma intermitente había que transportar las bolsas de cereal a los vagones para enviarlo a las ciudades o a los puertos para su exportación. Durante el otoño e invierno los trabajos de arada y siembra requerían suficiente mano de obra si se tiene en cuenta que la chacra era la tarea dominante por esos lares. Lógicamente, en los años malos, cuando no se había podido sembrar o la siembra había sido frustrada por la sequía de la primavera y el verano, el trabajo escaseaba y era difícil subsistir.

Los changarines podía dividirse en dos grupos bien delimitados: los que sabían aprovechar las diversas tareas anuales y que, durante las cosechas, incluso llegaban a

ahorrar suficiente cantidad de dinero; eran los menos. Por su dedicación al trabajo eran requeridos constantemente. Vivían en casas modestas pero limpias y ordenadas con familias bien constituidas e hijos bien alimentados. Los otros, lamentablemente la mayoría, vivían al día. Durante la cosecha, despilfarraban el dinero casi siempre en los boliches que abundaban cerca de la estación, bebiendo más de la cuenta y jugando sus jornales en partidas de naipes. Casi todos vivían en ranchos de mala muerte en medio de la promiscuidad: una sola habitación, hecha de adobe y techo de paja, servía para todo. En uno de los extremos, la cocina, que en los más pobres estaba compuesta simplemente de unos ladrillos que sostenían caños de hierro atravesados, como soporte a las viejas ollas, ennegrecidas por el humo de leña con que de rutina se cocinaba. Alguna mesa, una sola cama para los padres, pues los hijos en general dormían en el suelo entre cueros de ovejas; para el más pequeño, un cajón de almacén hacía las veces de cuna de los pobres. Un hijo por año era la regla. Cuando los mayores crecían, a veces, se añadía otra habitación similar para ellos. ¡Si habré tenido que ir a esos ranchos! De noche, había que avanzar con cuidado, ayudado por la linterna para no pisar algunos de los niños dispersos en el suelo. Permanecía por más tiempo si el llamado se debía a algún parto atascado y entonces me tocaba convivir hasta que la madre paría. En las noches de frío, los más pequeños se acurrucaban cerca del fogón. Acercándome a ellos pasaba el tiempo charlando. Al principio la conversación se hacía difícil, pero explorando los temas comunes ganaba su amistad.

—¿Cómo se llama tu perro?

—¿Tenés gallinas?

—¿Y pone huevos?

—¿Y a vos te gustan los huevos?

—¿A que tenés una cabra?

—¿Da mucha leche?

—¡De seguro que tenés una honda!

—¿Salís a cazar?

—¡Pucha, a mí no me gusta!

—¿No has visto qué lindo cantan por la mañana?

—¿Vas a la escuela?

—¿Qué tal la maestra?

—¡Y bueno, hay que aguantar si uno quiere aprender a leer y escribir!

Todos esos ranchos tenían un olor especial característico, mezcla de humo y roña que sus habitantes tenían metido hasta el tuétano y que conservo como recuerdo de mi paso por La Pampa.

Quizás el ejemplo más típico lo constituía B., changarín cuarentón, fornido y retacón, con su rostro chato castigado por el viento y el alcohol pues vivía dominado por el vicio. Asiduo concurrente a los boliches, al atardecer se lo podía ver regresando a su rancho distante unos dos mil metros del pueblo, medio hecho, casi siempre con alguna botella bajo el brazo. Su mujer, descendiente de ruso-alemanes era alta, delgada, de cabellos lacios y ojos claros y tristes. Creo que jamás la vi sonreír. ¡Cuántas veces la observé,

yendo de casa en casa, con su vientre prominente recubierto por un delantal gris siempre mojado como señal de su trabajo! No escapaba a la regla de estar casi de continuo embarazada. Lavaba y planchaba a domicilio para poder llevar algún sustento a su prole que cuidaba con profundo amor maternal. Con los años, las hijas mayores trabajando de sirvientas y los muchachos con sus primeras changas aliviaban, en algo, la miseria familiar. Sus hijos nacían con cierta debilidad, había que cuidarlos en los primeros tres o cuatro meses pues se complicaban con infecciones de toda índole. Los llevaba una y mil veces al consultorio o nos llamaba a su pobre rancho cuando los niños estaban muy delicados. Juntábamos para ella, como para tantas otras madres, muestras gratis de antibióticos y leche en polvo que utilizaban para sus críos. Como premio a tanto esfuerzo después se los veía desarrollarse sin problemas. No perdió uno solo de sus hijos.

La rutina se veía interrumpida por emergencias que servían para demostrar las falencias en que me desenvolvía. Así por ejemplo, llevaron del lote 6 un muchachito de quince años que jugando al fútbol con otros paisanitos de la vecindad, en su carrera por alcanzar la pelota, se había llevado por delante el alambre de un solo hilo que demarcaba el potrero. Cuando lo vi estaba pálido, sudoroso, hipotenso. En el abdomen tenía marcado transversalmente el alambre de lado a lado, en especial en su parte izquierda. La palpación del vientre era extremadamente dolorosa, con contractura de los músculos abdominales, sobre todo en el cuadrante superior izquierdo. Después de examinarlo, introduje una larga aguja en su abdomen —previa anestesia local de la piel y los planos musculares— y extraje abundante cantidad de sangre roja, confirmando mi sospecha. Casi con seguridad tenía ruptura del bazo, órgano semejante al hígado que tenemos en la parte alta e izquierda del abdomen, por debajo del diafragma y que al desgarrarse produce una pérdida incontrolable de sangre. Debía operar de inmediato, como tantas veces lo había hecho en mis guardias hospitalarias. Pero estaba allí, impotente, por no contar con los medios adecuados, frente a ese muchachito que se desangraba lentamente. Decidí conectarle suero en dos de sus venas y pasarlo rápidamente para reemplazar el volumen de sangre, mientras se conseguía algún vehículo que pudiera transportarlo a Bahía Blanca. Después de un rato, lo acomodamos en una camioneta e iniciamos el largo viaje. A pesar del suero transfundido llegó casi sin presión, con un pulso apenas perceptible y un estado de confusión mental, resultante de la mala perfusión cerebral. No obstante, toleró la operación sin inconvenientes y su recuperación fue total. Su juventud jugó un rol importante. Era la única explicación que encontraba después de casi cuatro horas de viaje y traqueteo por la ruta 35, tan cerca de la muerte.

En otra ocasión, un sábado por la tarde, cuando ya casi terminaba mi actividad en el consultorio, apareció un vecino de la cercana población de Villa Iris con una pequeña nota escrita en uno de sus recetarios por el doctor Botta, viejo médico de la zona. Explicaba que en esos momentos llevaba con urgencia a uno de sus hijos a Bahía Blanca, como consecuencia de una apendicitis aguda que requería inmediato tratamiento quirúrgico y solicitaba mi colaboración para asistir a la hija del portador, viejo conocido, a quien, como era lógico, recomendaba en especial. Ante mí, se hallaba un hombre de unos sesenta años, de altura mediana, medio regordete, bastante canoso, con un rostro

curtido por los años y el viento, donde resaltaba un bigote tupido debajo de la nariz aguileña; una boca pequeña sonreía casi de continuo. Tenía todo el aspecto de un hombre bonachón, cuidadoso de su persona. Así lo traslucía la ropa limpia y bien planchada y el pañuelo al cuello, de buena calidad, anudado con precisión y hasta con delicadeza. Me explicó que su hija mayor había entrado en trabajo de parto. Le pedí que esperara un poco hasta terminar con los dos o tres pacientes que aún quedaban en la sala de espera. Concluida la tarea, tomé un maletín de urgencia y le agregué todo lo que tenía para la atención del parto.

Una vez en la calle, subimos a un viejo Ford A, modelo 31, que llamaba la atención por su alto grado de conservación. La pintura lucía impecable, el tapizado estaba protegido por fundas de género, las puertas se abrían y cerraban con precisión y el motor era casi silencioso, con ese ruido tan particular de los Ford A que bien afinados tenían hasta cierta musicalidad. Al expresarle mi extrañeza, me explicó que solamente lo utilizaba una o dos veces por semana para ir al pueblo; en tres o cuatro ocasiones se había animado hasta Bahía Blanca. Lo guardaba en el galpón y lo protegía con una funda de lona que lo cubría en su totalidad. Durante el viaje me aclaró que su hija se había casado un poco mayor —tenía ya treinta y ocho años— con el caminero que cuidaba la ruta 35 en el puesto ubicado entre Aráuz y Villa Iris. Las rutas principales de tierra estaban a cargo de esos camineros, que vivían a un costado de los mismos. Limpiaban las alcantarillas y desagües y con moto niveladoras mantenían su transitabilidad. Su tarea era imprescindible y de real valor en esos difíciles caminos pampeanos. Con cierto temor me manifestó que ese era el primer embarazo de su hija y que al parecer había algunos problemas.

Al llegar a la ruta 35 doblamos hacia la derecha y después de hacer aproximadamente legua y media nos dirigimos hacia el este. A unas cuatro leguas alcanzamos su chacra de ciento ochenta hectáreas. Tuve la misma impresión que con el auto: tranquera, alambrados, molinos, aguadas, sementeras, ganado y arboledas indicaban que allí se trabajaba con dedicación y esmero. Con orgullo me decía que, a pesar de la poca extensión, la chacra le había permitido vivir decentemente sin mayores aprietos, educando a sus hijos con modestia y responsabilidad. Llegamos casi al anochecer, paró el coche frente a la casa, típica construcción, compuesta de una gran cocina, comedor y tres piezas protegidas por una galería que daba hacia el nordeste. Nos esperaban su mujer, dos hijos varones y el marido de la parturienta. Al entrar a la habitación nos encontramos con que ya estaba instalada una vieja comadrona de Villa Iris que habían llevado para colaborar, y que ya había preparado la clásica palangana grande, la chata, el agua hervida, algodones, toallas y todo lo necesario en esos caos. “Con seguridad han calculado que era bueno combinar la presencia del joven médico pueblerino con la comadrona experimentada”, pensé para mis adentros.

La parturienta estaba en una ancha cama matrimonial. Sus treinta y ocho años eran evidentes pero, por sobre todas las cosas, impresionaba su físico, sólido y fuerte. Después de una revisión general me dirigí al periné y me llamó poderosamente la atención su desarrollo; apenas podía introducir dos dedos en la vagina que quedaban

aprisionados por la contextura muscular. Por desgracia, estaba ante una presentación de nalga, es decir, al revés de lo que se ve en un parto habitual donde el niño llega al nuevo mundo utilizando la cabeza como émbolo que va abriendo el camino. Los latidos del niño eran normales y todo aconsejaba esperar en esa primípara añosa. Quizá la naturaleza, poco a poco y con paciencia, resolvería el problema y asistiríamos a un parto normal. La revisaba a cada rato y comprobaba el escaso progreso de la criatura. A pesar de que el cuello uterino llegaba al máximo de dilatación, el niño estaba allí, como estancado, sin atreverse a asomarse a través del desfiladero de músculos potentes.

En los intervalos charlábamos con Velázquez y su familia en la cocina. Habían llegado desde Ensenada, suburbio de La Plata, hacía más de treinta y cinco años. Al enterarse de que yo era platense la conversación nos llevó a rememorar las amplias avenidas, las plazas, los parques y los tilos de mi querida ciudad. Dialogamos largamente sobre el río y sus costas y, en especial, sobre la Isla Paulino que por coincidencia los dos recordábamos con cariño. En los veranos, durante mi época de estudiante, solíamos escaparnos en unas lanchas vetustas que hacían el recorrido desde Berisso gozando de sus bosques y sus playas.

Comieron a eso de las veintidós, yo no tenía mucho apetito, acepté solamente un plato de sopa con pan casero. Para ir al baño había que recorrer algunos pasos, pues era costumbre —que aún perdura— construirlo a varios metros, lejos de la casa, en general por encima del pozo ciego. Me encontré así en medio de una noche oscura sin luna y sin viento, las estrellas resaltaban aún más en medio de tanta negrura y se podía ver muy bien a Orión con las Tres Marías y, más allá, la Cruz del Sur. Mirando ese cielo profundo yo pensaba en toda la responsabilidad que caía sobre mis hombros en ese momento y en lo impredecible del resultado. Si hubiéramos estado en un centro hospitalario bien organizado la solución era muy simple: frente a una primípara añosa con semejante periné y presentación de nalga lo lógico era realizar rápidamente una cesárea para beneficio de la criatura y de la madre. Con la experiencia adquirida en el viejo hospital eso me hubiera tomado solamente unos pocos minutos. ¡Pero ahí, en medio de la pampa, ni pensarlo! Tenía que resolverlo todo por vía vaginal.

Alrededor de la media noche las contracciones del útero se hicieron más frecuentes. No obstante, la criatura no bajaba, el duro periné impedía la salida y la madre se iba agotando. Después de cada contracción, auscultaba el abdomen y comprobaba que la criatura también tenía signos de sufrimiento pues su corazón latía lentamente. Había llegado el momento de la decisión. Reuní a toda la familia en la cocina y les expliqué el trance difícil que teníamos por delante, que entendieran que trataríamos de realizar lo mejor pero que, en esas circunstancias, había ciertos peligros que ellos tenían que conocer. Toda nuestra acción estaría dirigida fundamentalmente a salvar a la madre. Sin asustarlos, traté de que comprendieran que la situación no era nada fácil y que debían estar preparados para aceptar algunas de las posibles complicaciones. Preparé el poco instrumental que había llevado y atravesé a la parturienta en la cama, colocándola de tal manera que pudiera tener fácil acceso a la zona perineal. Un viejo farol a querosén de quinientas bujías, suspendido del techo, me daba luz apropiada. Con un poco de

anestesia local hice lo que los médicos llamamos episiotomía: después de anestesiar la piel y la mucosa vaginal utilizando una tijera, se realiza un corte que ensancha la cavidad vaginal. En ese caso, además de la piel y la mucosa, seccioné también los músculos más superficiales del periné. Pero ese agrandamiento, todavía no dejaba entrar la mano por lo que hice una incisión semejante, sobre el lado derecho. Ya tenía el espacio suficiente para maniobrar. Pude introducir mi mano a través de la dilatación del cuello del útero y con suavidad hice aflorar los dos piecitos de la criatura; luego con movimientos de rotación hacia uno y otro lado aparecieron los brazos. Quedaba lo más difícil: la cabeza. Elevando el cuerpecito, sosteniéndolo con la mano izquierda desde los pies, introduje mi mano derecha en la boca del niño. Con suavidad, pero con energía, completé el nacimiento traccionando desde los pies y la boca. La alegría de todos, y la mía en especial, fue grande cuando después de, unas palmadas el niño, un varoncito, empezó a respirar y a llorar. Ligué el cordón umbilical con catgut grueso; después de pinzarlo y seccionarlo entregué la criatura a la comadrona. La placenta se desprendió sin problemas ayudada por suaves tirones a través del cordón umbilical. Lavé con agua hervida, apenas tibia, y comprobé que todo el periné estaba desgarrado, la vagina se había roto casi en su totalidad hasta el cuello uterino y lo demás era una masa informe de músculos. Hacia la parte posterior se veían, con toda claridad, las paredes del recto que habían quedado totalmente desnudas. Un cuajarón de sangre sobre el piso de tierra quedaba como testigo.

La pobre mujer había tolerado con estoicismo y valentía todas las maniobras, su rostro cansado denotaba cierta placidez y sonreía al escuchar el llanto del niño. Su pulso estaba acelerado, pero mantenía la presión arterial dentro de límites satisfactorios. Le hice preparar un poco de té caliente que fue sorbiendo lentamente mientras le explicaba que necesitaría un rato largo para reacondicionarla. Como sangraba un poco, le apliqué una inyección de ergotina. La comadrona me dijo, con un poco de temor, que en esos casos se acostumbraba a colocar dos ladrillos sobre el vientre, que por acción de su peso hacían disminuir la pérdida de sangre casi instantáneamente. No me opuse, acepté la sugerencia y colocamos los ladrillos, envueltos en un trozo de género blanco. De esa manera la comadrona demostraba algo de su aparente sapiencia. La ergotina cumpliría con su función de incrementar las contracciones de las fibras uterinas y, así, detener el escape de sangre y los ladrillos no producirían ni daño ni beneficio. Serían resabios inofensivos de creencias sostenidas y transmitidas a través del tiempo. Ese hecho simple, de aceptar semejante sugerencia, tenía para mí alta significación pues la utilización correcta de comadronas y curanderas —como se verá más adelante— sirvió de mucho a la comunidad. Lo lógico hubiera sido rechazar el método y explicar su ineficacia, pero hubiera sido en vano. Sólo hubiera logrado terminar mis cordiales relaciones con la comadrona, que necesitaría como vehículo para difundir los conocimientos básicos del cuidado de la salud y la educación sanitaria.

Después de lavar con agua hervida y esparcir suficiente cantidad de merthiolate, un desinfectante muy común en aquel entonces, inicié la reparación del periné. Esa tarea me demandó cerca de una hora. Con paciencia y ayudado por mis conocimientos, esa masa informe podía reconstruirse, uniendo los músculos con cuidadosa técnica operatoria para

que volvieran a cumplir adecuadamente sus funciones específicas. Dejé un solo drenaje utilizando para ello un trozo de gasa y le apliqué inmediatamente después, penicilina, que la comadrona, sabedora de aplicar inyecciones intramusculares, repetiría cada cuatro horas. Recién entonces, tuve tiempo de examinar al niño que, excepto un pequeño hematoma en el cuello, no tenía otros signos de deterioro. Lavé mis manos y mi rostro con agua fresca mientras contemplaba mi chaqueta y pantalón salpicados de sangre como testigos de la batalla recién concluida.

Fuimos hacia la cocina, donde me sirvieron té con leche con trozos de pan, manteca y dulce casero, que tomé con avidez. Esperé un par de horas para estar seguro de que todo estaba en orden y por las dudas le apliqué otra inyección de ergotina, aclarando a la comadrona que, si por alguna circunstancia las pérdidas de sangre aumentaban, podía repetir otra dosis más adelante. Le insistí que era importante que la parturienta tomara líquido en abundancia y que le ofrecieran té, café o caldo caliente.

El viejo Velázquez me llevó de regreso. El silencio de la noche era interrumpido por las reiteradas expresiones de agradecimiento de un abuelo feliz, entremezcladas con los chistidos de las lechuzas. Yo tenía muy pocas ganas de hablar. Pensaba que, en realidad, había tenido suerte y por mi mente desfilaban todas las complicaciones que podían haber ocurrido. Una simple asfixia del niño no se hubiera podido controlar pues carecíamos de oxígeno. Si bien la hemorragia había sido significativa, la fuerte contextura de la paisana había contribuido a su recuperación pero, si hubiera continuado, yo nada hubiera tenido para ofrecerle. En adelante habría que preparar, dentro de los elementos de urgencia, por lo menos un equipo para aplicar suero endovenoso.

Al llegar al pueblo, quedamos con Velázquez en que volvería a buscarme a eso del mediodía. Por ser domingo pude descansar algunas horas. Apareció a eso de las trece. Su rostro, con una amplia sonrisa, me tranquilizó; todo andaba bien. Recorrimos la misma ruta por tercera vez. Encontré a su hija sentada, un poco pálida, pero radiante de alegría. ¡Estaba almorzando un puchero de gallina! Me explicaron que siguiendo mis consejos habían preparado un caldo livianito que no calmó su apetito. ¡Decidieron que un trozo de pechuga con papa y zapallo no podía hacerle mal...!

Revisé al niño que se veía robusto y sano; el hematoma cervical había disminuido. El pañal, mojado por la orina y la evacuación intestinal, demostraba que empezaba a adaptarse al nuevo mundo sin mayores sobresaltos. Terminado “el almuerzo” examiné a la madre. Después de remover los algodones comprobé cierto edema en la zona reparada, como era lógico esperar. Muy poco había salido a través del drenaje, que dejé por otras veinticuatro horas. A los diez días fueron por primera vez al consultorio. Retiré la mayoría de los puntos utilizados en la reconstrucción. La función rectal se había recuperado totalmente sin alteración del esfínter y la zona vaginal evolucionaba lentamente hacia la normalidad. El niño había aumentado algo de peso, alimentado sanamente por la leche materna. Me enteré que su nombre era René. Por una vieja costumbre de la zona, en especial después de partos laboriosos, el llevar el nombre del médico representaba el agradecimiento a su tarea.

En mis idas y venidas por la ruta 35 durante los años de mi actividad en Jaciento

Aráuz, pasaba infinidad de veces frente a la casa del caminero; a veces, si no estaba muy apurado, paraba por unos minutos; si no, anunciaba mi cercanía con golpes de bocina, disminuía la velocidad y extendiendo mi mano hacia afuera los saludaba, recibiendo la respuesta de la madre y el niño con quienes tenía tanto en común. René creció sano y fuerte. A la madre la asistimos en años posteriores por otros dos partos, sin inconveniente alguno.

Pero no siempre era así. Una mañana llegó al consultorio un peón del ferrocarril. Habían recibido un llamado telegráfico desde Hucal. El jefe de la estación enviaba a una señora en mal estado en un vagón tirado por locomotora. Era el único medio de llegar a Jacinto Aráuz. Durante el otoño y parte del invierno había seguido lloviendo con bastante frecuencia; los caminos zonales empeoraron y se hacía difícil transitarlos. Al llegar, trasladaron a la paciente a la casa de unos familiares y allí concurrí apresuradamente a examinarla. Me encontré con una mujer flaca, desnutrida y con alta temperatura. La piel seca surcada de pliegues denotaba deshidratación, la lengua y la boca habían perdido su humedad característica, la respiración era jadeante y existía una marcada obnubilación mental. Con su marido habían ido a trabajar al monte como hacheros. Estando embarazada de unos cinco meses, durante días tuvo pérdidas sanguíneas de escasa cantidad; después empezó a tener temperatura. Pensaron que con reposo y aspirina mejoraría. Por el contrario, se fue deteriorando hasta que finalmente decidieron llevarla a Hucal acostada en un colchón que colocaron en un carro. Luego la transportaron a un vagón, al que se enganchó la locomotora de un tren de carga estacionado en la vecindad. Y así llegó a Jacinto Aráuz.

Al examinarla encontré el abdomen exquisitamente doloroso y distendido, en especial en su bajo vientre, donde los músculos se hallaban tensos. Abundante flujo purulento y mal oliente inundaba la vagina ocupada por parte del feto. Suavemente pude extraerlo no obstante estar ya macerado. Por suerte, la placenta salió casi en su totalidad por delicada tracción del cordón. Estaba ante una paciente grave; la infección había comprometido el útero, los anexos y se había expandido a lo largo de la pelvis y el vientre. Le administré suero endovenoso para mejorar la hidratación y altas dosis de antibióticos. A las pocas horas no había mejorado, la temperatura seguía elevada, el pulso era rápido y débil y su estado de obnubilación parecía profundizarse. La única solución era operar de urgencia: abrir el vientre, drenar la infección y en caso necesario extirpar la totalidad de sus órganos genitales como maniobra salvadora. Allá en la sala IV del Hospital Policlínico en el Servicio de Ginecología a cargo del viejo doctor Márquez, a veces nos tocaba recibir cuadros semejantes, casi siempre consecuencia de abortos ilegales que aumentaban su frecuencia después de carnaval. Así habíamos podido salvar la vida de la mayoría de aquellas mujeres, a veces al costo de dejarlas estériles.

Pero yo no podía realizarlo ahí. Mis manos estaban atadas por carecer de los medios necesarios. Al anochecer, les expliqué que era necesario trasladarla a Bahía Blanca. Cuando al enfermo, como en ese caso, había que llevarlo acostado, era menester utilizar alguna de las pocas camionetas que se encontraban en la localidad. La Municipalidad contribuía a costear el viaje de los pacientes con pocos recursos, aunque casi siempre

aparecía algún vecino que se ofrecía para la gauchada. La familia decidió que, dado lo avanzado de la hora, se prepararía el viaje para salir con las primeras luces del alba. Antes de la madrugada fueron a buscarme con urgencia. Cuando llegué era demasiado tarde. Me explicaron que, casi de golpe, su respiración se hizo muy dificultosa, se puso azul y tuvo algunas convulsiones. Quizás alguna embolia muy común en esos casos había terminado con su vida. Traté de consolarlos con palabras sencillas, a su alcance. Me escucharon casi en silencio. Por estar acostumbrados a sufrir aceptaban con resignación esas cosas del destino, pues así las calificaban ¡cosas del destino!

Nuevamente en la cama tardé un rato en dormirme, a pesar del cansancio. Pensaba que lo realizado no había sido suficiente. Por estar allí, en un pueblo sin recursos, había quedado a mitad del camino. Mi alma empezaba a rebelarse. ¿Qué podía hacer yo, médico joven, pero con suficiente experiencia adquirida a través de mis años de hospital, ahí en medio de la pampa? Sólo podía jactarme de mis diagnósticos acertados pero, frente al paciente, muchas veces debía batirme en la impotencia y la desventaja por carecer de los elementos o medios para atenderlo correctamente. Y volvía a pensar en esa población con la que comenzaba a familiarizarme, a vivir sus problemas. Cada día iba reconociendo nuevos horizontes, desentrañando sus secretos, conociendo su alma y casi sin darme cuenta, junto a la tarea intensa, empezaban a borrarse de mi mente los lazos con el pasado reciente.

Debo confesar que, en los primeros tiempos, sufría intensamente. A cada rato aparecían ante mí el hospital, los quirófanos, las operaciones, la sala de guardia, los intercambios de conocimiento con mis profesores y colegas, la visita a los pacientes, la discusión de los casos complicados y mi concurrencia permanente a las bibliotecas, en especial a las de la Facultad y la Sociedad Médica, donde leía con fruición y hasta con desesperación las revistas y los libros, completando los conocimientos recibidos en la cátedra. Ahora la nueva actividad era todo un desafío.

Las idas y venidas en el tiempo transcurrido me habían dado un conocimiento bastante acabado del escenario donde yo actuaba. Los diversos caminos que entroncaban con Jacinto Aráuz hacían resaltar su posición geográfica especial. Sin pensarlo, había ido a caer en un centro neurálgico. Así, si nos dirigíamos hacia el noroeste, continuando la ruta 35 aparecían poblaciones sucesivas a corta distancia: San Martín, Bernasconi, Abramo, Perú, Unanué, General Acha y, más allá, Santa Rosa. Casi paralela al meridiano quinto salía la ruta que nos comunicaba con Guatraché y Alpachiri. Hacia el este, el camino a la Colonia del Triángulo que en su prolongación entroncaba con Bordenave, 17 de Agosto, Darregueira y Azopardo; hacia el sudeste nos conectábamos con Villa Iris, Rondeau, San Germán y Berraondo. Desde Villa Iris partía un camino que yendo directamente hacia el este llegaba a Estela, López Lecube y Felipe Solá y hacia el oeste el camino al boliche Festa que se internaba en la Colonia La Juanita y desde allí a Río Colorado y Anzoátegui. Una segunda salida hacia el oeste, pasando por Traicó, nos comunicaba con las lagunas productoras de sal.

Lentamente, fui elaborando la idea de afincarme y, a través de la creación de un centro asistencial, mejorar la tarea médica e indirectamente contribuir al desarrollo social

educacional de ese territorio con el que me había ido entremezclando. No se trataba de amoldarme a lo existente buscando una mejoría económica que resolviera muchos de mis problemas personales; se trataba de quedarme para aceptar el desafío de una realidad que debía ser cambiada en la medida de mis posibilidades para terminar o al menos paliar la miseria que nos rodeaba. Fui elaborando el plan de a poco; lo analizaba a veces con tío Manolo por las noches después de comer, descansando al abrigo de la estufa a leña, mientras él disfrutaba su habano. Lo deslizaba como al descuido en la farmacia de don Juan donde generalmente entraba al mediodía, haciendo un alto en la caminata desde el consultorio a la casa de mis tíos; a veces con los maestros que iban a la consulta con sus familias o llevando algún niño de las escuelas rurales. Y lo analizaba también en las cartas a mis padres y en especial a mi hermano, que estaba terminando su carrera en la Facultad de Medicina de La Plata y que era, desde ya, parte tan importante del proyecto, como con mi novia, dispuesta a vivir alejada de su familia en un lugar inhóspito. Cada vez sentía más fuerte el desafío, mi eterno motivo de vivir. Escribo estas memorias con más de treinta años de ejercicio profesional, lleno de ideas, proyectos, decisiones y, por qué no, ilusiones. Yo diría que he vivido creando, planeando, proyectando desde siempre. ¡El día que se terminen los desafíos habré muerto! Recuerdo, por ejemplo, cuando el centro de cirugía cardiovascular de la Cleveland Clinic, lugar de mi actuación en los Estados Unidos creció rápidamente requiriendo, con premura, mayor espacio, más salas de cirugía, más equipamiento. Nuestras listas de cirugía llegaron a tener tres y cuatro meses de atraso, por la gran cantidad de pacientes que llegaban a la consulta y la mortalidad de la lista de espera era en ciertos períodos más elevada que la mortalidad quirúrgica. Muchas veces mi jefe me decía:

—¡Hasta cuándo, René! ¿Qué límites tiene este crecimiento y este deseo tuyo de avanzar siempre?

Yo lo miraba entristecido y me preguntaba: “¿Límites? Eso significa detenerse. Desgraciado el que llegue a conformarse”. Como Martín Fierro siempre he pensado:

*Derecho ande el sol se esconde,
tierra adentro hay que tirar,
algún día hemos de llegar
después sabremos adónde.*

Pero todo esto llevaba implícita una responsabilidad que a veces me hacía dudar. ¿Sería capaz de cambiar con mis conocimientos, ese medio casi virgen, donde con naturalidad y en general con resignación se aceptaba el vivir y el morir en la mediocridad, tan lejos de los niveles alcanzados en las grandes ciudades? ¿Comprenderían el esfuerzo a realizar? Porque había que partir casi desde cero. El desafío era cada vez más vivo, más caliente, bullía en mi cerebro y se agigantaba cada día a través de las consultas. El contacto con los enfermos desenmascaraba a cada instante las falencias de esa medicina rural.

Mientras tanto el pobre Rachou recibía su tratamiento de radioterapia en Buenos Aires y por medio de comunicaciones sucesivas me hacía saber que al terminarlo estaría

de vuelta en Jacinto Aráuz. Y así fue como a mediados de septiembre regresó. Se lo veía algo mejor, si bien estaba pálido, quizá por efecto de los rayos recibidos, pero con buen semblante, a pesar de su delgadez. El reintegrarse a su casa y a su ambiente le había dado nuevas fuerzas a su espíritu; además, regresaba esperanzado, convencido de que el tratamiento realizado podía mejorar y quizá curar su mal. Es que los médicos no escapan a la regla general: todo paciente piensa en recuperar su salud y muy pocos aceptan la llegada de la muerte. A través de los años, por razones profesionales, me ha tocado atender a infinidad de médicos y muchas veces me ha parecido increíble cómo, en situaciones que denotan con absoluta claridad la presencia inminente del fin, siguen convenciéndose a sí mismos, sin aceptar lo inexorable. En charlas sucesivas le planteé a Rachou la posibilidad de quedarme y trabajar juntos; su rostro se iluminó y aceptó con alegría mi decisión. Me aconsejó que viera la posibilidad de alquilar, en el otro lado del pueblo, la casa donde años atrás, había ejercido el doctor Bianchi. Había sido, casi siempre, casa de médicos desde que la familia Griot la había hecho construir para el primero que se instaló en Jacinto Aráuz. Rachou estaba seguro de que viviríamos en completa armonía. Dividiríamos las tareas, pues él muy pocas veces podría salir al campo o levantarse de noche; además, sería beneficioso poder ver a los pacientes graves en común.

Don Pedro Grand, dueño de la vivienda, no tuvo inconveniente en alquilarla. La casa estaba frente a la estación, en el lado oeste del pueblo. Un zaguán dividía el frente en dos mitades. Hacia la izquierda, se comunicaba con una pequeña habitación que se utilizaba como sala de espera y que, a su vez se conectaba con otra más grande, el consultorio. El zaguán, en su parte posterior, daba a una amplia sala de estar. Hacia la derecha, empezando desde la calle, había tres habitaciones con un baño entre la segunda y la tercera que se continuaba con la cocina y otra habitación más pequeña. Una pared transversal delimitaba un gran patio con canteros de ladrillo, cubierto de plantas florales. Hacia atrás completaba el lote un largo y ancho espacio donde estaban el molino, el lavadero y el garaje. Fui armando el consultorio con la ayuda de mi padre que, en su pequeño taller de ebanista, construyó los modestos muebles: un escritorio, con su sillón y dos sillas y una vitrina, además de dos sillones, un sofá, una mesita y un perchero para la sala de espera. La camilla de examen la construyó mi tío Roberto, hermano de mi madre, que tenía un taller de herrería allá por la calle 7 de La Plata. Era muy simple, pero adecuada para realizar el examen general y ginecológico. Llegué a adquirir muy pocos instrumentos, pues Rachou insistía en que podría utilizar la mayoría de los que él poseía, en especial los de obstetricia, que eran los más complejos y los más costosos.

Necesitaba de alguien que se ocupara de atender la puerta, recibir a los pacientes, hacer la limpieza, preparar algún té o café y ayudar en algunas tareas del consultorio. Claro está, no podía ser una mujer; como médico joven y soltero debía prevenir las habladurías. No recuerdo quién me recomendó a un muchacho, que recién había terminado el sexto grado. Hijo de madre viuda, andaba buscando algún conchabo. Me causó buena impresión. El tiempo demostró el acierto de mi elección, pues Carlos se transformó en un fiel colaborador.

Así comencé a trabajar en el nuevo consultorio. A pesar de habernos separado, seguíamos trabajando en común con Rachou. Nos veíamos con frecuencia y todo lo compartíamos ¡hasta los ingresos mensuales! Al terminar cada mes, repartíamos con absoluta honestidad lo cobrado. Yo anotaba minuciosamente todas mis entradas para poder presentárselas: el nombre del paciente, el motivo del ingreso, las consultas simples, las visitas a domicilio, las salidas al campo, la atención de un parto, alguna cirugía menor. A pesar de mis esfuerzos por explicarlo todo, Rachou casi no prestaba atención. Había entre nosotros absoluta comprensión y la convicción de que éramos dos personas honestas.

Mi admiración hacia él crecía. Al atardecer o ya entrada la noche, pasaba a saludarlo. Casi siempre lo encontraba en el sofá, recostado, fumando algún cigarrillo o mateando rodeado por su mujer y su único hijo, que había heredado los mismos ojos negros, relucientes e inquisitivos de su padre. Pepito tenía un físico robusto, a pesar de ser asmático; era sin ninguna duda la alegría de la casa. Muy pronto también se hizo mi amigo. Yo trataba de alimentar alguna esperanza, no obstante la gravedad de la enfermedad, remarcando en especial a sus familiares que la radioterapia a veces podía prolongar y hasta curar casos excepcionales de cáncer. Comentábamos las tareas del día, analizábamos los pacientes más graves y todavía nos quedaba tiempo para hablar de los problemas sociales y políticos de la hora. Ya dije que Rachou era un gran demócrata y le dolía ver cómo la demagogia y el populismo barato, insertos en el régimen de turno, iban deteriorando todo sin prisa pero sin pausa. Teníamos grandes coincidencias y quizá desde el pequeño escenario de Jacinto Aráuz se podía apreciar con mayor profundidad y nitidez el panorama nacional y el futuro incierto del país en las horas difíciles que nos tocaba vivir.

Lógicamente la gente quería asistirse con Rachou, quien atendía a la mayoría de los pacientes en consultorio; no obstante, casi diariamente me enviaba a los que consideraba difíciles y necesitaban de la consulta y la discusión posterior. Remarcaba mi capacidad en toda ocasión propicia, quizás en demasía.

Seguía lloviendo, las sementeras evolucionaban favorablemente y, si todo continuaba así, tendríamos buena cosecha; faltaba quizás el golpe de agua de fines de octubre o principios de noviembre para que el trigo, cebada y avena pudieran encañar y brindar las espigas que simbolizaban todo el esfuerzo del año. Con un poco más de suerte escaparíamos de las heladas de noviembre. El pasto era abundante para el ganado. La gente estaba contenta y optimista; hay que entender que el clima en las zonas rurales es un factor importante para el espíritu. Una cosa es levantarse y contemplar los campos verdes, las vacas gordas y fuertes, los cereales mecidos por el viento, la huerta produciendo la mayoría de los vegetales que a diario se necesitan en una casa y otra muy diferente es ver el campo mustio, los animales sumidos y flacos, con la cabeza gacha, deambulando en busca de alimentos, las sementeras raleadas por la seca y la tristeza invadiéndolo todo. Ni que decir que lo espiritual repercutía en lo físico y la sequía se acompañaba de un aumento de las distonías neurovegetativas que producían neurosis, malestares digestivos, palpitaciones, opresiones precordiales, colitis y úlceras digestivas,

es decir todo aquello que en medicina tiene un mecanismo psicosomático determinado.

No hay que creer que el hombre de campo vive sin preocupaciones intensas. Cuando falta el agua, se pasa mirando casi de continuo al cielo y observando el viento. Si sopla del norte puede haber esperanzas. Contempla el oeste, en especial al atardecer, para ver si se van acumulando nubes. Si después de tres o cuatro días el cielo se cubre, con ansiedad su mirada penetra los nubarrones esperando la llegada de la lluvia bendita. Para noviembre está pendiente de la temperatura por el temor a las heladas; una sola de ellas, en un noche, puede terminar con el esfuerzo del año. En diciembre y enero, el granizo. En esas zonas después de varios días de calor, empiezan a juntarse nubes renegridas y ondulantes. De pronto, ráfagas de viento sur hacen descender la temperatura bruscamente y el granizo se desploma a raudales sobre los campos. En minutos las espigas tronchadas yacen en el suelo. A veces las piedras son de gran tamaño, animales domésticos, cabras y ovejas muertos quedan como testigos de la desgracia. Las pestes también contribuyen a la desdicha. En los años de poca humedad el pulgón verde invade las sementeras que toman un color rojo ladrillo característico; la escasa savia sólo alcanza para mantener y reproducir el parásito. A veces, las epidemias cíclicas de aftosa diezman los cuadros de ganado. Por todo esto se explica que periódicamente nos encontráramos con infinidad de pacientes hipertensos, cardíacos y arterioscleróticos.

Decidido a quedarme y a emprender una larga tarea, lo lógico era casarme con la mujer elegida con la que llevaba largos años de noviazgo. Así se lo manifesté a Rachou. El estado de su salud, por ese entonces, era bastante satisfactorio y accedió a quedarse solo, por diez días. Si las circunstancias lo requerían podría solicitar ayuda a los médicos de los pueblos vecinos. Como era de suponer, mantenía excelentes relaciones con todos ellos y alguno le tendería una mano apenas la solicitara. Decidí que a mediados de noviembre cumpliría con mis propósitos.

Como ya he descrito, la casa tenía un fondo de más de veinte metros de largo. En Jacinto Aráuz no había agua corriente ni cloacas; cada casa tenía un molino y un pozo ciego. Ya dije que el suelo pampeano es rocoso con capas de diferente grosor y resistencia. La tarea de construir un pozo ciego era engorrosa y ardua; en ocasiones en el lugar elegido se encontraban sectores difíciles de penetrar. Parece ser que en esa casa, con poco intervalo de tiempo, se habían excavado dos pozos ciegos y las rocas extraídas se habían desparramado por el suelo. En realidad había más tosca que tierra. De mi abuela materna heredé un gran amor por la tierra; no podía vivir sin un huerto. Desde muy pequeño la acompañaba por las tardes a trabajar en la quinta familiar.

Doña Cesárea fue, sin duda, una de las grandes mujeres que he tenido la suerte de conocer, quizá la mejor. Se ocupaba de todo lo que correspondía al quehacer de la casa en aquellos tiempos y todo lo hacía con amor. Sin proponérselo, era el verdadero centro de la familia. Vivía para ella y para su hombre, mi abuelo, quien podía jactarse ante sus amigos que hasta sus calcetines estaban tejidos por su mujer. Excepto en los días de lluvia, terminaba su tarea diaria en el huerto. Se entretenía y era feliz descansando — porque se descansa cambiando de tarea—, entremezclada con sus vegetales y frutales. Cuando regresaba de su trabajo, mi abuelo nos acompañaba. Conocía el arte de injertar y

así se podían ver higueras que producían dos o tres variedades diferentes o un duraznero injertado con damasco o un ciruelo que, en una misma planta, producía frutos renegridos junto a otros de color amarillo dorado. La huerta estaba salpicada por muchos árboles frutales, que mi abuelo cuidaba con esmero. Con él aprendí los secretos de la poda, que comenzábamos en julio; cada variedad tiene los propios. El saber conservar en cada una los tallos fructíferos nos permitía saborear, durante el verano, infinidad de gustos que aumentaban la exquisitez por su frescura.

Pero lo que esperaba con ansiedad era la llegada de la primavera. Con los primeros calores la savia humedecía los tallos y los botones florales comenzaban a hincharse hasta que un buen día descubría las primeras flores abiertas. ¡Con qué gozo volvía sobre mis pasos a comunicar la buena nueva a mis abuelos! En menos de una semana el huerto estaba inundado de colores, desde el blanco de las flores de ciruelos y perales a los violáceos de los membrillos, pasando por los diversos matices del rojo de los durazneros. Era el tiempo de recoger las primeras flores de alverjillas, que mi abuela plantaba a fines del otoño cerca de los alambrados. Recuerdo la suave fragancia que al atardecer impregnaba el aire y que a veces se entremezclaba con la de la hierba fresca al carpir y aporcar los sembrados de la quinta. Allí, con ellos, fue prendiendo en mi alma el amor a la tierra que, generosa, se brinda a nosotros con sus flores y sus frutos. ¡Qué alegría sentía al depositar las semillas en el suelo, recubrirlas y esperar el milagro del nacimiento, verlas crecer, trasplantarlas y observar después las flores y los frutos! Mis preferidos eran los tomates. Preparábamos almácigos en julio en cajones que manteníamos bajo techo para protegerlos del frío del invierno. Buscábamos los lugares soleados o, si no, para acelerar la germinación los colocábamos debajo de la cocina a leña. Los trasplantábamos temprano, pues la tradición familiar exigía cosechar los primeros antes de la Navidad. En las noches de frío recubríamos las plantas con bolsas sostenidas por trozos de caña clavados en la tierra y las descubríamos bien entrada la mañana. Aprendimos a podarlas, sacrificando las ramas improductivas. Las atábamos con cuidado al enrejado de cañas que habíamos preparado para que crecieran enhiestas. Durante meses nos prodigaban sus frutos. Eran tan tiernos y dulces que competían con los frutales. ¡Cuántas veces los saboreábamos allí, en la quinta, después de lavarlos!

Esperaba con ansiedad la cosecha de la papa, quizá porque estaba allí escondida debajo de la tierra. Estaba madura cuando sus hojas se secaban; sólo los tallos nos indicaban el lugar preciso donde enterrar la pala. Aparecían así entremezcladas con la tierra y nuestras manos se hundían contando los tubérculos, casi con apuro. Un tallo grueso era indicador de buen tamaño; no obstante, las más pequeñas eran mis preferidas pues mi abuela las hervía con la cáscara que luego fácilmente se desprendía. Su sabor era inigualable pero mejoraba si se las doraba en aceite o se las sazónaba con salsa de tomate y ajo. Así aprendí los secretos de la tierra pródiga. Por eso al graduarme dediqué la tesis del doctorado: “A mi abuela Cesárea que me enseñó a ver belleza hasta en una pobre rama seca”.

Contemplaba ahora, esa tierra, más tosca que tierra. No obstante, pensaba que el mejor regalo que podía hacer a mi mujer era una huerta. Los domingos, a puro pico y

pala preparábamos el suelo con Carlos. Los vecinos observaban a escondidas, a aquel médico joven, con su torso desnudo y sudoroso, trabajando con intensidad. Sólo dejamos un pequeño espacio para el gallinero; la experiencia decía que era necesario para ubicar las aves que muchos de los pacientes me regalaban. Fuimos separando infinidad de tosca de diversos tamaños y una vez que el suelo estuvo removido, desde el matadero hice llevar bosta seca de ganado vacuno, excelente abono natural, que desparramamos sobre la tierra removida. Después de unos días volvimos a puntar y comenzamos la siembra. Me decían los chacareros que algunas variedades solamente se daban si venía bueno y llovedor. En el pueblo sólo había un quintero, el viejo Marchetti, con quien habíamos trabado una sólida amistad. Sus consejos fueron bien recibidos pero en el fondo yo estaba convencido de poder demostrar mis conocimientos y así sembramos lechuga, escarola, radicheta, acelga, chauchas, zapallitos de tronco, zapallo algola, maíz dulce, tomates y ajíes. El tiempo nos seguía acompañando, de vez en cuando el agua caía desde los cielos. La quinta, en un suelo virgen y bien abonado, fue un vergel. Cosechamos con abundancia todo lo plantado. Los tomates, en especial, trepaban y trepaban alrededor de las cañas; cada diez o quince centímetros, racimos de frutos de diversos colores aumentaban su belleza. Les aplicábamos caldo bordelés para mantenerlos sanos. Muchos de ellos alcanzaron los dos metros de altura. Algunos chacareros pedían permiso para verlos, especialmente aquellos que alrededor de sus casas también cultivaban sus huertas. Intercambiábamos ideas y, con el tiempo, semillas que, en general, yo llevaba desde La Plata, zona quintera por excelencia. A través de los años pude cultivar casi todas las variedades. Así, por ejemplo, morrones de semillas guardadas con esmero por don Olegario, mi suegro, de tamaño excepcional y sumamente carnosos; había que plantarlos en lugares de sombra, cerca de los ligustros, para protegerlos del sol y el fuerte calor del mediodía. Hasta alcauciles y frutillas se desarrollaron en los suelos arenosos de la pampa.

A mediados de noviembre regresé a La Plata con el tren directo que, vía Santa Rosa, llegaba a Constitución. Volvía a encontrarme con mi ciudad que tanto amaba. La encontré embellecida por la primavera y perfumada por la fragancia de los tilos en flor. Mis padres estaban felices y contentos con mi decisión; la aplaudían quizá pensando en la tranquilidad económica que significaba para todos. Después de tanta lucha, de tantas horas de trabajo de mi padre en el pequeño taller y de las interminables jornadas de mi madre sentada a la máquina de coser, vislumbraban que sus desvelos, como los de tantos otros descendientes de inmigrantes, comenzaban a dar sus frutos en el hijo mayor y pronto en el menor, próximo a graduarse. Mi novia, que vivía los momentos de excitación propios de toda mujer en los días previos al casamiento, se había ocupado de todo: los trámites en el civil, la iglesia, la pequeña reunión familiar y el corto viaje a Córdoba en luna de miel.

Al segundo día fui al hospital, distante solamente cuatro cuadras de mi casa paterna. ¡Las veces que las había transitado en mi época de estudiante e internado! Las volvía a recorrer ahora con ansiedad que aumentaba al acercarme al Policlínico. Pensé en ir directamente al segundo piso donde estaban los dormitorios de los practicantes y

encontrarme con el tío Daneri, con Castedo y con Polizza, mis viejos jefes de guardia, y después ir a la sala XIII y a la V a saludar a D'Amelio y a Mainetti. Pero al llegar frente a los jardines y tener ante mí las viejas paredes, que encerraban tantos recuerdos, comencé a llorar. Me refugié debajo de las palmeras que se hallaban por detrás, entre las salas I y III, y durante varios minutos lloré desconsoladamente. Los recuerdos se entremezclaban. El paisaje borroneado por las lágrimas se confundía con las imágenes que mi cerebro iba despertando. Después de un largo rato, serenado, fui al encuentro de mis pares y amigos quienes, sorprendidos, me llenaban de preguntas. Los más jóvenes se enteraban de mi trasplante y adecuación a esa medicina rudimentaria. D'Amelio escuchaba con atención. Enterado de mis planes de crear un centro asistencial para la comunidad —sin dejar de insistir en que ese no era mi lugar— aceptó que la idea era correcta y que de concretarse, justificaría en parte mi deserción de los claustros hospitalarios y universitarios. El reencuentro con el hospital hizo revivir mis ideas anteriores y mis deseos de servir a la enseñanza. Sin embargo, esos pocos meses de vida rural avalaban mi decisión final de retomar y planificar la tarea médico-asistencial. Eran parte de mi alma y quizá de mi destino.

El 18 de noviembre me casé y, después de pasar unos pocos días en Capilla del Monte, gozando de una modesta luna de miel, regresé a Jacinto Aráuz con mi mujer. Lo hicimos en tren. Durante el largo viaje le explicaba mis proyectos e ilusiones, para que se fuera compenetrando con el ambiente en el cual se iba a desarrollar nuestra existencia y no se encontrara de pronto sumergida en Jacinto Aráuz, donde, fuera de las tareas del hogar, muy poco tendría que hacer. A excepción de un cine de mala muerte que, de vez en cuando, ofrecía una función con películas viejas —que se interrumpían por lo menos, dos o tres veces perdiéndose la ilación—, careceríamos de cualquier otra actividad social. Por suerte, ella también provenía de un hogar humilde, lo que facilitó su ambientación en poco tiempo.

La enorme casa estaba casi vacía. Teníamos solamente nuestro modesto dormitorio que mi padre había construido en terciado enchapado; lo instalamos en la primera habitación sobre la calle, recordando que pasada la una en Jacinto Aráuz ya no había luz. La gente que, después de esa hora, pedía mi auxilio golpeaba directamente la puerta y había que escucharla. Una mesa de cocina y cuatro sillas completaban nuestro mobiliario. Con el tiempo armamos un pequeño comedor con sillas de junco, que barnizamos, económicas pero sólidas y duraderas. En el cambalache de Rivoir encontramos algunas arañas viejas que lijadas y pintadas con esmalte quedaron como nuevas. Mi mujer participaba indirectamente de mi actividad diaria pues, la mayor parte de la tarea, se desarrollaba en el consultorio que, como ya dije, estaba en la misma casa. Si bien, en cierta manera, eso podía tener algunas desventajas, por el otro lado, podía palpar las dificultades de mi quehacer y en los ratos de descanso podíamos estar juntos. Se sintió halagada al encontrarse con la quinta, su quinta desde ese momento, y en los canteros del jardín empezó a cultivar algunas flores. Las paredes que lo circundaban lo protegían de los vientos y de los rigores del clima y así en poco tiempo rosales, crisantemos, conejitos, azucenas, claveles, espuelas de caballero, amapolas y jazmines embellecieron y

perfumaron el ambiente. Mis dos primas ayudaron, en especial en los primeros meses, a que mi mujer no se sintiera tan sola; a través de ellas se fue conectando con la comunidad. Algunas noches, después de comer, largas partidas de canasta o chinchón alternadas con té, copitas de licor y masitas o postres caseros eran de los pocos esparcimientos permitidos. Mi mujer se convirtió, en aquellos años, en mi compañera y sería parte esencial en la planificación del centro asistencial.

A fines de noviembre las sementeras habían completado una buena evolución. Alguna heladita muy suave —siempre había que temer hasta mediados del mes la helada de San Martín— había afectado en algo, las cebadas más que los trigos, pero igualmente se esperaban altos rendimientos. Todo estaba listo para la cosecha. Desde octubre las máquinas habían sido reacondicionadas, reemplazando las piezas más deterioradas y las provisiones de combustibles esperaban en los galpones. El personal local ya había sido contratado y se esperaba completar la mano de obra con el que llegaba desde el norte o desde Chile.

El arribo del verano se acompañaba de cuadros patológicos típicos de esa época del año, de los cuales el más serio era la diarrea infantil, grave en los lactantes. Concurrían al consultorio con gran deshidratación, a veces casi moribundos, con los ojos hundidos, la piel reseca llena de arrugas, la mucosa bucal y la lengua de un color rojizo por falta de humedad y el vientre distendido. Los más atacados tomaban un color terroso azulado muy característico, acompañado de un sopor, que era fácil advertir, pues apenas respondían a los estímulos físicos. Era costumbre alimentar a los lactantes con leche de vaca y un agregado de harina, mezcla de difícil digestión. Si además recordamos las condiciones del agua, contaminada en la mayoría de los casos pues los pozos ciegos estaban cerca de bombas y molinos, y el hábitat proporcionado por los ranchos, fácil es explicar la cantidad de enfermitos que me tocaba atender. La diarrea estival es casi sinónimo de pobreza; los casos más graves llegaban de esos ranchos que en el verano se transformaban en estufas de laboratorio, donde, en cuerpiños indefensos y mal alimentados, se producía un verdadero cultivo de gérmenes. A veces los niños iban envueltos y arropados, pues se creía que al tener temperatura se los debía proteger contra posibles enfriamientos, lo cual agravaba aún más la pérdida de líquido por la transpiración, ensombreciendo el pronóstico. En general llegaban a la consulta tardíamente; cuanto más distantes del pueblo más grave estaba el niño.

—Pero mi doctor, estaba bastante bien— respondían a la recriminación por la tardanza.

A veces tenían razón porque el cuadro de acidosis se precipitaba en pocas horas. Con los conocimientos adquiridos mientras cursaba Pediatría en el viejo Hospital de Niños de La Plata —instituto ejemplar al que tanto debe mi ciudad y su zona circunvecina por el cuidado de la niñez— decidí encarar el problema de raíz: no era suficiente atender al niño correctamente, era necesario instruir a las madres. Así, les explicaba que la leche con harina era engrudo y que lo correcto era preparar agua de arroz o de avena —los clásicos cocimientos de cereales— y mezclarla con la leche, al principio mitad y mitad y luego dos partes de leche y una de cocimiento. Parece sencillo, pero para comprender mi lucha

hay que ubicarse en la zona que el destino me había demarcado. A las que sabían leer las instruía por escrito, aclarando las proporciones según la edad del lactante; a las demás les efectuaba demostraciones prácticas, enseñando las mezclas, de acuerdo con los utensilios que tenían. Insistía en que durante el verano caluroso la leche había que hervirla por lo menos dos veces por día y no sacarla del fuego al primer hervor, sino dejarla unos quince minutos. En esa época del año era importante intercalar, con las mamaderas, pequeñas cantidades de té administrado por cucharaditas. Hidratar, hidratar, hidratar era el secreto. Les explicaba la necesidad de mantener a los niños con poca ropa, casi desnudos —al revés de lo que hacían— y la necesidad de limpiar las mamaderas y las ollas correctamente, evitando las moscas dentro de lo posible. Les insistía en que ni bien comenzara la diarrea había que suspender toda comida y darles té y agua hervida en abundancia y acudir a la consulta inmediatamente para que el médico aplicara el tratamiento antes del desastre. A cada madre que instruía, le pedía —casi le imploraba que enseñara lo que había aprendido a sus amigas y vecinas para proteger a los demás niños. Así comencé la educación sanitaria a nivel popular, atacando la causa principal de la alta mortalidad infantil que había observado.

Por otro lado, había advertido algo muy común en esos medios rurales: la presencia de comadronas que se ocupaban de la atención de los partos de las clases menos pudientes. Como lógica consecuencia, atendían también a los lactantes en los primeros días y semanas de vida. Algunas, además de comadronas, tenían algo de curanderas y así el empacho, el mal de ojo y algún otro gualicho que cuadrara pasaba por sus manos. Las había analizado en profundidad y había poco que objetar a su actividad; de alguna manera, su experiencia ayudaba a bien parir a esas pobres mujeres y su acción curanderil pocos perjuicios producía. No existía en la zona el curandero famoso que, en algunas regiones rurales e inclusive en las grandes ciudades, llega a tener prestigio desmesurado, y que, entonces sí, produce más daño que beneficio entreteniéndolo a los pobres con curas milagrosas, que sólo son efectivas en los pacientes con males imaginarios de orden psíquico más que somático. En aquel medio pienso que han sido y siguen siendo útiles y en una o dos sesiones son capaces de terminar lo que al psicoanalista en las clases cultas le lleva meses o años. Pero lo imperdonable es que entretienen a enfermos que necesitan de real tratamiento médico, con lesiones graves donde muy poco pueden hacer; sólo consiguen, en la inmensa mayoría de los casos, que finalmente vayan al médico demasiado tarde.

Quizás y sin quizá, doña Irene era la más representativa de todas las comadronas. Debía de estar alrededor de los sesenta años, era petisona y muy delgada, yo diría que pesaba menos de cincuenta kilos. Había sufrido una parálisis facial severa que había dejado como secuela una desviación marcada de sus rasgos faciales hacia el lado del nervio sano, por tironeamiento de los músculos de la cara. Así, muchos la conocían como la Vieja Pico Chueco pues su delgadez afilaba los rasgos y su rostro pequeño había despertado el ingenio de algún paisano que así la había bautizado. Siempre llevaba un pañuelo negro atado a la nuca que le cubría su frente y su cabellera cana. Sus vestidos siempre negros o gris oscuro, llegaban hasta los tobillos y los aseguraba con una fajita a

la cintura pequeña. Vivía cerquita del pueblo. A una media legua, saliendo hacia el noroeste, está el camino que une Jacinto Aráuz a la ruta 35 pasando frente a la comisaría; a unos mil metros había un desvío hacia el norte y apenas pasando un bajo pantanoso, a la derecha, se encontraba su rancho de adobe rodeado de tamarindos. Tenía una amplia cocina y tres piezas, protegidas por una galería. Su familia de sangre era poca; nunca la conocí bien. Pero la otra familia, de muchachos y muchachas que había criado, sobrinas y sobrinos postizos los más grandes y nietas y nietitos los más chicos, era numerosa. Allí iban a parir las mujeres pobres, que eran la mayoría de su clientela, completada con algunas de trabajadores estables y alguna que otra de pequeños chacareros. Se encariñaba con los chicos y éstos, al encontrar afecto y ternura, que prodigaba a manos llenas, se le iban acoplando. Alguna madre soltera, de vez en cuando, le dejaba también su regalo. No faltaba de comer, pues criaba gallinas y pavos, y alguna vaquita le proporcionaba leche fresca. De cuando en cuando se carneaba algún cerdo. Además, la gente amiga y agradecida siempre arrimaba alguna cosa o dejaba algunos pesos, así como al pasar.

Yo la conocí a poco de llegar, en circunstancias que jamás olvidaré. Una tarde, ya entrando la noche, me mandó llamar porque una de sus parturientas no andaba bien. Al llegar me recibieron los perros, pues también tenía varios; los ladridos atrajeron a doña Irene, quien, al tiempo de aquietarlos, me condujo hasta una de las piezas. Allí, en un rincón, en cama de una plaza alumbrada por un farol a querosén, yacía una mujer no mayor de dieciocho o veinte años, rubia, de pelo lacio y de rostro regordete. Denotaba sumo cansancio. Doña Irene me informó que era primípara y que andaba con dolores desde la tarde anterior. Yo llevaba conmigo el maletín de partos, que había ido armando por mis experiencias anteriores. Le pregunté si tenía una chata y, como respuesta, me alcanzó una muy vieja que conservaba poco del esmalte original. Pedí agua y jabón para higienizar los órganos genitales, lo cual produjo cierta extrañeza, reflejada en la expresión de su rostro. Calcé mis guantes y al examinarla comprobé que la cabeza estaba bien encajada, con dilatación completa del cuello uterino. Lo que impedía la salida del niño era la pelvis ósea, pequeña en relación al tamaño de la criatura. Había signos inequívocos de sufrimiento fetal y materno. Le inyecté una pequeña dosis de hipofisina para incrementar las contracciones y traté de ayudar presionando desde el abdomen. Después de cada una de ellas el corazoncito del bebé se ponía muy lento, con no más de cuarenta pulsaciones por minuto. En un centro asistencial medianamente dotado se hubiera solucionado todo con una simple cesárea; sólo quedaba por hacer allí en esas condiciones, una sinfisiotomía.

La pelvis ósea está unida por delante al nivel del pubis por un cartílago y fuertes ligamentos, que se pueden incidir a punta de bisturí. En ese momento recordaba mi examen de Obstetricia. Antes de llegar mi turno un compañero exponía a mi lado, frente a Monteverde, maestro de la Obstetricia y extraordinario profesor, quien precisamente le había preguntado sobre sinfisiotomía. Mi amigo iba explicando las condiciones fetales y maternas que indicaban la necesidad de esa maniobra quirúrgica. Lo hacía con precisión; sin embargo, Monteverde insistía:

—Falta algo, falta algo.

Sorprendido, no sabía qué responder pues había enumerado todo lo conocido. Monteverde, que estaba recostado sobre la cama, se paró y en gesto demostrativo, ahuecando las palmas de sus manos las aproximó una a la otra y subiéndolas y bajándolas rítmicamente dijo:

—¡Condiciones hormonales del médico que la va a realizar!

¡Y cuánta razón tenía! Yo recordaba vívidamente entonces, en ese instante, la anécdota. ¡Evidentemente además de los conocimientos médicos había que tener cojones para decidirse! No quedaba otra alternativa. Le inyecté unos pocos centímetros de anestesia local en la piel y el tejido celular, tomé un bisturí filoso de punta y le expliqué a doña Irene la maniobra a practicar. Ella debía sostener, desde el otro lado de la cama, una de las piernas suavemente recogida desde la rodilla e iría separándola lentamente cuando yo se lo indicara; yo haría lo mismo con la otra pierna desde mi lado. Introduje el bisturí con el filo hacia arriba como en puñalada en medio del pubis, con movimientos de palanca fui cortando hasta llegar al ligamento superior. Lo retiré y lo introduje nuevamente, esa vez con el filo hacia abajo, hasta cortar el ligamento inferior, el más fuerte. En ese momento los dos tiramos hacia afuera desde las rodilla. Un ruido característico, como si algo se hubiera roto, me indicó que el pubis estaba separado. Hay que saber que por detrás está la uretra, conducto que desagota la vejiga y que, fácilmente, puede ser alcanzada por el bisturí si no se procede con cuidado y que la separación debe ser hecha con precaución para no producir desconexión y fractura en la pelvis. Con la sinfisiotomía ganamos los centímetros necesarios para que el niño pudiera salir de su encierro y, en un par de contracciones, el parto se produjo sin inconveniente. Doña Irene descolgó de un clavo en la pared uno de los varios trozos de hilo de distintas clases y tamaños, que iba coleccionando de los envoltorios de almacén o de la casa de ramos generales. Me lo ofreció para atar el cordón. La miré, entre sorprendido y disgustado, y sin decir palabra abrí un tubo con catgut cromado que yo llevaba en el maletín, até el cordón, lo corté y le apliqué una gasa con alcohol. La placenta fue extraída fácilmente. Volví a lavar con agua y jabón el periné, le pedí a la mujer que no se moviera y solicité una faja: me trajeron una de esas negras tan características de nuestros paisanos y con ella aseguré lo mejor que pude la pelvis. Les expliqué que por unos diez días no podría levantarse y que debía dormir boca arriba para facilitar la cicatrización. Una de las complicaciones de la sinfisiotomía es el dislocamiento de la pelvis ocasionando una marcha anormal, como pasos de pato, que podíamos evitar si tomábamos esos recaudos. Doña Irene me invitó a pasar a la cocina. Era mi costumbre permanecer siempre un largo rato para estar seguro de que el útero estaba bien contraído y no se producía alguna hemorragia. No acepté una ginebra que se me ofreció y sí un té caliente.

Doña Irene se sentó en un banco y apoyó su espalda encorvada en la pared. Cruzó sus piernas y confesó su admiración por lo que había visto. Aprovechando la ocasión le expliqué que era importante lavarse las manos con prolijidad antes de atender a la parturienta; que era útil lavarle los órganos genitales, que podía usar los piolines que tenía

colgados en la pared, pero que era mejor tenerlos en un frasco con alcohol para que no fueran causa de infección; que estaba bien lavar al niño pero sin jabón, sólo una enjuagadita. Por sobre todas las cosas, que cada vez que aceptara atender un parto me llamara. Yo revisaría la parturienta y la dejaría en sus manos si todo andaba bien. De esa manera evitaríamos problemas y nos ayudaríamos mutuamente. Le repetí varias veces que yo estaba a su entera disposición para lo que mandara. Iniciamos así una amistad que se mantuvo a través de los años y con su influencia pudimos mejorar la asistencia materno infantil. Doña Irene, como tantas otras comadronas, aprendió el abecé de la obstetricia y el cuidado y la alimentación correcta de niños y lactantes y lo desparramó a los cuatro vientos.

A veces, después de una lluvia importante, el pantano que estaba casi frente a su casa se hacía intransitable y entonces iba a buscarme en su sulky. Era agradable salir al trote cansino y conversar de tantas cosas simples, entremezcladas con los últimos chimentos. Doña Irene era hipertensa, así que de vez en cuando la controlábamos y la medicábamos con las muestras gratis que los visitantes médicos nos entregaban en cantidad. En ocasiones amenazaba con pagarnos la visita. Una vez me trajo una pavita que había engordado con esmero y con dolor aceptó, de mala gana, que no se la recibiera pues insistí que ella y sus protegidos la necesitaban más que yo. Semanas más tarde, una mañana tempranito, al salir de casa encontré en el zaguán una bolsa con un pavo dentro, ajada así como al descuido, sin ninguna inscripción. “Seguro, son cosas de doña Irene”, malicié. Mi primer intención fue devolverla, pero razonando, acepté que debía darle la satisfacción de expresar su gratitud. En nuestro posterior encuentro le comenté sin darle mayor importancia:

—¿Sabe doña Irene?, la otra mañana me encontré de regalo un pavito en mi zaguán. ¡Quién sabe quién lo dejó! Lo que sí, tengo que reconocer que nunca saboreé un pavo tan rico. ¡De seguro la persona que lo trajo lo cuidó con cariño y lo embuchó con grano del mejor!

Una sonrisa socarrona inundó su rostro y al tiempo que lo escondía entre sus hombros me contestó, musitando:

—Vaya a saber, mi doctor.

Yo quiero rendir aquí mi homenaje a doña Irene y a las otras comadronas que nos ayudaron con su esfuerzo. Fueron parte de la tarea docente que íbamos ejecutando y cumplieron un rol trascendente a nivel de la comunidad.

El verano no sólo tenía de característico la llegada de la diarrea infantil. La cosecha ponía en escena, por ejemplo, a la tarántula, esa araña pequeña y renegrida con una manchita roja en el dorso que generalmente, buscando quizás el fresco y la humedad de las bolsas apoyadas en el suelo, estaba allí al acecho. Los paisanos y changarines eran picados en general al movilizar el cereal. Su picadura no era muy molesta, pero a las pocas horas violentos dolores sacudían la mayoría de los músculos esqueléticos, en especial, los de las extremidades y el dorso. Era inaguantables y los paisanos llegaban gritando desesperados al consultorio. Los más atacados padecían de algún grado de distensión abdominal, con disminución de la cantidad de orina. No había tratamiento

específico; dosis altas de calmantes, vitamina B, y buena hidratación contribuían a la mejoría del cuadro clínico que duraba pocos días.

En esa época también eran comunes los accidentes por las tareas propias de la cosecha. La mayoría —hematomas, desgarramientos, heridas cortantes y entre los changarines, en especial en los novatos, lesiones de piel a nivel de los hombros y del cuello ocasionadas por las bolsas de cereal— podía solucionarse localmente. En cosechas abundantes como la de aquel año la estación del ferrocarril cambiaba su fisonomía y una vez llenados los galpones, las estibas se iban sucediendo a lo largo de las vías, perfectamente alineadas, como murallas dividiendo al pueblo.

Pero lo que más alteraba la fisonomía de Jacinto Aráuz era la llegada de mano de obra forastera. Desde el norte, en especial de Córdoba y Santa Fe donde las sementeras maduran en octubre y noviembre, llegaban a realizar su segunda cosecha en trenes o camiones. Todavía les quedaba la oportunidad de intervenir en una tercera, la de la sal, que comenzaba inmediatamente después de la de cereales. En general eran buenos trabajadores, algunos acudían con su mujer y sus hijos. Aprovechando los buenos jornales, ya que se pagaba por tanto y no por día, solían acumular dinero para el resto del año.

Desde el sur aparecían los chilenos y debo confesar con dolor, que eran de inferior calidad, no sólo para el trabajo sino porque la mayoría dejaba su dinero en los boliches, consumidos por el alcohol. Algunos eran agresivos y pendencieros y así, en ese tiempo, las disputas y heridas de arma blanca solían alterar la vida extremadamente pacífica de Jacinto Aráuz. Una noche fueron a buscarme para atender a un herido. Aleccionado por Rachou, que me había prevenido, les indiqué que primero debíamos pasar por la comisaría. Acompañados por un sargento encontramos tendido en el suelo, boca abajo, a uno de esos chilenos. Al darlo vuelta, su abdomen abierto en forma transversal por tremenda puñalada dejaba ver los intestinos fuera del vientre. Lo trasladamos al consultorio. Una vez más estaba frente a un paciente a quien yo podía operar. Sentía el deseo profundo de hacerlo y revivir algunas de las intervenciones de urgencia en el Policlínico. Pero no contaba con los mínimos recursos. Lavé las asas intestinales varias veces con suero fisiológico, previa sedación del paciente con calmantes endovenosos. Con ayuda de algunas compresas volví a introducir las vísceras, que quedaron así, retenidas en su abdomen. Por suerte, ninguna arteria importante había sido seccionada y la pérdida de sangre no era de importancia. Lo fajé con unas vendas anchas, le coloqué suero endovenoso con gran cantidad de antibióticos y organicé su traslado a Bahía. Al día siguiente el comisario me informó que ya había detenido a uno de sus compañeros, autor del hecho. Como tantas otras veces, la discusión trivial y el exceso de alcohol habían terminado en una tragedia.

Con tiempo seco, las tareas de recolección de granos se cumplían sin grandes problemas. Quizás ese es el único período del año en el que el chacarero no desea las lluvias pues entorpecen su tarea. Además, lavan los cereales que pierden peso específico y calidad. Si todo seguía de esa manera para antes de Navidad la cosecha estaría terminada. Mi trabajo entonces era más intenso; había perdido noción del tiempo pues

siempre tenía que estar listo, día y noche, al servicio de los enfermos. Apenas si los domingos por la tarde tenía un poco de descanso pues seguramente en la mañana debía atender algún paciente. ¡Hay que haber vivido con intensidad la alegría de esos pueblos durante los años de buena cosecha para entenderla! Todo el mundo se contagiaba de una u otra manera. Todos estaban ligados a ella. Los anticipos del banco, de la cooperativa o de las casas de ramos generales a los chacareros, incentivaban el comercio y el trabajador recogía más dinero que en el resto del año. Si bien algunos lo derrochaban sin sentido en los boliches, otros lo empleaban correctamente comprando ropa necesaria, arreglando la casa, poniendo piso de ladrillo a la cocina o al dormitorio, mejorando los adobes, revocándolos, colocando vidrios que faltaban, reparando el sulky o cambiando el caballo si el que tenían se estaba poniendo viejo. ¡Y hasta salvaban algún pesito para el invierno, como la hormiga!

Pero toda esa alegría estaba empañada por el deterioro de Rachou. Todos eran testigos de cómo su mal avanzaba. Todo el pueblo padecía con él. ¡Se lo amaba tanto, que su sufrimiento era el sufrimiento de todos! En cada consulta, en cada visita a domicilio o a las chacras todos preguntaban por él. Como sabían que yo lo veía diariamente debía explicar infinidad de veces lo que estaba ocurriendo. Todo eso no hacía más que exaltar mis sentimientos hacia Rachou. Perdía peso y apetito y estoicamente se refugiaba en el mate y el cigarrillo. Generalmente lo encontraba en la cama leyendo el diario llegado desde Bahía Blanca o, a veces, algún libro. En ocasiones, a pedido de su mujer, trataba de hacerle ingerir algún alimento, alentándolo para que siguiera luchando. Me dejaba hablar y casi no respondía. Pienso que se daba cuenta de la esterilidad de los tratamientos realizados y resignadamente aceptaba su destino. En los últimos días en Jacinto Aráuz sólo ingería líquidos. Era difícil explicarle a su mujer todo lo que acontecía y mintiendo trataba de aliviar sus penas. Por decisión de la familia resolvieron llevarlo nuevamente a Buenos Aires e intentar lo imposible. La noche antes de su partida charlamos largamente, no terminaba de aconsejarme y guiarme remarcando mis obligaciones hacia sus pacientes, a quienes seguía amando y, en cierta manera, protegiendo. Nos estrechamos la mano largamente, nos miramos a los ojos sin hablar y a pesar de decirnos “hasta la vuelta” los dos sabíamos que esa era la última vez que sentiríamos, a través de nuestras manos apretadas, toda la profunda amistad y el afecto que mutuamente nos profesábamos. Rachou murió en Buenos Aires el 1° de enero de 1951. Al llegar la noticia de su muerte sólo pensé que se había ido un hombre excepcional, íntegro, transparente, que había vivido siempre para sus pacientes más que para sí mismo y que mi obligación era seguir sus pasos y completar la tarea, creando el centro asistencial que tanto necesitábamos.

V LA FORMACIÓN DE LA CLÍNICA

Con la desaparición de Rachou mi responsabilidad ante la comunidad de Jacinto Aráuz se había acrecentado. La tarea diaria seguía desnudando las falencias sanitarias y la impotencia en que se desarrollaba mi trabajo. Había que cambiarlo todo, pero si no quería fracasar debía planearlo con precisión y entender que debía hacerlo progresivamente, con paciencia. Además, mis medios económicos eran escasos y provenían únicamente de mi trabajo. Un año de buena cosecha había incrementado las entradas y permitido ahorrar algo de dinero, al cual le daba un solo destino: la medicina. Seguíamos viviendo con modestia en nuestro hogar, que íbamos completando poco a poco. Excepto los gastos propios de manutención, reducidos casi siempre por la gratitud de la gente que nos regalaba huevos, manteca, queso, pollos, pavos, chorizos y, en el verano, alguna fruta de estación, no había, ni aunque nos propusiéramos, en qué gastar el dinero. Con los primeros pesos compré un auto —un Chevrolet 34— en buenas condiciones a pesar de sus años. Con unas pocas reparaciones el “chivo” —así lo habían bautizado— cumplía su cometido a satisfacción. No había camino que se le opusiera, andaba tanto en el barro como en la arena, con la precaución de proteger el distribuidor, envolviéndolo en pedazos de cámara vieja para que no se mojara al pasar algún pantano. Fue mi compañero durante varios años y sólo lo cambié por un Chevrolet 38 cuando el pobre, de tanto sufrir, estaba tan destartado que hubo que pasarlo a retiro. Sólo una vez me dejó clavado en medio de un médano.

Dentro del plan que me había trazado lo primero y primordial era convencer a Munuce que debía renacer en él el bioquímico experimentado que había quedado casi en el olvido envuelto por la mediocridad del medio. Lentamente, fue rearmando su laboratorio y, al poco tiempo, análisis de orina, recuento y fórmula de los componentes sanguíneos, urea y glucemia eran otra vez avanzadas importantes que ayudaban en forma significativa al quehacer médico. Yo estaba en lo cierto. Munuce sabía mucho más de lo que demostraba su innata modestia y sencillez y, en pocos meses, contábamos en Aráuz con un laboratorio eficiente. Para que se tenga idea de su capacidad lo que relataré sirve de muestra. Un mediodía me llevaron a ver a un chico de unos diez años que sangraba bastante por su nariz. En un principio parecía un episodio banal, tan común entre los niños; pero, al examinarlo, comprobé algunos hematomas, especialmente en las piernas, que su madre también había observado en los últimos días. Como la hemorragia nasal era significativa, le hice un buen taponamiento y apliqué los anticoagulantes clásicos que se usaban en aquellos tiempos. Me llamó la atención que al pinchazo de la inyección, sangraba más de la cuenta y había que mantener cierta presión para detener la salida de sangre. Pensé que podía tratarse de una leucemia aguda no obstante que no se palpaban ganglios por ningún lado. La hemorragia cesó con los taponos, pero por la tarde

comenzaron a sangrar las encías. Le pedí a Munuce que hiciera los análisis de rutina y en la noche fui a la farmacia, como lo hacía siempre.

—Me parece que estamos frente a una púrpura trombocitopénica de Werholf —me dijo— no existen casi plaquetas en los preparados.

Las plaquetas son los elementos sanguíneos que sirven para ayudar a la coagulación. Miramos juntos los extendidos en el microscopio y me fue explicando el porqué de su diagnóstico. Lo que quedaba por hacer —y lo hicimos juntos— era una transfusión para reponer la sangre perdida pero, fundamentalmente, para agregar plaquetas a su torrente sanguíneo y enviarlo rápidamente a un centro especializado. Se lo mandamos al doctor Bergna, distinguido hematólogo platense, que confirmó el diagnóstico y trató al chico adecuadamente. En carta posterior, Bergna destacaba el haberse realizado un diagnóstico de tal naturaleza en Jacinto Aráuz.

Ese y otros éxitos hicieron que Munuce se sintiera renacido y se transformara en un colaborador indispensable. Además todo se conocía en el pueblo y cuándo no, en circunstancias como ésa, deliberadamente yo lo comentaba en especial con los maestros o en la cooperativa, con la seguridad de la difusión posterior.

—¡Se dan cuenta el diagnóstico que se mandó don Juan!, creo que debemos estar orgullosos y quedarnos tranquilos, sabiendo que su trabajo tiene calidad y precisión.

Era importante que la gente tomara confianza porque algunos, por ahí al indicarles análisis, insinuaban si no era mejor ir a algún laboratorio de Bahía Blanca para mayor seguridad.

La casa donde vivíamos podía transformarse en una clínica, a poco que se la analizara. Disponía de tres amplias piezas donde fácilmente podíamos colocar nueve o diez camas. El hall, amplio y con buena iluminación, podía ser la sala de cirugía y hasta se lo podía dividir para dedicar cierto espacio a la futura sala de rayos. Era necesario, pues, buscar otra casa para nuestro hogar. Las viviendas eran escasas en Jacinto Aráuz pero tuvimos la suerte de que el gerente de la cooperativa agraria decidiera trasladarse definitivamente a Bahía Blanca. En cuarenta y cinco mil pesos pudimos comprar su casa, lógicamente a plazos pues estábamos lejos de disponer de semejante cantidad para la época. Don Pedro Grand nos facilitó parte del dinero para los pagos iniciales. Como dueño de la casa donde pensaba instalar la clínica, don Pedro conocía todos mis proyectos y los apoyaba. A fuerza de trabajo y administrando su chacra con esmero había acumulado cierta fortuna. Poco comunicativo, seguía viviendo humildemente, lo cual le había creado fama de amarrete. Sólo conociendo los sufrimientos por los que había pasado, junto a los demás colonos, se lo podía interpretar.

La compra de esa casa significó tener algo propio por primera vez en mi vida. Tenía pocos años de construida y era pequeña: un hall de entrada, cocina, comedor, baño, dos habitaciones y un garaje para el auto; en la parte posterior un lavadero, un parral y un amplio terreno para la huerta y el gallinero. Su ubicación era importante, pues mientras la futura clínica estaba en el sector menor, la nueva casa se encontraba en el sector mayor, al lado del correo y a media cuadra de la plaza. De esa manera pertenecería a los dos sectores del pueblo, en forma gráfica, al Club Villa Mengelle y al Club Independiente,

centros deportivos que simbolizaban la rivalidad existente. Parecerá trivial pero no lo era para la psicología pueblerina y la tradición enraizada en la mente de sus habitantes.

A fines del '51 nos mudamos a nuestro nuevo hogar y comenzamos la tarea de remodelar la clínica. Don Pedro se ocupó de mejorar la parte edilicia: remozar el frente, renovar la vereda, colocar capa aisladora por la humedad, revocarla a nuevo y pintarla. Dividimos el vestíbulo con tabiques de madera quedando una pequeña habitación conectada al consultorio para un futuro equipo de rayos X y una más grande para la sala de cirugía. Los medios económicos no eran abundantes, así que había que distribuirlos de acuerdo a prioridades. Las camas las compramos en el cambalache de Rivoir; eran las clásicas camas de hierro redondo hueco, simples pero fuertes. Elegimos las mejores, algunas hasta con algún adorno de bronce. La mayoría de los elásticos estaba en buenas condiciones; los hicimos estirar y los pintamos con pintura plateada antioxidante. Lijamos las cabeceras y pieleros con ayuda de Carlos y previa aplicación de una mano de base, los pintamos con esmalte marfil. Los colchones resultaron muy baratos, pues la lana abundaba en la zona y las mesitas de luz y algunas sillas las construyó Mezzano, el carpintero. Mi mujer colaboraba en esa tarea y, con mejores conocimientos que los míos, se ocupaba de comprar sábanas, frazadas y colchas a medida que disponíamos de dinero. Había que adquirir también los utensilios de cocina, vajilla, bandejas de cama y útiles de limpieza. Bautista Riolfo colocó la instalación de luz y las perillas con timbres para que los enfermos pudieran llamar. Así, con el esfuerzo de todos, la clínica iba tomando forma.

Lo más importante, por el desembolso económico que suponía, era la instalación del equipo de rayos X. Para ello me conecté con la casa Philips, viajando a Bahía Blanca ida y vuelta en el día para demorar el menor tiempo posible. Expliqué al gerente de la sucursal todos mis proyectos, quizá con demasiado entusiasmo. Me escuchó con atención y, desde ese día, se transformó en colaborador y propulsor de mis ideas. La falta de dinero la subsanó con un crédito. A los pocos días, llegó desde Buenos Aires un técnico que hizo el análisis de la situación. Lamentablemente, sus informes no fueron muy halagadores. Sabíamos que la usina estaba muy deteriorada. El block del motor tenía una rajadura que había sido reparada en varias oportunidades con escaso resultado, lo que le restaba cierta potencia. Además, generaba corriente continua que obligaba a instalar en la clínica transformadores adecuados que significaban nuevas erogaciones. A su llegada, lo había puesto en contacto con Riolfo que lo asesoró en todo lo concerniente al servicio eléctrico local.

Por la tarde, cuando analizamos las características del equipo a instalar, el técnico me confesó su admiración por Bautista y me adelantó que podría ocuparse de todo lo concerniente a las instalaciones. Sin ninguna duda estaba en lo cierto. Bautista era una de las personas más inteligentes de Aráuz. Si bien, básicamente, era electricista, se ocupaba de todo. En su pequeño taller —una simple pieza a la calle conectada con otra algo más chica, que servía de dormitorio— se podía encontrar, en medio del desorden, lo que uno se propusiera: desde los más variados artefactos eléctricos hasta motores, relojes, revólveres, escopetas, radios e infinidad de objetos de los más diversos orígenes. Todo

aquel que tenía un problema relacionado con cualquier tipo de aparato, iba a lo de Bautista sabiendo que, si lo dejaba, sólo Dios sabía cuándo lo recuperaría, pues el pobre lo aceptaba todo, no obstante estar siempre tapado de trabajo. Además, era eximio cosedor y en los años de cosecha era de los primeros en conchabarse. En realidad, el salir al campo y durante unas semanas estar expuesto al sol y al viento era como tomarse unas vacaciones; volvía tostado y rejuvenecido. Asiduo lector, tenía una cultura elevada para el medio en que actuaba. Era el único socialista en la zona y recibía de vez en cuando *La Vanguardia*. En el fondo era un romántico que vivía, o mejor dicho, se desvivía por la comunidad a la que estaba integrado. Casi nunca cobraba su trabajo; había que pedir la cuenta infinidad de veces hasta que, por último, creo que con algo de vergüenza, se animaba a pasar las facturas de su tarea. Siempre andaba desaliñado, la mayoría de las veces sin afeitarse por días. Su figura característica era parte definida del pueblo. Se lo podía ver en su bicicleta de cubiertas anchas, escalera al hombro, lo que resaltaba aún más su pequeña joroba. Su cocina era un calentador Primus a querosén donde, de cuando en cuando, preparaba algún alimento.

Si alguna reparación había que hacer en nuestra casa pasaba a buscarlo alrededor del mediodía. Era la excusa para invitarlo a almorzar. Había que exigirle para que se quedara y sólo después de mucho rogarle, su sencillez y su humildad eran vencidas. ¡Qué satisfacción me producía el retenerlo por un rato y disfrutar de su compañía! Para describir la profundidad de su alma basta lo siguiente. Al adquirir el segundo equipo de rayos el gerente de Philips en Bahía Blanca me ofreció a precio de costo un combinado holandés que me impactó por la fidelidad del sonido. Enamorado desde siempre de los clásicos, acepté la oferta con el compromiso de pagarlo cuando dispusiera de dinero. Al poco tiempo de recibirlo dejó de funcionar abruptamente. Al día siguiente por la noche recurrí a Bautista. Llegó con una serie de herramientas, aceptando el desafío. Desde un sillón lo veía hurguetear, sentado en el suelo, pues el tocadiscos estaba en la parte baja. Al final encontró lo que a su entender constituía el problema. Soldó un cablecito y después de volver a poner todo en su lugar me pidió un disco que elegí al azar entre los que formaban nuestra colección. Lo colocó y comprobamos que nuevamente el combinado funcionaba a la perfección. En pocos minutos me di cuenta de que el rostro de Bautista cambiaba y que las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos claros. Intentó disculparse. Le pedí que siguiéramos escuchando. Con profunda emoción, el cuarto movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven en la clásica versión de Toscanini, me pareció más hermoso que nunca. Al terminar, permanecimos un rato en silencio.

—Perdone don René, pero nunca escuché música como ésta.

Confirmaba lo que tantas veces había sostenido discutiendo con Romero Brest, nuestro profesor de Historia del Arte en el Colegio Nacional: “El arte, cuando es arte, no necesita explicaciones”.

En las zonas vecinas a Jacinto Aráuz se podía encontrar transformadores usados y baratos, pues varias poblaciones habían instalado nuevos equipos de corriente alternada. Con seguridad —y así ocurrió— Bautista los adaptaría correctamente. El técnico de Philips me aconsejó que empezáramos con un equipo pequeño, que me permitiría

efectuar radioscopias, radiografías de tórax y radiografías óseas para atender a los accidentados; luego, si la práctica y sobre todo la situación económica lo permitían, que instaláramos un equipo completo. La cristalización de esa etapa importante de nuestro proyecto llevó algunos meses. Compré a la familia de Rachou todas las existencias de su consultorio. La camilla de exámenes fue transformada en una buena mesa de operaciones. Le hicimos las modificaciones necesarias para dotarla de los movimientos que se requieren durante la operación y al cabezal le adaptamos un arco semejante al que había diseñado en mi época de practicante en la sala XIII. Originariamente, la camilla tenía las prolongaciones necesarias para exámenes ginecológicos y con pocos aditamentos permitiría la asistencia de partos y operaciones ginecológicas. Todas esas innovaciones podían realizarse allí, pues Jacinto Aráuz contaba con buenos artesanos. Mi experiencia anterior, trabajando con mi padre, daba también sus frutos. Las mesas de instrumental las hicimos con Mezzano en su carpintería mecánica, semejantes a las que había visto en el Rawson cuando asistía a las sesiones de postgrado de Ricardo Finochietto.

La clínica iba tomando forma, quedaba por resolver el problema quizás más acuciante: el personal auxiliar. Después de analizar las diversas opciones, entre las que estaba llevar gente formada desde Bahía Blanca, resolví entrenar mi propio personal. Pensé que necesitaba de alguien que viviera permanentemente en la clínica y nadie mejor que doña María Forestier, la más capacitada de las comadronas. Era una mujer cincuentona, alta, fornida y musculosa. Más que valdense parecía vasca. Estaba casada con un jubilado del correo, lleno de bondad, muy apreciado en la comunidad a la cual había servido durante tantos años. María atendía los partos de la clase media —si es que clase media existía en Aráuz—; además, recibía pacientes en internación que provenían de las chacras vecinas y que por indicación del médico debían quedarse en el pueblo, donde no tenían parientes. María sabía aplicar inyecciones y hacer curaciones. Después de mucho conversar, la convencí de que aceptara mi oferta. Debía instalarse en la futura clínica para lo cual podría utilizar la última pieza, después de la cocina. Sería la encargada, lo cual significaba que tendría que ocuparse de todo: ayudar en el consultorio, ser responsable de la sala de cirugía, esterilizar y preparar todo lo concerniente a la misma, atender a los internados y, para completar sus obligaciones, cocinar para todos. Lógicamente tendría ayuda para la limpieza y lavado de la ropa. De acuerdo con el trabajo, se iría tomando el personal necesario. Le ofrecía casa, comida y un sueldo mensual. Su marido podría dedicarse, fundamentalmente, a los mandados y de alguna pequeña reparación. Mi elección fue acertada. Como dirían los paisanos, era una “burra de trabajo”; de la mañana a la noche lo hacía todo. Y todo bien. No obstante, yo vigilaba personalmente lo concerniente a la sala de cirugía, en especial la esterilización. María fue el primer eslabón de enfermeras que se formaron a nuestro lado.

Quedaba todavía el problema de la anestesia. Pensaba que debía comenzar con casos sencillos, esperando la llegada de mi hermano que lo cambiaría todo. La anestesia local y la raquídea serían suficientes para la mayoría de los casos. Manejaba bien la primera pues la había aprendido en el Rawson, donde Ricardo Finochietto insistía en que todo cirujano que se preciara de tal debía conocerla en profundidad. La raquídea, por

Christmann y su escuela. La simplificación y estandarización de las técnicas quirúrgicas permitían realizar la inmensa mayoría de las operaciones con su ayuda. Pero era indiscutible que necesitaríamos anestesia general, especialmente para casos de urgencia. Una de mis primas, Tita, era sin duda una médica frustrada. Ya recibida de maestra, no había podido convencer a sus padres de continuar estudiando medicina. Después de persuadir a tío Manolo —su espíritu tradicional y conservador fue vencido por nuestros argumentos—, aceptó entusiasmada mi proposición de pasar unos meses en el Hospital Policlínico de La Plata, aprendiendo los fundamentos de la anestesia general. Así pudimos contar con su ayuda inestimable. Tita se desempeñó correctamente y nos solucionó más de un apuro. Todo estaba preparado para el lanzamiento. Lentamente, todo se había ido concretando. Siempre recordaré cuando los cajones con el aparato de rayos fueron descargados en Aráuz. Llegaron embalados directamente desde Holanda con inscripciones en inglés y la gente se acercaba a mirarlos, entre sorprendida y entusiasmada. Tener rayos X era una utopía que para los desconfiados nunca se concretaría. Yo —por qué no decirlo— me sentía orgulloso. El técnico de Philips viajó desde Buenos Aires. Riolfo había preparado las instalaciones con los transformadores y en aproximadamente una semana pudimos empezar las pruebas, el viejo lavadero que estaba del otro lado de la pared divisoria, entre la casa y la huerta cerca del molino, sirvió de sala de revelado. Pintamos los vidrios de la ventana para evitar la entrada de luz, recubrimos todas las rendijas y vericuetos y de allí salieron las primeras radiografías obtenidas en el sudeste pampeano. ¡La ropa seguía lavándose sin inconvenientes no obstante las modificaciones!

Quedaba por adquirir el instrumental quirúrgico. A pesar de las deudas que se fueron acumulando y de los vencimientos mensuales, el trabajo seguía aumentando y contábamos con dinero suficiente. Escribí a varios de mis ex compañeros de hospital y uno de ellos, Ghilini, me reemplazó por corto tiempo. Después de atender dos o tres días juntos y explicarle las tareas más importantes que debía realizar, insistiendo que ante la menor duda enviara a los pacientes a Bahía Blanca para evitar complicaciones, con mi mujer tomamos el tren que transbordando en Santa Rosa, nos llevaría a Buenos Aires. Las lluvias habían empezado a escasear, la seca era bastante prolongada y llegamos a Santa Rosa cubiertos de tierra pues nos tocó un día de Pampero. La arena se infiltraba por todos lados. Hay que recordar que por aquellos años los trenes eran bastante precarios. El tramo de Jacinto Aráuz a Santa Rosa, en especial cerca de General Acha, se transformaba en un infierno pues los médanos eran fácilmente barridos por el viento. Después de pasar dos días con nuestros familiares en La Plata, nos instalamos en Buenos Aires y, poco a poco, fuimos adquiriendo lo que necesitábamos: estufa y autoclave para esterilizar, con sus tambores y cajas metálicas, equipo de anestesia e instrumental necesario para cirugía de urgencia y para las operaciones que me proponía realizar en esa primer etapa. Revisamos las listas que habíamos preparado con tiempo —en innumerables ocasiones— para no olvidarnos de nada. Durante las noches aprovechamos para ir al cine o al teatro y así gozar en parte de ese descanso obligatorio.

Mi hermano progresaba satisfactoriamente en sus estudios y en aproximadamente un

año más se graduaría. Había tenido la suerte de ingresar por concurso al internado del hospital; su capacitación sería semejante a la mía. Se entusiasmaba cuando le relataba la práctica de esa medicina rural tan diferente y las oportunidades que tendría para aplicar sus conocimientos. Antes de regresar fui a visitar a mis maestros y condiscípulos al hospital. Si bien me emocioné ya no lloré. En el fondo ansiaba regresar cuanto antes a Jacinto Aráuz; estaba convencido de que mi decisión había sido la correcta.

Entendía como fundamental la participación de la comunidad en todo el proyecto; nada lograría si no comprendía mis propósitos y si no elevaba su nivel cultural, en relación con la medicina. No quería una clínica en medio del desierto. Pretendía, a través de ella, servir a toda la comunidad y para ese fin necesitaba de su cooperación. Era imprescindible cambiar muchas de las ideas que habían prendido desde lejos en el espíritu de sus pobladores. Para ello era importante utilizar, en el buen sentido de la palabra, los elementos destacados de esa comunidad. En el primer nivel estaban los maestros, no sólo los que ejercían en la escuela del pueblo sino aquellos que estaban dispersos en las zonas rurales. En poco tiempo los conocí a todos. Sentía por ellos un gran respeto y siempre me negué a cobrarles un solo centavo, o a llenar las papeletas de su obra social. La tarea que cumplían y siguen cumpliendo es de tanto valor que no me cansaré de agradecerles lo que han hecho y hacen por nuestra niñez. Con sueldos miserables, viviendas inadecuadas, muchos de ellos enterrados en el monte, sin medio de movilidad la mayoría de las veces, y socorridos por los vecinos, cumplen su deber con abnegación, decencia y estoicismo.

Para describirlos quizá lo mejor sea recordar al matrimonio Guiñazú. Vivían a más de dos leguas del pueblo, en el camino que llevaba al lote 15 y al lote 6. Habían llegado de San Luis hacía ya tantos años, que habían perdido la cuenta. Con la ayuda de todos los chacareros de su zona de influencia, mantenían la escuela bien cuidada, limpia, con revoques y pinturas que decían del esfuerzo comunitario, pues poco se podía esperar del gobierno central. Su casa modesta estaba llena de recuerdos de los años pasados, incluyendo los de sus tres hijas perdidas en edad temprana por deficiencias congénitas. Habían enseñado a tres generaciones de pampeanos y había que ver el respeto que todos les profesaban. Chacareros grandes, con nietos, seguían llamándolos señor Guiñazú o señora Guiñazú. Habían enseñado no sólo a leer y escribir sino también a comportarse, tener modales, respetar a los mayores, querer a sus semejantes y por sobre todo a tener inmenso amor a la patria. Solíamos acompañarlos el 25 de mayo o el 9 de julio cuando todos se juntaban —abuelos, padres y alumnos— alrededor de la bandera a entonar el Himno con unción y fervor. La cooperadora se ocupaba de los más pobres, pidiendo donde podía, calzado, ropa, leche, café, harina, fideos y arroz.

Don Carlos Guiñazú sufría de enfisema y su insuficiencia respiratoria hacía que casi de continuo requiriera asistencia médica. ¡Las veces que habremos ido a la escuela para atenderlo! Al menor resfrío o estado gripal sus molestias aumentaban y le era penoso mantener una buena respiración. Doña Dalinda lo cuidaba con cariño y después de mucho padecer se recuperaba y seguía con sus tareas. Si a veces le insinuaba que era tiempo de retirarse me contestaba:

—¿Para qué? Aquí hemos pasado los mejores años de nuestras vidas, hemos sido testigos de parte de la historia de Jacinto Aráuz. Estamos llenos de amigos y de alumnos agradecidos. Tenemos que seguir con nuestro destino.

Y sus destinos eran los destinos de tantos maestros rurales, los mismos que ejercían en el lote 6, en La Juanita, en Traicó o en La Colorada. Hay que haber convivido con todos ellos para valorarlos y comprenderlos en profundidad. Fueron mis grandes colaboradores en la obra emprendida. Así como enseñaba a las madres y comadronas, así también a ellos les dedicaba mi tiempo, no sólo actualizándolos en lo referente al cuidado materno-infantil. Lo que más me preocupaba era la pérdida de tiempo que significaban las continuas salidas al campo y les pedía que insistieran en que la mayoría de los enfermos podía ser trasladada a la clínica, incluyendo los niños aunque tuvieran fiebre. No había que tener miedo a los enfriamientos y al pasmo, pero sí era importante ir al médico enseguida y no dejarse estar con cuidados caseros que, en general, eran más perjudiciales que beneficiosos, que hasta un fracturado podía entablillarse y les enseñaba cómo hacerlo. En una palabra, que se sintieran protegidos por la clínica y por sobre todas las cosas que entendieran que yo estaba al servicio de todos, sin diferencia de condición social; desde el estanciero al peón, todos serían atendidos por igual, como Dios manda.

Después de recordar con respeto a los maestros, no puedo dejar de mencionar a los niños, que concurrían a esas escuelas, a veces desde distancias inverosímiles. Los que pertenecían a las clases más acomodadas lo hacían en sulky o a caballo, pero estaban — la mayoría— los que tenían que caminar a patacón por cuadra y no todos correctamente vestidos y alimentados. ¡Cuántas veces los vi en las mañanas del crudo invierno pampeano, con temperaturas varios grados bajo cero, ir tiritando a la escuela, en mis andares visitando los enfermos!

Desde entonces he pensado que la solución está en escuelas hogares, que deberían estar diseminadas a lo largo y a lo ancho de nuestra patria, en las que el niño permaneciera durante la semana, bien alimentado, durmiendo en camas con sábanas limpias, recibiendo no sólo instrucción escolar sino aprendiendo a convivir, plantar una huerta, cuidar unas aves, ordeñar una vaca, limpiar y cuidar la escuela. Por sobre todas las cosas a terminar con los cuentillos de la historia barata para enseñarles sin tapujos la verdadera, que serviría, sin ninguna duda, a comprendernos y a encontrar los porqué y los cuándo que explicaran nuestro presente. De ese modo aprenderían desde pequeños a amar a sus semejantes, a entregarse un poco a los demás, a sentir como propio el bien común que el verdadero cristianismo enseña, sin descuidar el sano nacionalismo de amar a la patria, la misma que cantan con sapiencia, tradición y realidad nuestras zambas y vidalas.

Esto no sólo es necesario en las áreas rurales. Estoy convencido de que la única manera de rescatar y preservar a los hijos de la villa miseria es con escuelas hogares. ¿Qué podemos esperar de semejante promiscuidad que engendra el alcoholismo, el abuso sexual y el incesto, el robo, la riña y el asesinato? De ahí saldrán los resentidos sociales y el caldo de cultivo para doctrinas foráneas tan perjudiciales. En estos días en que tanto hablamos de la Universidad^[1], yo creo que hemos perdido el derrotero en cuanto a

prioridades en la enseñanza. Nos debería preocupar más la primaria y la secundaria —pues es en la niñez y en la pubertad cuando se forma el ciudadano del futuro— que la universitaria que si se la analizara en profundidad tendría que rendir cuentas al país por su ineficacia.

Las mismas ideas que iba inculcando a los maestros las conversaba con los empleados de las casas de comercio —en la cooperativa, en especial—, los dirigentes de los clubes deportivos, el comisario, el juez de paz, los representantes de las diversas iglesias y algunos jóvenes destacados de las zonas agrarias. Y no perdía la oportunidad de hacer docencia con cada uno de los pacientes. Siempre he creído que hasta el más tonto entiende su problema si se lo explica de acuerdo con su capacidad mental. Algunos médicos han inventado por ahí una serie de irrealidades que utilizan para no perder tiempo con su clientela: que la baja presión, que el estómago caído, que el riñón flotante, que el corazón cansado, que la culebrilla, que el intestino anudado. Si uno, por el contrario, le hace entender a sus pacientes cuál es el origen de sus problemas y si se ha cometido algún error lo señala, no solamente el enfermo colaborará con el médico, sino que adquirirá conocimientos que serán útiles para él y la comunidad.

Algunos ejemplos pueden aclarar estos conceptos. A un ulceroso para no perder tiempo se le podía decir:

—Mirá, vos tenés una úlcera en el estómago, cuidate un poco en las comidas y tomate estos remedios.

O si no, perder unos minutos y hacerle ver que la úlcera se debe a que el jugo del estómago es muy ácido, que él lo fabricaba en mayor cantidad y que eso se debía primero a los nervios y a las emociones.

—Vos habrás visto que cuando destetás los terneros se lo pasan balando por varios días; algunos se ponen muy flacos y otros pocos, hasta mueren. Bueno, algunos de esos mueren de úlceras agudas que llegan hasta sangrar, nada más que porque se separaron de la madre. ¿Te das cuenta de la importancia de las emociones? Así es que hay que tratar de evitarlas y serenarse. Además, mirá, el fumar, tomar café o mucho mate y el comer con mucho condimento produce gran acidez que empeora la úlcera.

Y así podría seguir y seguir.

A la madre que había llevado a su hijo con una peritonitis apendicular le remarcaba que ése no era un dolor de barriga cualquiera, que se fijara bien que una vez que había empezado a doler no había calmado, que seguía y seguía a pesar de los paños y cataplasmas que le aplicaba, que después el chico había empezado a vomitar y que la panza se había puesto dura y casi no se la podía tocar. Que el chico estaba grave, pero que si lo hubiera llevado enseguida la cosa hubiera sido más fácil. Igual lo operaríamos y haríamos todo lo posible por salvarlo y con la ayuda de Dios quizá todo andaría bien. Que recordara cómo había sido la cosa, porque como tenía varios hijos había que estar atenta y hasta enseñarle a la vecina.

Y a la mujer joven que llegaba llena de problemas, generalmente flaca, huesuda, con las venas saltonas y que nos refería que sentía palpitaciones y ahogos, que la comida le caía mal y que a veces sentía dolores en el pecho o en el abdomen, en vez de decirle que

todo eso se debía al estómago caído le explicaba que lo que refería lo sentían casi todas las jovencitas. Pero que en ella era más notable porque con seguridad su alma era más sensible que las otras —seguramente cuando se clavaba un alfiler le dolía más que a las demás o si refucilaba y había tormenta se sobresaltaba más que las otras— pero que no era nada para asustarse. Que poco a poco se normalizaría con algún remedio y se convencería de que no era nada malo, “a no ser que estés muy enamorada...” Y así podría llenar páginas y páginas para demostrar que es importante que el paciente conozca su problema y que, a través de la enseñanza individual, se pueden prevenir muchos males.

A todo eso agregaba las charlas que daba —y que después alternaríamos con Juan José— en el salón de la iglesia valdense para todos, protestantes, católicos y judíos, sobre adelantos en la medicina. Cada año seleccionaba los temas a través de las publicaciones médicas que recibía mensualmente y que traducía —digamos así— al lenguaje popular. No solamente los del pueblo concurrían; en auto, camionetas, sulkys o a caballo los chacareros se arrimaban con sus familias. El salón resultaba chico, atestado de gente deseosa de aprender. Les comentaba los progresos de la medicina y aprovechaba la ocasión para seguir inculcando conocimientos para el cuidado de la salud. Un largo pizarrón me ayudaba a graficar, con esquemas sencillos, los conceptos más importantes.

Otro de los problemas que tenía que resolver era el de la sangre. La experiencia me indicaba que las urgencias podían aparecer en cualquier momento, pero no eran tan frecuentes como para disponer de un banco estable. Decidí entonces la creación de lo que podríamos llamar el banco viviente de sangre. Una vez más utilizando a los líderes de la comunidad remarqué la importancia de tener, en especial entre los jóvenes, un grupo de personas con su tipo de sangre identificado, dispuesto a ir a la clínica al menor requerimiento. En poco tiempo tuvimos listas preparadas, con suficientes dadores como para quedarnos tranquilos. El espíritu solidario de los pampeanos se manifestaba una vez más; sabían cómo ayudarse unos a otros y se sentían cada vez más protegidos. Yo podía dormir tranquilo sabiendo que la sangre, elemento fundamental sin el cual la cirugía, la traumatología y la obstetricia de urgencia no podían realizarse efectivamente aunque se tuvieran todas las demás facilidades, estaba a mi alcance. El banco viviente de sangre funcionó desde entonces y muchas vidas pudieron salvarse con la colaboración de sus componentes. Por supuesto, todo se hacía sin costo para el paciente. ¡Estoy convencido de que conseguía sangre fresca en Jacinto Aráuz tan rápidamente como en la Cleveland Clinic de los Estados Unidos! Había dado un paso importante en la organización sanitaria proyectada.

La lluvia seguía escasa, si bien el pasto era todavía suficiente para el ganado por la correcta utilización de los rastros de los cereales cosechados; los campos naturales se veían raleados y, de seguir así, el temor a un mal año tenía bases sólidas. ¡Cómo para que todos empezaran a preocuparse, empezando por el médico con deudas hasta las orejas y vencimientos a pagar! Pero yo continuaba con mi tarea; de alguna manera saldría adelante. Además, sentía a los pampeanos cada vez más cerca de mis propósitos.

Lentamente, la clínica empezó a funcionar. El equipo de rayos, si bien limitado en su capacidad, rendía su frutos. Así, por ejemplo, pude atender correctamente al primer fracturado, un peoncito de Traicó que se había quebrado la tibia izquierda al costalar su caballo. Por suerte no había mucha separación y fue muy fácil tratarla con un yeso simple, desde la parte media del muslo. Las parturientas eran atendidas entonces, no solamente en condiciones higiénicas, sino con la tranquilidad que me daba el saber que, frente a cualquier complicación, tenía todos los elementos para afrontarla y para algunos casos clínicos que por su evolución necesitaban internación y asistencia médica continua.

Pero lo trascendente era empezar a operar. Fuimos preparando la sala de cirugía, analizando y repitiendo todas las maniobras que tendríamos que afrontar. El autoclave y la estufa funcionaban correctamente, pues así lo demostraban los cultivos que enviábamos a Bahía Blanca y que resultaban totalmente negativos. Contaba con el apoyo de Munuce que en sus viejos tiempos de estudiante había participado de las guardias de hospital, ayudando a operar en infinidad de circunstancias. Debíamos comenzar con casos simples, bien seleccionados y si era posible, utilizando anestesia local. Lo lógico era debutar con alguna extirpación de apéndice. Los candidatos fueron surgiendo. Yo les explicaba que teníamos todo organizado, que nada había sido librado al azar y que ciertamente pensaba que era tan seguro operarse ahí como en Bahía Blanca. Alguno tenía que tener el coraje de ser el primero y yo, una vez más, aceptaba toda la responsabilidad. Pensaba que iba a ser difícil convencer al primero, pero no ocurrió así. Se decidió muy fácilmente, con algo de sorpresa de mi parte. Quizás era la recompensa a meses y meses de trabajo honesto con dedicación exclusiva a mi tarea de médico, atendiendo a todos por igual, día y noche sin descanso. Me retribuían con la fe y la confianza en el centro asistencial que iba surgiendo lentamente.

Y así, en el mes de abril del '52 operamos, con intervalo de cuarenta y ocho horas, dos muchachos jóvenes, extirpándoles sus apéndices con anestesia local. Debo confesar que durante los días previos vivía tenso, casi sin dormir, a pesar de la gran experiencia quirúrgica acumulada en el Hospital Policlínico. Aparecían como fantasmas todas las complicaciones que podían sobrevenir. Además, de no resultar operaciones exitosas, todos mis sueños se esfumarían como sacudidos por el Pampero. No hay que creer que la extirpación del apéndice es siempre una operación sencilla. Puede ocurrir, por ejemplo que en vez de estar libre en la cavidad peritoneal unida por su base al ciego, se encuentre adherido, por detrás del colon ascendente, requiriendo la disección y separación de esa parte del intestino grueso antes de efectuar su extirpación. En otras ocasiones su localización es alta, hallándose por debajo del hígado y entonces es necesario hacer incisiones amplias de la pared abdominal para su abordaje.

Yo estaba preparado para realizarlas, pero no hubiera sido agradable debutar de esa manera. Por suerte, con la ayuda de Dios, todo se pudo ejecutar sin inconvenientes. Sedamos a los pacientes un poquito más de la cuenta, nos esmeramos en la anestesia local para suprimir todo dolor y fuimos abriendo los planos con cierta lentitud para efectuar prolijamente la hemostasia. La ligadura de la arteria apendicular la hicimos por doblote, no fuera a ser que el diablo metiera la cola y una sola se soltara. Munuce resultó

un buen ayudante, todo lo hacía con precisión, obedeciendo mis órdenes al instante. Doña María se comportó correctamente siguiendo al detalle todo lo que le habíamos enseñado. Los postoperatorios cursaron sin molestias y a los pocos días los dos pacientes se fueron de alta, sin inconvenientes. De una sola cosa nos habíamos olvidado: no teníamos papagayos, elemento indispensable para que los pacientes varones orinaran en la cama en las primeras cuarenta y ocho horas. ¡Habíamos revisado todo miles de veces para estar seguro de que las diversas etapas se cumplirían sin inconvenientes y nos reíamos de gozo, pensando que solamente habíamos errado en un detalle que se reemplazó con una botella de cuello grande!

Sería difícil describir la satisfacción espiritual que me embargó durante esos días. Todo el pueblo comentaba las operaciones; en el consultorio o durante las visitas a domicilio, todos expresaban su alegría y las felicitaciones a ese pobre médico rural que había roto con los tabúes acumulados a través del tiempo. En los meses siguientes, a veces ayudados por los médicos jóvenes de los pueblos vecinos que se iban acercando a la clínica, pudimos efectuar operaciones sencillas pero necesarias. A las resecciones apendiculares se agregaron reparaciones de hernia, resecciones de várices, hemorroides, lipomas, además de las urgencias.

Entre esas, pudimos atender heridos y traumatizados en las tareas rurales, realizar la primera cesárea, peritonitis apendiculares y la primera intervención sobre las vías biliares en el viejo Pontet. De buenas a primeras, ese vecino que ya había pasado los setenta y tenía hasta bisnietos pues se había casado muy joven, después de una comilona desarrolló una colecistitis aguda. Se podía palpar la vesícula redondeada y tensa a pesar del dolor. Después de tratarlo intensamente con antibióticos y no logrando controlar el cuadro clínico —por el contrario, la temperatura seguía alta y la infección empezaba a mostrar signos seguros de deterioro: decaimiento, sequedad de las mucosas, disminución de la orina— decidí internarlo y operar. Con anestesia local hicimos una incisión transversal, por debajo del reborde costal y encontramos la vesícula tensa y llena de cálculos; las asas intestinales estaban sumamente adheridas, lo que los médicos designamos plastrón. Pensando en la edad, en la gravedad del cuadro y como nunca había tenido ictericia que pudiera denotar compromiso del conducto excretor de la bilis, decidí hacer lo mínimo: abrir la vesícula, extraer los cálculos, aspirar el contenido periforme, colocar un tubo de drenaje y cerrar el resto de la herida. La extirpación de la vesícula hubiera sido una maniobra laboriosa que a su edad significaba poner en peligro su vida. Fue mejorando lentamente y a los pocos días empezó a deambular. Siguió drenando durante algunas semanas hasta que finalmente el orificio se cerró. El viejo Pontet siguió gozando de buena salud por varios años más.

Los Guñazú decidieron que en la escuela celebraríamos las primeras cincuenta operaciones, pero como se tardó un poco en organizar la fiestita celebramos setenta y cinco, sin mortalidad. Fue doblemente satisfactorio que el pequeño homenaje se realizara en la escuela rural, que tanto amaba y respetaba. Cuando llevaron la torta tradicional con las velitas, preparadas con amor y cocinada en el viejo horno de barro, las lágrimas fluyeron a raudales por mis ojos contagiando a la mayoría de los presentes.

VI

JUAN JOSÉ

El trabajo seguía aumentando rápidamente y pacientes de las zonas vecinas se agregaban a los de Jacinto Aráuz. Había poco tiempo para el descanso y la tarea era a veces agobiadora. Algún domingo aceptaba una invitación para saborear un asado en alguna chacra vecina, oportunidad que aprovechaba, a veces, para cazar perdices, pero siempre avisando con precisión dónde me encontraba. No era infrecuente tener que interrumpir mi solaz por un llamado de urgencia.

Era evidente que el desarrollo de mi actividad hacía necesaria cuanto antes la presencia de mi hermano, no sólo para aliviar las tareas sino para ensanchar el panorama. Juan José estudiaba en la misma Universidad y realizaba igual entrenamiento en el internado del Hospital Policlínico. Desde muy joven había demostrado tener condiciones manuales fuera de lo común; en sus manos todo era fácil y prolijo. De niño, por ejemplo, su colección de barriletes era la envidia de toda la pandilla de los chicos del barrio. Combinaba formas y colores: estrellas, bombas, granadas y cajones salían de sus hábiles manos. Por la tarde los remontaba uno por uno en los baldíos que abundaban en nuestro barrio y todos gozábamos de esa sinfonía de movimientos. Ya adolescente, la naturaleza lo había dotado de un físico privilegiado que modelaba con la práctica de los deportes. Se confeccionaba su propia ropa deportiva, especialmente los pantalones que quería a su gusto.

Nosotros descendemos por las dos ramas de gente dedicada a las tareas manuales: carpinteros, torneros, herreros, mecánicos, abundan en nuestros antepasados —ya dije que nuestro padre fue ebanista y nuestra madre modista— y Juan José no podía negar la herencia. No tenía afecto por la huerta pero sí habilidad para reparar canillas, estufas, planchas y hasta la radio. En la escuela primaria fue medio remolón y sus notas en sexto grado eran de las peores. Repitió el primer año de la escuela secundaria, pero a los trece años, quizá con la llegada de la pubertad, tuvo un vuelco total y entonces comenzó a estudiar con ahínco. Completó sin inconvenientes los estudios secundarios y universitarios. Después de aprobar anatomía descriptiva se presentó a concurso de disector que ganó, preparando las meninges cerebrales. Fue colaborador dilecto del profesor Lambre. Su habilidad manual le permitía realizar los preparados anatómicos para la enseñanza y la investigación. Perdió una pierna cursando el tercer año, en ese lamentable accidente al que ya hice referencia. Allí demostró su temple y en poco tiempo se amoldó a su nueva situación. Apenas recuperado de las múltiples fracturas deambulaba con ayuda de un soporte de yeso y las muletas. Se lo podía ver caminando y caminando, esforzándose para que su muñón madurara lo más pronto posible y eso le permitiera llegar a la prótesis, que rápidamente adaptó con modificaciones personales guiado por su espíritu de mecánico. Cada nuevo modelo que fue usando era *su* modelo.

Podía caminar, subir y bajar escaleras, hasta casi correr sin mayores limitaciones. Por sobre todo, además de la recuperación física se había adaptado psíquicamente y sin complejos a esa nueva situación. Su actividad deportiva se vio limitada pero no tenía ambages, por ejemplo, para nadar, quitándose previamente la prótesis al borde de la pileta o del mar, ante la mirada sorprendida de conocidos y extraños.

Terminó sus estudios, se casó y así llegó a Jacinto Aráuz. Por corto tiempo vivimos juntos hasta que pudimos conseguir la vieja casona que siempre ocupó frente a la plaza y haciendo esquina con la escuela. Era necesario introducirlo en la comunidad. En estos pueblos el trato con los pacientes es diferente al de las ciudades, la relación médico-paciente es profunda y se basa en la amistad y en la comprensión mutua pues se convive en un mundo pequeño donde al paciente no solamente se lo ve en el consultorio o en la visita domiciliar sino en el trato diario. El pequeño territorio hace que la mayoría de las veces uno lo conozca desde siempre, generalmente antes de la consulta. Esa relación íntima hace difícil el traspaso de clientela al recién llegado; ya lo había experimentado con Rachou. Por eso al principio veíamos juntos a todos los pacientes que llegaban a la clínica, los examinábamos, intercambiábamos opiniones y discutíamos las indicaciones y las recetas. Lo mismo hacíamos con las visitas a domicilio o en las pocas salidas al campo. Juan José era muy entrador. Afable y cariñoso con todos, le gustaba conversar con los enfermos, a veces de temas baladíes. Tenía pasión por lo que hacía y sentía gran respeto por sus semejantes y por sobre todo era humilde y sencillo. En poco tiempo se ganó el cariño y el respeto de la comunidad.

Si bien su formación había sido quirúrgica, más que clínica, poseía sagacidad natural para interpretar los cuadros clínicos y llegar al diagnóstico preciso. Lo demostraba en todo momento. Así, por ejemplo, al poco tiempo de llegar, el menor de los Jensen fue a buscarnos para que asistiéramos a su hijo mayor, afectado de sarampión y que se quejaba de dolor intenso en el abdomen. Juan José fue solo hasta la chacra distante cerca de cuatro leguas, mientras yo seguía atendiendo a los numerosos pacientes en la clínica. Regresó como a la hora y media y yendo directamente al consultorio me dijo:

—Este muchacho tiene una peritonitis apendicular en medio de su sarampión florido.

Le contesté:

—¿Estás tan seguro? Nunca he visto sarampión complicado con apendicitis. ¿No será un dolor abdominal referido, como consecuencia, a una neuropatía?

El sarampión toma preferentemente el aparato respiratorio, con cuadros de bronquitis purulenta que se complican con afecciones pulmonares. Al afectar la pleura provocan dolor no siempre localizado en el tórax pues cuando el proceso está en la base del pulmón puede referirse al abdomen, incluso con defensa muscular y simular una peritonitis.

Insistió:

—No tengo la menor duda de lo que te estoy diciendo. Vamos a revisarlo pues lo traje conmigo.

María ya lo había acostado en una cama. Evidentemente estábamos ante un sarampión florido; el muchacho grandote y fuerte como su padre estaba todo brotado.

Mocos purulentos corrían de sus fosas nasales, tosía frecuentemente con expectoración abundante, lo que aumentaba el dolor localizado en el cuadrante inferior derecho del abdomen. Lo examinamos con detención. En los pulmones no había áreas de condensación que denotaran un foco neumónico y la palpación del abdomen mostraba una contractura marcada de la pared, más intensa hacia la derecha, que, al presionar, provocaba dolor manifiesto. La percusión localizaba el dolor nítidamente en el cuadrante derecho, por debajo del ombligo. Juan José tenía razón. Para asegurarnos decidimos hacer un tacto rectal de gran valor en los cuadros abdominales agudos, pues la reflexión peritoneal que se conoce como fondo de saco de Douglas es fácilmente alcanzable con el dedo que provoca dolor en presencia de cuadros peritoneales agudos. Con experiencia se puede detectar líquido producido por la peritonitis. El tacto fue francamente positivo. Lo operamos esa misma tarde con anestesia raquídea y le extirpamos un apéndice purulento, que había trasudado y provocado la peritonitis concomitante. Lavamos la cavidad abdominal con suero, dejamos instalada suficiente cantidad de penicilina y estreptomicina dentro del abdomen y además, seguimos administrado antibióticos por vía parenteral. Fue el primer y único caso de peritonitis apendicular que hayamos visto en un sarampión.

Juan José tenía además gran capacidad de trabajo y dedicación a sus pacientes. No podía aceptar perderlos; no podía aceptar la derrota que significa para todo médico la muerte de uno de ellos. A los médicos nos toca enfrentar, con alguna frecuencia, situaciones irreversibles en que hemos agotado todos los recursos conocidos y sabemos con bastante anticipación que todo está perdido; solo nos queda ayudar a bien morir evitando los sufrimientos. Pero Juan José siempre quería dar un paso más.

Recordaré mientras viva el único caso de tétano que nos tocó atender. Angelini, el único italiano que vivía en La Colorada, me llamó desde Villa Iris diciéndome que su mujer no podía abrir la boca y tenía como convulsiones. Le contesté que la llevara inmediatamente a la clínica y al llegar mis temores se confirmaron. Estábamos frente a un tétano, sin ninguna duda. La aislamos en una de las habitaciones y le administramos altas dosis de penicilina y suero antitetánico. A las veinticuatro horas el cuadro seguía empeorando por lo cual decidimos inyectarle suero intrarraquídeo e hibernarla. Pareció mejorar pero las convulsiones volvieron a aparecer a pesar de nuestros esfuerzos, comenzando a tener complicaciones pulmonares. Le administramos oxígeno y a veces recurriamos al uso del aparato de anestesia para poder ventilarla. Juan José casi no dormía por asistirle y, en los últimos dos o tres días, cuando todos comprendíamos el fin cercano, seguía allí en la habitación, al lado de su paciente —sin ninguna duda le pertenecía—, aspirando sus secreciones, ayudándola a respirar, convencido quizá de que se produciría un milagro. Siempre recordaré su rostro, al retirarse, sin pronunciar palabra, vencido y exhausto.

Como cirujano era agresivo, pues se sentía seguro de su habilidad y de sus conocimientos anatómicos. Tenía predilección por la ortopedia y traumatología, tal vez por su accidente, por lo cual atendía a los traumatizados casi con exclusividad. Debimos comprar una mesa ortopédica para que contara con los elementos necesarios. Yo diría que sus yesos eran hasta elegantes. Su agresividad estaba unida a la paciencia, que

resaltaba en la atención a los quemados a quienes dedicaba largas horas de curaciones, cambiando los vendajes y haciendo los injertos de piel cuando era necesario.

Tenía casi predilección por los pacientes pobres, depositarios de su afecto y de sus solícitos cuidados. Esos sentimientos lo acompañaron siempre. A mi regreso de los Estados Unidos volvimos a trabajar juntos y en poco tiempo se transformó en cirujano cardiovascular, colaborando y realizando las más variadas intervenciones de esta cirugía altamente especializada. No obstante, seguía atendiendo a su vieja clientela en La Plata. Los sábados por la mañana, desde muy temprano, en vez de pensar en su propio descanso, los dedicaba a sus incontables pacientes humildes. Recién lo supe después de su muerte.

Es de imaginar lo que significó la llegada de Juan José a Jacinto Aráuz. Además de la alegría de trabajar junto a él, tenía entonces la tranquilidad de poder compartir la intensa tarea, de discutir los casos difíciles, de leer y buscar en los libros y en las revistas que recibíamos de continuo la respuesta a los interrogantes que se nos presentaban. Atendíamos en los dos consultorios que estaban comunicados con la sala de rayos y, en pocos meses, los pacientes se habían acostumbrado a ser revisados por riguroso turno de llegada a la sala de espera y por el médico que les tocara en suerte. Era frecuente, por ejemplo, que el paciente atendido por Juan José, en la visita siguiente fuera examinado por mí o viceversa. Habíamos organizado un fichero de historias clínicas resumidas, donde anotábamos lo más destacado de la consulta y las prescripciones. La mayoría de las veces los veíamos juntos por unos pocos minutos dado lo intenso de la tarea. Lo que más gozábamos era operar juntos pues era el momento de intercambiar ideas y de vislumbrar nuevos horizontes que se ensanchaban día a día, resolviendo sin temor los casos más complicados. Todo lo compartimos en esos años, hasta sus hijos, que llenaron en nuestro hogar el vacío de los propios.

VII

EL DESARROLLO

Con el arribo de Juan José era necesario cambiar cuanto antes el equipo de rayos para lo cual hicimos un nuevo viaje a Bahía Blanca. El año anterior había llovido moderadamente y se había obtenido lo que los chacareros llaman media cosecha, una de diez a once bolsas de promedio por hectárea, pero, como en la mayoría de las chacras el trabajo se realizaba casi en familia, siempre quedaban algunos pesos. Pero ése venía seco de verdad; estábamos en junio y apenas habían caído unos pocos milímetros. La hacienda estaba flaca y casi todos los chacareros habían tenido que buscar pastoreo en las zonas cercanas. Como siempre con la seca, los vientos parecían ponerse más bravos. Recuerdo que en nuestro viaje a Bahía Blanca pinchamos una cubierta pasando San Germán, frente a un médano y la cambiamos al tanteo. ¡Era tal la tierra y arena que volaba que no se podía tener los ojos abiertos! Una vez más nos encontramos con el gerente de Philips quien, enterado de nuestra tarea en Aráuz, nos alentó a adquirir un seriógrafo para obtener todo tipo de radiografías. Mi único temor era la deuda que contraeríamos pues el equipo costaba ciento treinta mil pesos y deberíamos amortizarlos pagando algo más de ocho mil pesos mensuales a lo que habría que agregar el monto de nuestras obligaciones anteriores. Para aquellos años eran cantidades importantes, si consideramos que por una radiografía de tórax no se alcanzaba a cobrar cien pesos y, si recuerdo correctamente, por una visita al consultorio menos de cincuenta pesos. Pero lo necesitábamos si queríamos seguir progresando. ¡En el viaje de regreso mi mujer insinuaba que a lo sumo iríamos a parar a la cárcel!

El seriógrafo se instaló rápidamente pues por suerte no había que pedirlo a Holanda; ya estaba en Buenos Aires. Con él podríamos estudiar a nuestros pacientes en forma eficiente y sin limitaciones. Con el equipo compramos un tubo de repuesto con sus cables. Una vez más había que estar prevenido y tener los repuestos en nuestras manos por cualquier inconveniente. Con los conocimientos adquiridos en nuestra intensa práctica hospitalaria y los libros de texto adecuados, pudimos obtener en Aráuz estudios completos del aparato digestivo y urinario, vías biliares y estudios ginecológicos que permitieron precisar nuestros diagnósticos. Teníamos la ventaja sobre el radiólogo común de conocer con precisión la historia clínica del paciente. Así, por ejemplo, si clínicamente habíamos diagnosticado una úlcera de duodeno y en las primera proyecciones no la encontrábamos, seguíamos cambiando las incidencias hasta que la verificábamos o excluíamos por completo.

El crecimiento del centro asistencial trajo aparejada la necesidad de incorporar a nuevo personal auxiliar. Como siempre, siguiendo la misma filosofía lo fuimos formando nosotros mismos. Un buen día tuvimos la suerte de que se presentara ante nosotros Delfina Cesan, hija de chacareros valdenses radicados en el camino al boliche Festa. Nos

manifestó que siempre había soñado con ser enfermera y que estaba dispuesta a aprender y a trabajar a nuestro lado. Tendría unos treinta años, estaba sencillamente vestida, hablaba en voz baja, su rostro trasuntaba honestidad y modestia. Decidimos tomarla y el tiempo demostró que nuestra elección fue acertada. En pocos meses aprendió a cuidar a los pacientes, colaborar en el consultorio, ayudar a María en la sala de operaciones, aplicar inyecciones, hacer curaciones y, en fin, a desempeñarse en cuanto menester se la necesitara. Siempre estaba dispuesta; para ella no existían horarios, trabajaba día y noche y los pacientes graves sabían que Delfina estaría a su lado toda vez que la necesitaran. Con el tiempo reemplazó a María Forestier y se transformó en la alma mater de la clínica. Tenía, sin ninguna duda, verdadera devoción por su tarea y volcaba todas sus energías con amor a los pacientes. A su lado se formaron otras enfermeras. Todas empezaban como mucamas para ayudar en la limpieza. Las que realmente se sentían atraídas por la profesión terminaban como enfermeras. Edith, Dora, Rosita y tantas otras fueron pilares de nuestra tarea. Las más capaces terminaban a veces ayudando en las operaciones cuando, por su complejidad, necesitábamos de un segundo ayudante. En ese sentido, Dora, por ejemplo, se había transformado en la colaboradora ideal. Tenía manualidad, sentido común y viveza para adelantarse a los tiempos quirúrgicos y facilitar la tarea del cirujano. ¡Qué placentero era operar con ella! A veces, risueñamente, le decíamos que tanto había progresado que un día de esos la dejaríamos operar. Y seguramente lo hubiera hecho bien. Se enamoró, se casó y así perdimos a una de nuestras mejores colaboradoras.

La instalación del aparato de rayos, la experiencia adquirida, el personal entrenado, hizo que con Juan José fuéramos lenta pero firmemente ensanchando nuestra lista de operaciones. Quizá por la alimentación, en Aráuz predominaban las afecciones digestivas y hepáticas; así pudimos detectar gran número de litiasis vesicular y úlceras gastroduodenales. Pronto las extirpaciones de vesículas calculosas, exploraciones de vías biliares y resecciones gástricas se hicieron bastante frecuentes. La patología genital femenina era numerosa, por lo que corrientemente efectuábamos resecciones de útero por fibromatosis uterina, quistes de ovario, prolapsos y, con menor frecuencia, el cáncer de cuello, a lo que había que agregar como siempre las urgencias.

La zona de influencia de la clínica se extendía y pacientes de los pueblos cercanos eran cada vez más frecuentes en nuestras consultas diarias. Las pocas camas de que disponíamos eran insuficientes y, a pesar de dar de alta a los operados, en especial aquellos de intervenciones menores, a las cuarenta y ocho o setenta y dos horas, era evidente que necesitábamos más comodidades. Lo conversamos con don Pedro que estuvo de acuerdo en realizar ampliaciones, lógicamente aumentando el alquiler de acuerdo con una escala proporcional al capital invertido. Y así, utilizando el patio del jardín y parte del terreno, se construyó un ambiente para revelado y esterilización, una habitación para las enfermeras, cuatro piezas, con dos camas cada una para internación, una sala de cirugías y cocina. De esa manera además, se podrían agregar tres nuevas camas a la vieja cocina. ¡Esa vez nos dimos el lujo de comprar camas cromadas y nuevas!

Habíamos llegado a realizar nuestro sueño. Teníamos una clínica organizada con los elementos básicos para realizar una tarea responsable durante las veinticuatro horas del día y las urgencias podían ser solucionadas de inmediato. La sala de operaciones estaba siempre lista, cada elemento en su lugar, con orden y meticulosidad. La afluencia de pacientes crecía en progresión geométrica, los pocos taxímetros que había en la zona realizaban recorridos diarios llevando a los pacientes por la mañana y regresando por la tarde. Alguien de la zona de Darregueira adquirió un colectivo viejo —vaya a saber dónde— y planificó un circuito por los pueblos circunvecinos. Hay que recordar que valdenses, ruso-alemanes y judíos estaban diseminados en varias colonias del oeste de la provincia de Buenos Aires y del sudeste y centro de la provincia de La Pampa, lo cual contribuyó a que la existencia de nuestra clínica llegara a esos lugares. Recibíamos pacientes de localidades tan distantes como Río Colorado, General Acha, Alpachiri, Azopardo, Darregueira, Rivera, Pigüé y hasta algunos de Bahía Blanca.

A veces nos preguntábamos cuáles eran las razones del éxito. A mi entender, todo se debía a la capacitación profesional y humanística que nos había dado la Universidad y el Hospital Policlínico de La Plata, merced a la cual, podíamos dedicarnos con abnegación y amor a nuestra tarea de médicos, a la cual entregábamos todos nuestros esfuerzos. Entendíamos —porque lo llevábamos en el alma— que el acto médico debe estar rodeado de dignidad, caridad, igualdad, piedad cristiana, sacrificio, abnegación y renunciación. Y por sobre todas las cosas habíamos procedido con honestidad. Habíamos elegido el camino largo por la senda recta que nuestros padres nos habían enseñado, en vez del camino corto, del éxito fácil mediante la mentira. Nuestras palabras, nuestros consejos eran escuchados y aceptados pues habíamos demostrado proceder siempre con lealtad. Estoy seguro, por otra parte, que ése ha sido y sigue siendo el derrotero por donde transita la inmensa mayoría de los médicos rurales de mi país. Buscábamos obtener un sustento económico, pero lo hacíamos cobrando lo justo, de acuerdo a la capacidad económica de cada uno de los pacientes. A toda hora nuestro esfuerzo personal y la capacidad tecnológica de la clínica estaba al alcance de todos, poniendo en práctica aquello de que la salud es un derecho inalienable que no tolera privilegios. Para poder cumplirlo habíamos invertido nuestro dinero en la creación de ese centro asistencial tan particular, en vez de aprovechar las innumerables oportunidades que se nos presentaban de adquirir tierras en nuestra zona de influencia.

Las idas al campo eran cosas del pasado. A través de la enseñanza y de la práctica, la gente se había acostumbrado a llevar a sus pacientes a la clínica. Una de las salidas que siempre recordaré, quizás una de las últimas a lugar tan distante, fue a La Colorada. Una mañana, a eso de las diez, uno de los hijos del viejo Gottau llegó a la clínica a buscarnos pues su padre estaba grave; se había descompuesto después de comer y había perdido el conocimiento. Con pocas preguntas era fácil diagnosticar un accidente cerebrovascular —hemorragia o trombosis— en una persona anciana. Don Gottau estaría cerca de los ochenta años. Estando descompuesta la chatita de que disponían, había galopado las tres leguas largas hasta Traicó reventando el caballo y allí mister Baken le había facilitado la camioneta en que llegó a nuestras puertas.

Salimos con el “chivo”, alzando de paso a uno de los mecánicos del taller de Gil, como era nuestra costumbre. Hacía bastante calor y el camino estaba pesado. Una vez que se pasaba la chacra de Moisés Rivoir —sin ninguna duda el hacedor de los mejores jamones que se podía paladear— la arena dificultaba nuestro avance por caminos de huella que había que conocer para no quedarse. La laguna tenía bastante agua pues, al año desastroso que nos había tocado pasar, con mortandad de gran cantidad de animales, seguía ese otro que pintaba bien, con lluvias que habían permitido el correcto laboreo de los campos. Había, pues, que bordearla hacia el sur recorriendo su contorno, en vez de atravesarla por el medio, como solíamos hacer en verano cuando apenas unos pocos centímetros de agua la cubrían parcialmente. El camino —si así se lo podía llamar— estaba intransitable y en la subida de un médano el auto quedó como varado en la arena. A fuerza de pala —siempre la llevaba conmigo— y cortando las ramas de olivillo que abundaban en esa zona para que sirvieran de apoyo a las ruedas, pudimos zafarnos.

Media hora después llegamos a la tranquera, fácilmente reconocible por la enorme cruz de hierro clavada en su cercanía, como símbolo de la fe católica de sus moradores. Al entrar a la casa, nos enteramos que don Gottau había fallecido hacía aproximadamente dos horas. Me llevaron a verlo. Yacía en medio de la cama, vestido con sus mejores ropas; su expresión era placentera, hasta parecía que esbozaba una sonrisa. Pero lo que más me impresionó fue ver todas las paredes cubiertas con sábanas blancas, inmaculadas, que ondulaba suavemente mecidas por el viento que dejaba pasar la puerta entreabierta. Presumí que era una vieja costumbre. No pregunté el significado, pero imaginé que era sinónimo de pureza. ¡Y no otra cosa podía ser en el caso de ese ruso-alemán que había elegido un lugar inhóspito para criar a sus hijos y nietos! Inhóspito, pero virgen de los males y vicios de la civilización. Los conocía a casi todos y de verdad eran buenas personas, sin maldad, que se conformaban con estar allí en pleno contacto con la naturaleza. Me persigné, recé un Padre Nuestro y permanecí unos minutos en silencio.

Antes de regresar me refresqué, quitando mis ropas hasta la cintura, empapándome con el agua seca que extraía un viejo molino de las entrañas de la arena. Insistieron en que debíamos almorzar antes de volver y en la cocina comimos algo de guiso de oveja con pan casero. La vuelta a Jacinto Aráuz, recorriendo los mismos caminos, se hizo sin inconvenientes.

De vez en cuando nos llamaban en consulta a los pueblos vecinos. En algunos casos, eso servía para demostrar las falencias de los médicos jóvenes que iban a probar fortuna en esos pagos, reemplazando a los viejos médicos rurales que se retiraban después de largos años de tarea. No sé quien había bautizado, en forma peyorativa, a los estudiantes de esos años “flor de ceibo”, queriendo significar que con poco esfuerzo y sin experiencia suficiente habían obtenido sus títulos. El deterioro en que iba cayendo el país había llegado también a la Universidad. Así, por ejemplo, alguna vez nos llamaron para examinar a una señora de unos sesenta y cinco años que estaba en coma. Progresivamente se había ido deteriorando, cayendo en un sopor profundo; apenas si tenía alguna respuesta al dolor, provocado por compresión de los ramos oculares del

trigémico sobre el reborde orbitario superior. El nuevo médico explicaba confusamente, con escasos conocimientos, los diversos diagnósticos diferenciales que suscitaba tal situación. Le pregunté si no le llamaba la atención el aroma que inundaba la habitación y el aliento con olor manzana de la paciente; hallazgos que, junto con el examen clínico y el interrogatorio a los familiares, nos llevaban casi de la mano al diagnóstico de un coma diabético. Le parecieron extraordinarias todas nuestras disquisiciones sobre el tema, que no eran más que lo elemental que todo médico debe conocer. Decidimos, de común acuerdo, trasladar a la paciente a la clínica donde el simple análisis de orina y el posterior resultado del nivel de azúcar en la sangre, sirvieron para certificar que estábamos en lo cierto e iniciar el tratamiento correspondiente.

En otra ocasión, otro de los médicos nos llamó para que examináramos a un muchacho joven, que, según él, tenía una cistitis —inflamación de la vejiga— rebelde, que había obligado a la colocación de sonda uretral permanente para evacuar la orina, ya que no podía hacerlo por sí solo. Como el colega necesitaba viajar a Buenos Aires pedía que nos hiciéramos cargo del paciente y si lo creíamos conveniente lo trasladáramos a la clínica. Me parecía raro —pensaba mientras recorría las cuatro leguas que me separaban del lugar— que un muchacho joven padeciera de tal cuadro clínico. Como lo hacía siempre, primero fui al consultorio del médico y desde allí a la casa del paciente.

Cuando entré en la habitación quedé estupefacto. El muchacho tenía esa cara que los médicos llamamos peritoneal, tan bien descrita por Forgue en su viejo libro de patología quirúrgica. Al examinar sus ojos comprobé ya, el comienzo de una ictericia, sinónimo de sufrimiento hepático. El abdomen no estaba muy distendido en su mitad superior pero abombaba por debajo del ombligo. El muchacho de por sí flaco estaba sumido, seco, deshidratado. La palpación denotaba franco dolor, en especial por encima del pubis, que se extendía hacia la derecha. Casi con seguridad estábamos en presencia de una peritonitis baja debido a una apendicitis pelviana. A veces el ciego, parte terminal del intestino grueso, en especial en los longuínicos está muy bajo dentro de la pelvis. Cuando el apéndice se inflama el cuadro no es el típico debido a esa posición anatómica anormal. Si el proceso sigue, el pus invade la pelvis, en especial el espacio comprendido entre la vejiga y el recto. Realicé el tacto rectal que confirmó mis sospechas: la pelvis estaba llena de pus. Le dije a los familiares que discutiríamos el caso con el médico de cabecera, en el consultorio de éste y después regresaríamos. Le expliqué al joven colega los hallazgos, diciéndole que la vejiga estaba paralizada porque se hallaba envuelta por el pus y era la consecuencia y no la causa lo que él veía como hecho capital. Evidentemente debíamos trasladarlo y operarlo cuanto antes. Lo tranquilicé, diciéndole que de alguna manera se lo haríamos entender a la familia, sin dejarlo mal parado. ¡Desgraciado el médico que se eleve criticando a sus colegas y aprovechando sus errores! Jamás lo he hecho porque lo considero totalmente innecesario y fuera de la ética profesional. Todos podemos equivocarnos. Además, el responsable en ese caso no era el médico sino la Universidad que lo había habilitado.

Las facultades de medicina se han ido deteriorando con el tiempo y no son más que fábricas de títulos. Después de seis años, el que haya aprobado todas las asignaturas

recibe una credencial que legalmente lo autoriza a ejercer la medicina, sin delimitar su territorio. Puede hacer cualquier cosa, clínica general, cirugía general o, si se atreve, las especialidades más complejas como neurocirugía o cirugía cardiovascular. La mayoría, dada la cantidad de alumnos al no haber limitaciones en el número de inscriptos, sólo tiene acceso a unas pocas clases prácticas donde apenas puede aprender, pues la relación estudiante-paciente es tan desproporcionada que no todos llegan realmente a palpar, percudir y auscultar. Muchos de los que se gradúan tienen apremios económicos que los obligan a ejercer casi de inmediato y los llevan a cometer errores donde el único perjudicado es el enfermo. ¡Y el enfermo puede ser su familiar!

Un atardecer, un médico joven instalado hacía menos de un año en un pueblo vecino nos llamó porque su esposa, embarazada de cinco meses, no se sentía bien desde hacía varios días. Había desmejorado desde la víspera, tenía algo de temperatura y nos pedía que fuéramos a examinarla. Al llegar ya entrada la noche me encontré con una mujer joven, de aproximadamente veinte a veintidós años. Su cara tenía un color pálido terroso, su piel estaba caliente, su pulso era rápido. Era su primer embarazo. El examen del abdomen permitía palpar un útero doloroso que coincidía en su tamaño con la fecha estimada de embarazo. Me refirió que había tenido escasas pérdidas de sangre hacía más o menos diez días y que desde hacía tres o cuatro tenía flujo, a veces mal oliente. Al examinarla comprobé que tenía razón y al introducir mis dedos, a poco de avanzar, toqué los piecitos del feto. No había llevado mi maletín y me encontré con que el médico sólo tenía un espéculo vaginal como todo instrumento. Lo introduje y pensé que la maceración no era todavía tan importante. Traccionando suavemente extraje el feto. Empecé a tironear con extrema suavidad desde el cordón umbilical convencido de que la placenta estaría desprendida y fácilmente vendría a mis manos. Pero no fue así. El cordón se cortó y a los pocos minutos comenzó a fluir sangre roja desde el útero. No tenía ningún elemento para efectuar la extracción de la placenta y es bien sabido que si ésta permanece en el útero causa hemorragias importantes.

Urgentemente había que trasladarla a la clínica. El padre era un acaudalado comerciante de la zona y había adquirido hacía poco un Peugeot 404. Colocamos a la enferma recostada en el asiento posterior con su marido médico y, en vez de ir por la ruta 35, decidimos tomar el viejo camino paralelo a la vía del tren que acortaba la distancia en más de una legua. El nuevo Peugeot tuvo así su bautismo por los caminos desparejos de la pampa. Ya en la clínica, y bajo pequeñas dosis de Pentotal, con Juan José pudimos limpiar la cavidad uterina con mucho cuidado, al mismo tiempo que por vía endovenosa la tratábamos con antibióticos. ¿Qué podíamos decirle al colega inexperto, que indicó reposo a su paciente —en ese caso su mujer— al aparecer las pérdidas sanguinolentas y esperó tanto tiempo sin advertir que el embarazo había cesado y la infección ponía en peligro su vida?

Ha llegado la hora de reordenar nuestras Facultades de Medicina para graduar la cantidad de médicos que el país necesita —ni uno más— dotados de la calidad que sólo se consigue con planes de estudio adecuados al momento en que vivimos. La población tiene derecho a exigirlo en su salvaguardia. Pero además, creo que también se deberá

controlar la actividad médica, si es posible, a través de sus propias organizaciones. Y nadie deberá sentirse menoscabado si por medio de reglamentos debatidos y planificados por sus propios pares debe rendir cuenta, de vez en cuando, ante auditorías que servirán para garantizar una medicina correcta. Una vez más habrá que recordar aquello de que la libertad no sólo da derechos sino que también genera obligaciones. Bastante me ha tocado ver para pensar seriamente que no podemos seguir a la zaga de lo que, en otros países, son normas largamente establecidas.

Para ejemplificar el deterioro recordaré a aquel paisano, que tenía su chacra hacia el oeste, entre San Martín y Bernasconi. Era progresista, emprendedor e innovador, destacándose como verdadero pionero en la zona. De vez en cuando se quejaba de dolores reumáticos, a pesar de no haber llegado a los cincuenta años. En un viaje a Buenos Aires, alguien le había recomendado un médico que hacía curas milagrosas. Así reapareció en nuestra clínica con una caja de inyecciones y una larga aguja intramuscular para que nosotros se las aplicáramos. Nos relató que eran ¡inyecciones atómicas! El doctor las introducía de contrabando del extranjero, por eso en la contratapa de la caja, había una estampilla en la que se alcanzaba a leer “París”. La aguja era tan larga porque tenía que ser dada bien en la pulpa, según le habían explicado. Tenía que aplicarse una inyección por semana. Le preguntamos si la consulta había sido muy costosa.

—No —nos contestó—, nada más que trescientos pesos pero las inyecciones sí son caras; las diez me costaron dos mil pesos.

Abrimos la caja y nos encontramos con unas ampollas transparentes que dejaban ver un líquido blanquecino, y al tomarlas entre nuestros dedos, sentimos como si algo se hubiera movido dentro. Efectivamente, si uno las agitaba suavemente, se alcanzaba a ver unas esferitas como de unos dos o tres milímetros de diámetro. Juan José le preguntó si no tenía miedo de hacerse inyecciones atómicas. Hacía pocos días que los diarios y la radio habían informado del robo de cierta cantidad de sustancias radioactivas en una repartición oficial e instaban al autor a que devolviera ese material a la brevedad ya que era sumamente peligroso y capaz de provocar daños irreversibles. Aprovechando la coyuntura, Juan José le hizo algunas acotaciones jocosas. No obstante, quizá pensando en el dinero invertido, el incauto pidió que bajo su responsabilidad, le aplicáramos la primera. Así lo hicimos, dejando una pequeña cantidad para analizarla. Las esferitas eran nada más ni nada menos que pequeñas bolitas de vidrio. A los pocos días, por los análisis descubrimos que el líquido blanquecino era leche diluida que, con toda seguridad, habría sido esterilizada. Como era lógico la primera inyección produjo temperatura, acompañada de dolor en la nalga y cierto decaimiento generalizado. La leche tindalizada se había usado hacía tiempo en medicina, como una forma de proteinoterapia y cada aplicación producía síntomas semejantes. Atemorizado, nuestro buen amigo decidió interrumpir el tratamiento. Tendría decenas y decenas más de casos similares para relatar. Creo que con una muestra basta. Con controles exhaustivos y una correcta aplicación de leyes y reglamentos esos abusos deberían ser fácilmente controlables.

Nuestro trabajo aumentaba día a día y a las operaciones clásicas, por así decir, de vez en cuando agregábamos resecciones de colon, tiroidectomías y, por ahí, hasta nos

atrevíamos con algún esófago. Juan José había perfeccionado la vía vaginal para operaciones ginecológicas y en sus manos los resultados eran altamente satisfactorios.

Recibíamos con bastante frecuencia peritonitis graves con varios días de evolución, en especial en pacientes que vivían en zonas alejadas y que no contaban ni con medios adecuados de movilización ni con caminos accesibles y transitables. Eran muchos los que vivían en esas condiciones, en especial en las zonas del monte, hacia el oeste. Cuando aparecieron las primeras publicaciones de Laborit sobre hibernación —combinando el enfriamiento externo con sustancias neurolíticas que conforman lo que se dio en denominar cóctel lítico: Fenegan, Demerol y Ampliactil—, a instancias de Juan José, y después de analizarlo en profundidad, pensamos que quizá se podría aplicar en ese tipo de paciente. Consideramos que, pudiendo combinar ese procedimiento con altas dosis de antibióticos y pequeñas dosis de cortisona para mejorar el estado general quizá la alta mortalidad podría reducirse.

La primera vez que lo aplicamos fue en un paisano que llevaron desde La Japonesa con peritonitis apendicular de varios días de evolución. Era un hombre de treinta y cinco años, alto y fornido, totalmente siderado por la infección. Canalizamos una de las venas del codo y, a través del catéter, le aplicamos altas dosis de penicilina complementada con tetraciclina intramuscular. Como estaba deshidratado le administramos suero por goteo en forma rápida y, aprovechando la misma vía, un centímetro de la mezcla propuesta por Laborit. Controlamos la tensión arterial y, como se mantenía en los mismos niveles, a los pocos minutos le inyectamos un centímetro más. Lo operamos —con anestesia raquídea y cuando lo abrimos comprobamos que el origen había sido una apendicitis retrocecal. El pus había invadido primeramente el retroperitoneo y podía verse claramente el uréter, los músculos paravertebrales y la vena cava inferior —verdadera disección plógena, al decir de Juan José con su espíritu de anatomista—; luego se había diseminado en la cavidad abdominal. Extirpamos lo que quedaba del apéndice, aspiramos el pus, lavamos todo varias veces con suero tibio y dejamos tubos de drenaje. En el postoperatorio aplicamos bolsa de hielo en las axilas, las ingles y el cuello y seguimos inyectando la solución neurolítica sin dejar de hidratarlo. Le pasamos dos transfusiones de sangre en las primeras doce horas. La tensión arterial se mantenía en alrededor de diez; había que acostumbrarse a esa ligera hipotensión y a cierta palidez producida por la solución neurolítica. La temperatura la manteníamos en alrededor de treinta y cinco grados. La evolución fue favorable. Se fue recuperando lentamente y en dos semanas la herida estaba casi completamente cicatrizada.

El segundo paciente fue un niño de cinco años, con una peritonitis generalizada por neumococos que respondió, también, rápidamente al tratamiento. Quedamos tan impresionados con los resultados que, desde entonces, utilizábamos la solución neurolítica de rutina en los preoperatorios y en los primeros días del postoperatorio, claro que en dosis menores y sin la aplicación de hielo. Nuestra mortalidad por peritonitis generalizada disminuyó notablemente con el método de Laborit al cual, con seguridad, varios pampeanos deben sus vidas.

Pasado el tiempo, había notado, en especial entre los ruso-alemanes que iban a la

consulta, que me pedían que los tocara.

—Tocame che doctor, tocame fuerte.

Lo que pretendían, en realidad, era tomar mis manos y apretarlas por un rato entre las suyas. Al principio pensé: “Será una costumbre, vaya a saber qué significado le dan”. ¡Hasta que un buen día la vieja Banek me confesó que muchos de ellos pensaban que Dios me había otorgado poderes fuera de lo común y que podía curarlos nada más que con las manos! Me quedé perplejo y hasta disgustado. Me había desvivido por elevar la educación y los conocimientos de todos ellos y ahora, como contrapartida, era parte de ese fetichismo. “¡Qué gran contrasentido!” pensaba, mientras trataba de encontrar una explicación.

Entonces fueron reapareciendo en mi mente algunos casos clínicos que podían dar sustento a una idea tan descabellada. Una mañana, por ejemplo, llevaron de Darregueira a un estanciero acompañado por sus hijos que lo trasportaban en una silla, pues el hombre se encontraba tullido por su reumatismo y ya no podía caminar. Además de los dolores que lo aquejaban y que a veces eran intolerables, lo que más le preocupaba era su invalidez.

—Lo único que me queda a mis sesenta y cinco años es poder ir por la noche al Club Social a jugar mis partiditas de naipes con mis amigos y ni eso puedo hacer —se lamentaba.

Había consultado con varios médicos, inclusive algunos de Bahía Blanca. A todos se les había escapado el diagnóstico exacto: ese hombre padecía de un típico reumatismo crónico de origen gotoso. Hacía falta nada más que interpretar la historia clínica correctamente y comprobar los tofos que eran evidentes en varias partes del cuerpo. Juan José confirmó mi observación. Convencido del diagnóstico le dije:

—Bueno mi amigo, si usted me cumple exactamente con lo que le digo y deja por un tiempo los choricitos, los jamones, el tintillo y la ginebra y me toma las pastillas que le voy a recetar, de aquí a diez días cuando vuelva no le harán falta sus hijos. Vá a entrar a la clínica solito, caminando sin inconvenientes.

Y así ocurrió. La sala de espera estaba siempre atestada de pacientes que invadían el zaguán y la calle. A veces, los sulkys, carros, autos, chatitas y camionetas casi interrumpían el tráfico en la calle ancha frente a la clínica. Los pacientes debían esperar por largo tiempo antes de ser atendidos. ¡Se imaginarán los comentarios cuando ese buen señor repetía hasta el cansancio que hacía diez días había ido paralítico y con la nueva medicación —no era nada más que la asociación de la vieja colchicina y la nueva butazolidina— había vuelto a caminar!

En otra ocasión, un hombre relativamente joven fue a la consulta desconsolado porque poco a poco había ido perdiendo sus fuerzas; se sentía débil a pesar de no haber adelgazado, por el contrario, creía estar algo más gordo. Por las tardes, el cansancio hacía que tuviera que abandonar sus tareas y recostarse. Hasta la memoria había perdido y lo que más le preocupaba era la pérdida del apetito sexual; tenía que preocuparse pues su mujer, por el contrario, mostraba una vitalidad exuberante. Mirando a los dos imaginaba los entretelones de la vida conyugal. Había deambulado por varios consultorios en Comodoro Rivadavia de donde provenía. Nacido en Jacinto Aráuz, se

había radicado en La Patagonia, en busca de nuevos horizontes. No había más que mirarlo y evocar las clases magistrales del maestro Rossi, allá en la sala I, para darse cuenta de que estaba en presencia de un hipotiroidismo clásico.

—Usted habrá notado que ha cambiado la voz— le dije.

—Tiene razón, doctor —respondió su mujer.

—Se le ha caído bastante el pelo ¿no le parece?

—Así es.

—Y cada vez tolera menos el frío.

—Sin ninguna duda, doctor.

—Bueno, tendrá que quedarse un tiempito por acá, pero le aseguro que usted recuperará todas sus fuerzas.

La administración de tiroides en forma progresiva, a puro ojo clínico no más, observando la evolución de su sintomatología —no contábamos en Aráuz, como era lógico, con equipo para hacer un metabolismo basal— logró su recuperación. La satisfacción era compartida. ¡Su mujer se había vuelto a poner querendona y tenía ojos de satisfecha!

Por ahí, llegaba alguna paciente con anemia perniciosa, fácil de diagnosticar por el color característico amarillo limón en la piel y conjuntivas y, por sobre todo, por ser las únicas anémicas que seguían estando gorditas. Las habíamos visto tantas veces en el hospital y estábamos agradecidos, una vez más, a las enseñanzas del maestro Rossi, del profesor Mazzei y de aquél eximio semiólogo que fue Luis Felipe Chiesa Rodríguez. Nos atrevíamos a decirle:

—Mire señora, todo lo que tiene es anemia. Ya verá después del análisis que le haga el doctor Munuce que estamos en lo cierto.

Y así ocurría. Con unas pocas inyecciones de extracto hepático o vitamina B12 todos sus síntomas desaparecían.

Un número importante de pacientes, a pesar de una sintomatología florida, no tiene enfermedad somática, sino distonías neurovegetativas de origen puramente psíquico. “Diencefálicos”, los habíamos bautizado con Juan José para entendernos cuando hablábamos frente a ellos. Así, por ejemplo, aparecían con bastante frecuencia mujeres llenas de problemas sin ninguna base orgánica. De un pantallazo y apenas empezaban a gesticular estaba hecho el diagnóstico. A veces nos adelantábamos refiriéndoles los síntomas antes de que empezaran a relatarnos su larga historia.

—Con toda seguridad, usted siente palpitaciones y ahogos y en ocasiones le parece que le falta el aire.

—Claro, doctor. ¿Cómo lo sabe?

Y sin responder:

—No son infrecuentes los temblores y las malas digestiones, casi con seguridad usted tiene el estómago caído y la vesícula perezosa.

Seguramente algún colega había usado antes esos diagnósticos.

—Sí doctor, a veces siento que el estómago me toca los ovarios.

Era fácil seguir enumerando sus trastornos.

O, por ejemplo, la paciente con padecimientos biliares definidos, claramente reconocibles por la subictericia de sus conjuntivas. Y entonces sin preguntar:

—Seguro que usted viene por la vesícula.

Y podíamos observar la sorpresa reflejada en el rostro que producía semejante osadía.

Quizá todas esas cosas fueron creando una imagen muy particular en esos pobladores, para quienes lo sobrenatural era siempre tema de conversación y credulidad transmitida por generaciones. Lo malo de todo eso era que aparecían, por ejemplo, madres con hijos sordomudos, mogólicos o con graves trastornos neurológicos congénitos convencidas de que nosotros los curaríamos restableciéndolos a la normalidad. ¡Con cuánto dolor las veíamos retornar, desilusionadas, después de explicarles que no era posible, que debían aceptar esa suerte del destino y no creer en las historias que no tenían base científica, que no gastaran dinero pues nadie en el mundo podía solucionar esos problemas! La verdad era cruel pero había que decirla. Siempre estaban por ahí el curandero de turno, a veces —por qué no— el médico y hasta algún profesor de Buenos Aires, que sacaban buenas tajadas de esas pobres madres que, en el fondo, se sentían culpables y arrastraban su pena por años.

El médico rural se transforma, con el tiempo, en el líder incuestionable de la comunidad; se lo consulta por todo. Es el testigo y el confesor de los hechos que suceden y si se siente parte de ella, goza y sufre con los demás. Pero debe aceptar el liderazgo para usarlo correctamente, jamás en beneficio personal. Sería largo enumerar las veces que Juan José y yo tuvimos que intervenir. Quizás en lo colectivo, podría relatar la colaboración que siempre prestamos a la Intendencia, impulsando las obras que beneficiaban a los pampeanos. La política nacional poco se reflejaba en el orden local y los sucesivos funcionarios, con diversas etiquetas políticas, eran para nosotros unos vecinos más, que circunstancialmente estaban a cargo de la Intendencia. Todos contribuyeron al desarrollo de Jacinto Aráuz y su zona. Por eso, por ejemplo, al llegar la revolución del '55 Manuel Negrín pasó a ser un simple ciudadano. Anduvo medio julepeado los primeros días pues la Marina comandaba en nuestra zona y procedía con mano firme para mantener el orden. Vino a vernos a la clínica:

—Manuel —le dije—, usted no tiene nada que esconder, ha procedido correctamente y ha sido el intendente de todos. Si tiene algún temor, allí tiene nuestra casa. Quédese unos días en ella si esto lo tranquiliza.

Bastó para se despreocupara.

El nuevo gobernador, el doctor Martín Garmendia, era médico, el único que hacía cardiología por aquellos años. Con un grupo de civiles le dio a La Pampa un gobierno ejemplar. Baste recordar que el ingeniero Santiago Marzo, uno de sus colaboradores, prácticamente electrificó todos los pueblos de La Pampa. Me tocó presidir la cooperativa eléctrica recién formada que compró la vieja usina y la transformó, con un grupo electrógeno de corriente alterna, en un ente efectivo y moderno que terminó con la zozobra de los cortes e interrupciones. Garmendia nos pidió que los vecinos indicaran el nombre del futuro intendente. Un grupo numeroso —lo más representativo de la

comunidad— se reunió una noche en la farmacia y durante horas debatió el tema con absoluta libertad. Iban surgiendo los candidatos y por una razón u otra no podíamos resolver el problema. Todos sabían que ni Juan José ni yo podíamos aceptar: nuestra tarea impedía dedicarle tiempo completo a la Municipalidad. Los pocos candidatos se iban agotando hasta que por allí alguien sugirió el nombre de un empleado del ferrocarril. Su corrección, su honestidad, su carácter afable le habían dado prestigio en la comunidad, además, se lo sabía “leído” como decía la paisanada. En su casa había una buena biblioteca que era la base de su preparación autodidacta. Cuando le comunicamos la decisión se sorprendió e insistió en que él no estaba capacitado para semejante responsabilidad. Costó convencerlo. Después de explicarle que todos colaboraríamos y le daríamos una mano pidió un tiempo para pensarlo. A la mañana siguiente, vino a charlar con nosotros a la clínica. Le insistimos que era más capaz de lo que él creía y que no dudábamos un instante que, con honestidad y haciendo cumplir la ley, no habría nada que temer.

Así fue como Santolaria se transformó en intendente. Y no nos equivocamos. Comenzó a estudiar las ordenanzas municipales y a hacerlas cumplir. Así, por ejemplo, casi nadie pagaba patente, excepto los automotores. Pero la ley decía que sulkys, carros, chatas y acoplados lo debían hacer y con Santolaria debieron pagar. Nosotros teníamos una placa frente a la clínica que decía “Clínica Médico Quirúrgica”. Según la ordenanza municipal, teníamos que haber pagado una pequeña tasa anual. Nos cobró con retroactividad. Por dejar ladrillos y arena frente a nuestra casa —donde estábamos haciendo una ampliación— más de los días autorizados, nos multó y pagamos con gusto porque así contribuíamos a respetar la ley. La Iglesia Católica nunca había pagado barrido y limpieza. ¡Después de mucho discutir tuvo que pagar! Entoscó las calles centrales del pueblo con la idea, además, de aprovechar la extracción de tosca para hacer piletas de natación de uso público. Se construyó un matadero modelo para faenar en condiciones higiénicas. En fin, con la colaboración de todos nosotros la comunidad se beneficiaba.

Además de participar de los problemas generales nos tocaba enfrentar y aconsejar en algunos problemas personales. Quizá los más delicados eran los relacionados con el sexo. En general, existe la creencia de que la mujer de la campaña, a diferencia de la de la ciudad, tarda en realizarse y no tiene ideas claras al respecto. Se la concibe inocentona y hasta infantil, con tendencia a madurar lenta y tardíamente. Es evidente que sus conocimientos son diferentes, vive en contacto con la naturaleza y desde pequeña ha podido observar a los animales cortejarse y realizar el acto sexual libremente. Alrededor de su casa abundan las aves, pájaros, chivas y ovejas y en el campo ha contemplado infinidad de veces la copulación breve del vacuno y la salvaje, potente y viril del yeguarizo. Cuando empieza a noviar —quizá sin darse cuenta— copia de los animales. Si a esto agregamos que los mozos han pasado la misma experiencia, se comprenderá la de entuertos que hay que resolver.

Relataré algunos que han quedado indelebles en mi memoria. En La Juanita, a unas seis leguas de Aráuz, a poco de llegar me tocó asistir a una ruso-alemana que, habiendo

quedado viuda muy joven, se las ingenió para seguir cuidando la chacra y sus hijos. Había organizado un pequeño tambo y con el esfuerzo de todos producía manteca y quesos en abundancia que vendía regularmente en San Martín, para alegría de sus pobladores por la excelente calidad. Así había visto pasar los años y ahora en la vejez podía darse por satisfecha. Sus hijos se habían criado sanos y fuertes y continuaban las tareas por ella emprendidas. Obesa e hipertensa, murió a consecuencia de un infarto masivo que en pocas horas terminó con su existencia. Me tocó ayudarla a bien morir. Su hijo mayor se arrodilló a los pies de la cama y después de rezar un Padre Nuestro comenzó a hablar en voz alta, agradeciéndole todo lo que había hecho por ellos. Así, durante unos minutos fue recordando el pasado, resaltando los esfuerzos, a veces cercanos a la desesperación que habían realizado juntos. Con palabras sencillas, sin dejar de ser profundas, fue hilvanando una oración que yo escuché en silencio a su lado. Quedé sorprendido por el temple de ese muchacho que prometió a su madre muerta cuidar de sus hermanos y la chacra. Más o menos, terminó diciendo:

—No te aflijas mamá, yo me ocuparé de todo. Seguiremos trabajando como siempre, unidos y cumpliendo con tus enseñanzas, puedes descansar en paz.

Y así fue. Ese muchacho, puro de alma, siguió los pasos de sus padres y con esfuerzo engrandeció y mejoró la chacra. A los veintiséis años se puso de novio con una alemanita, hija de chacareros vecinos. Un buen día aparecieron en la sala de espera, acompañados de la madre de la novia. Me tocó en turno atenderlos; pasaron las dos mujeres. La madre me dijo:

—Doctor René, vas a tener que operarme otra de mis muchachas. Creo que tiene la misma cosa que Elena.

Hacia unos meses, con Juan José habíamos extirpado a esa hija un enorme quiste de ovario. La hice recostar en la camilla y al verle el vientre pensé que el diagnóstico de la madre estaba equivocado. Al palparla comprobé que yo estaba en lo cierto. Se hallaba embarazada y tan embarazada que faltaban pocos días para el parto; la cabeza de la criatura ya estaba encajada en la pelvis. Le dije a la madre que la íbamos a ver a rayos, mentirita que me permitiría llevarla a la sala contigua e interrogarla. Cuando le dije lo que pasaba lo negó rotundamente, afirmando que jamás había tenido relaciones sexuales. Me dirigí al consultorio donde atendía Juan José, esperé a que terminara con su paciente e hice entrar al novio. Le expliqué que su prometida estaba por tener familia y recibí la misma respuesta. Nunca se había propasado y se mostraba extrañado ante nuestro diagnóstico. Conociendo al muchacho y sabiendo de su calidad moral pensé que la que mentía era ella. Volví a interrogar a la madre y le insinué si algún paisano, quizá durante la cosecha, no le habría estado arrastrando el ala. Medio enojada por mi alusión me dijo que no. Volví al novio y empecé a conversarlo.

—Decime, ya hace tiempo que andás noviando, ¿no? Estando comprometido, seguro que permiten a tu novia que te acompañe hasta la tranquera o que salgan a pasear por ahí, lejos de las casas.

—Sí —me contestó.

—Y seguro que al besuquearse te entran las ganas. No me lo negués.

—Y bueno...

—¿Y qué hacés entonces?

Después de unos segundos me explicó que, a veces, ella le permitía jugar entre las piernas y en ocasiones hasta retirarle la bombacha un poquito hacia el costado. Pero nada más. ¡Casi siempre se le habían ido los frenos y la había regado!

—Válgame Dios —contesté, y le expliqué que los bichitos del macho, más cuando salen de paisanos jóvenes y fuertes, son muy caminadores y capaces de hacer travesuras.

Para su tranquilidad aclaré lo que realmente había ocurrido. ¡Pocas veces he visto tanta felicidad junta! Se puso de pie y aplicando las palmas de sus manos varias veces sobre el pecho repetía:

—¡Voy a ser padre, voy a ser padre!

Se casaron a los pocos días y a la semana su mujer se internó y dio a luz un hermoso varoncito, bien alemán, rubio y de ojos celestes. ¡Debe haber sido la primera vez que una mujer se desvirgó en el parto!

Pero no siempre las cosas eran tan alegres. A mediados de noviembre, la hija de una de las familias más católicas de la comunidad fue con sus padres a la consulta. Había terminado las clases en el secundario de Bahía, Blanca donde estaba pupila. Volvía una vez más a la clínica con el mismo problema: la irregularidad de sus menstruaciones. Desde la pubertad, a pesar de un desarrollo físico normal, menstruaba cada dos o tres meses. Habíamos tranquilizado a los padres en varias ocasiones, diciéndoles que no había por qué preocuparse, que eso era bastante normal en muchas jovencitas, que a medida que fuera madurando, y a lo mejor ayudada con algunos tónicos y vitaminas todo se normalizaría; que lo peor era empezar un tratamiento con hormonas. Se desvistió, se acostó en la camilla y la encontré más desarrollada: había ganado en peso y sus senos lucían rozagantes y erguidos. A los diecisiete años, me sorprendió el cambio de su aspecto físico, pero al examinar su abdomen me encontré con un embarazo próximo a los cinco meses. Creo que la madre adivinó cuando le dije que quería examinarla en rayos. Una vez en la sala contigua —la conocíamos de niña—, le dije que se confesara conmigo y ante Dios me dijera si había tenido alguna vez relaciones sexuales, entendiéndole que su novio pertenecía a otra de las familias católicas tradicionales y todos veían con buenos ojos la futura unión de esos dos troncos que tenían tanto en común. Entrecortadamente me manifestó que en las vacaciones de invierno, en tres ocasiones, habían copulado y como adolescentes que eran, sin precaución alguna. Cuando le dije que esa vez no era un atraso, sino que estaba embarazada, se levantó como un rayo y diciendo:

—¡No, no puede ser!

Entró a correr y a darse la cabeza contra las paredes de la habitación, fuera de todo control. Me abalancé sobre ella y forcejeando pude asirle los brazos e impedir que siguiera torturándose. Juan José vino en mi ayuda; llamamos a Delfina, le aplicamos un sedante y la recostamos en una de las habitaciones. Explicamos a los padres lo que pasaba. La madre comenzó a llorar, repitiendo a cada rato:

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza, cómo Dios nos castiga así!

El padre, algo más sereno, preguntó qué se podía hacer—.

—¡Casarlos! —respondí.

—¿No hay otra solución?

Insinuó la posibilidad de un aborto para salvar la dignidad y el buen nombre de la familia. Dejé pasar unos instantes, lo miré fríamente y le manifesté que debía avergonzarse por lo que estaba diciendo.

—¿Qué clase de católicos son ustedes? Hay que afrontar lo que está pasando con valentía, con la frente bien alta. ¿Acaso es un delito? Nada de explicaciones a familiares y amigos.

No era ésa la primera vez ni sería la última que ocurría en la comunidad. Se murmuraría un tiempo, sobrevendría una comidilla barata pero luego todo pasaría al olvido. Ni pensar en reprender a la hija, más que nunca habría que hacerle sentir que seguía teniendo la protección de los padres. Ya hablaría yo con el cura para que cumpliera su parte. Al poco tiempo se casaron y, a pesar de su juventud, construyeron un hogar feliz.

Podría llenar páginas y páginas con variantes del mismo tema. ¡Las veces que nos tocó arreglar entuertos! Pero del otro lado de la balanza estaban los que no tenían arreglo. Y a estos mejor dejarlos por ahí, en el fondo de mi conciencia. Para qué contarlos. Forman parte de lo que encasillamos y clasificamos como expresión de la debilidad del hombre. La mayoría podrían explicarse por falta de educación dentro de una sociedad que cada vez tiene menos de occidental y de cristiana.

Los años se fueron sucediendo, el trabajo se incrementaba sin cesar. El organigrama que habíamos trazado se cumplía con precisión. La clínica por sobre todas las cosas nos daba tranquilidad, quedaban atrás los sobresaltos tantas veces vividos frente a la urgencia que no podíamos resolver. Por la mañana nos dedicábamos fundamentalmente a los pacientes que acudían a la consulta por primera vez —requerían más tiempo— y además efectuábamos los estudios radiológicos previamente programados. Operábamos inmediatamente después del almuerzo que, en general, era frugal, aprovechando la hora de la siesta; por la tarde continuábamos con el consultorio hasta la noche en que visitábamos a los pacientes a domicilio. En las operaciones sencillas muchas veces una de las enfermeras nos ayudaba. De esa manera el que quedaba libre podía dedicarse al consultorio. En las más complejas, una vez efectuados los tiempos fundamentales uno solo completaba el resto, también asistido por la enfermera. De esa manera podíamos atender a todos, con el único inconveniente del tiempo de espera, a veces bastante prolongado.

Hasta pudimos darnos el lujo de tomarnos vacaciones alternativamente. Las planeábamos con suficiente anticipación. Cuando uno de nosotros estaba ausente por una o dos semanas se operaban nada más que las urgencias. Aunque las rutas por aquellos años eran difíciles de transitar, pude recorrer casi todo el país. Subiendo hacia el norte por la 33, había que llegar hasta Rufino para encontrar el primer trecho de pavimento. Para transitar en dirección al sur, hacia Bariloche, preparábamos el auto protegiendo con chapas el tanque de nafta y el motor, recubriendo además con mangueras las cañerías del

freno y del combustible. Había que tener en el baúl los repuestos más importantes para las posibles emergencias. Con más tiempo habría que relatar las peripecias que pasamos en Piedritas, Huinca Renancó, los bajos de Ituzaingó, Banderoló o en el río Manso en plena cordillera donde, perdidos en la noche, nos guiamos por las estrellas como buenos paisanos.

Alguna vez, si Dios me alarga el tiempo, quizá lo haré. No viajábamos sólo para ver las bellezas de nuestra patria, sino para conocerla y comprenderla en profundidad. Lugares obligados de parada eran las escuelas rurales, las comisarías, los guardaparques y los puestos de gendarmería. Nos agradaba conversar y preguntar allí donde hubiera gente. Llevo en el alma como grandes recuerdos que, de vez en cuando, resurgen como fantasmas, las cosas simples y profundas que intercambiábamos, por ejemplo, con la abuela que ganaba su sustento limpiando de yuyos los almacigos de tabaco, o con el paisano que al anochecer pescaba para comer en las orillas del Paraná, o con el muchachito que cuidaba cabras en las sierras de San Luis, o con aquél que no teniendo otra cosa vendía ñudos al costado del camino al Trafal; o las largas horas con don Mindo en medio del Menéndez o con aquel niño, hijo del guarda parque en el Steffen, que apenas si hablaba porque no tenía con quien jugar. Serán las cosas que me acompañarán en el momento de partir.

De vez en cuando, me daba tiempo para volver al viejo hospital de La Plata a refrescar mis conocimientos y a pasar algunos días con mi familia. Así fueron transcurriendo los años, algunos buenos, algunos malos, de la alegría al sufrimiento, como vive el pampeano en sus amoríos con la lluvia. Seguíamos recibiendo las revistas médicas y, en los últimos años, me impactaban los avances extraordinarios de la cirugía torácica por la que siempre me había sentido atraído, en especial, viendo a Rezzano y a Vacarezza en las sesiones de postgrado de los miércoles en el Rawson, presididas por Ricardo Finochietto. Empezaban a aparecer las primeras intervenciones cardiovasculares y su lectura excitaba mi espíritu. Dos niños azules —por cianosis— habían sido operados para mejorar su oxigenación por Albanese en Buenos Aires con la histórica operación de Blalock. Al regreso a nuestra zona, les miraba la marca de la incisión en el tórax; me asombraba la mejoría del color y del cuadro clínico, como maravillas de una nueva era.

Y así lentamente fue surgiendo en mí la idea de viajar a los Estados Unidos de América. Casi sin decirlo, comencé a retomar el inglés que había aprendido durante el bachillerato, compré unos discos para ejercitarme en la pronunciación y con mucho dolor, pero lleno de esperanzas, dejé aquellos pagos por los de Cleveland a principios del '62. Para qué describir las emociones de los últimos meses y el acto de despedida en el viejo galpón de la Sociedad Española. ¡Poco quedaba de aquel médico joven que, a principios del '50 pensó que en tres meses estaría de vuelta en su ciudad natal! Su alma, enriquecida, había vivido intensamente y por sobre todas las cosas conocía en profundidad esa otra Argentina, la verdadera Argentina, tan lejos de la Avenida General Paz. Estaba profundamente agradecido a Dios y al destino por haberme dejado vivir allí en unión con el Pampero.

He terminado de relatar mi vida de médico rural. Después de permanecer casi diez

años en los Estados Unidos regresé en junio del '71. Gracias a mi actividad —ahora como médico altamente especializado— he vuelto a recorrer el país como parte de la enseñanza de postgrado. Hemos dictado más de setenta cursos y así he transitado nuevamente caminos conocidos. De ser posible y si el tiempo lo permitía, otra vez en auto. ¡Quién va a negar el progreso! Caminos y medios de comunicación son totalmente diferentes, la ruta 35 está asfaltada, Jacinto Aráuz tiene agua corriente, calles pavimentadas y televisión. Seguramente un paciente complicado puede estar en Bahía Blanca en algo más de una hora.

Sin embargo, estoy convencido que en profundidad todo está igual. Ranchos miserables y villas miserias se ven por doquier, pobres escuelas rurales más destartadas que nunca están, si se las quiere ver, con maestros que, como los Guiñazú, siguen recibiendo salarios alejados de la realidad. A pesar de la abundancia de médicos carecemos de una medicina organizada.

Todos somos culpables, pero si hubiera que repartir responsabilidades las mayores caerían sobre las clases dirigentes. ¡Si resurgiera San Martín caparía a lo paisano varias generaciones de mandantes!

¿Tendremos capacidad de reaccionar? ¿Seremos capaces de realizar la verdadera reconstrucción? ¿Aceptaremos, sin ambages y sin justificaciones que esta sociedad que llamamos occidental y cristiana está llegando a su fin? ¿Seremos testigos complacientes de que nuestro país también alcance los niveles de libertad desenfrenada de la sociedad de consumo donde la droga, la violencia, el abuso sexual, el crimen, el despilfarro, la destrucción de la naturaleza y la injusticia social son sus resultantes?

¿O caeremos en las falsas panaceas de las dictaduras de izquierda y la filosofía marxista que tanto daño han hecho a nuestra juventud, olvidando que sin libertad, justicia y respeto por el hombre no hay teoría socioeconómica que pueda fructificar en beneficio de la humanidad?

¿O tendremos la valentía de construir la Grande Argentina, soñada por Lugones y Martínez Estrada? Ello sólo será posible si todos aceptamos nuestras responsabilidades. Habrá que comprender que el hombre forma parte de una sociedad a la cual debe entregarse para mejorarla. Se ha terminado la etapa individualista. Al adelanto tecnológico habrá que agregar el humanismo, basado en los reales principios cristianos que nuestro Papa ha sabido revitalizar. Será un camino largo el que habrá que recorrer. Si analizamos en profundidad nuestro pasado y estamos dispuestos a realizar los cambios estructurales que la Argentina necesita, entonces sí, justificaremos los errores cometidos. Que así sea, para bien de todos.

Perdóneseme tanta franqueza.

Enero 26 de 1980.

[1]Septiembre de 1979.

Índice

Portadilla	3
Biografía del autor	4
Portada	6
Legales	8
Índice	9
Aclaración	11
Dedicatoria	13
Prólogo de la segunda edición	15
I	18
II	24
III	44
IV	51
V	83
VI	97
VII	102